CHOPIN

SELECCIÓN DE CARTAS



EDICIONES HISPANIA
MADRID

Chopín

Selección de Cartas

(Traducción de S. Zawadowski y G. Suárez)

Ediciones Hispania



1941
Nueva Imprenta Radio, S. A.
Magallanes, 21
Madrid

Alc. 27/2005



ES PROPIEDAD
EDICIONES HISPANIA





8/5a
10.231

Introducción

Son bien raras las fuentes que pueden proporcionarnos documentos auténticos sobre la vida de Federico Chopin. Razón de más para que tengamos que conceder un inestimable valor a las cartas que ha dirigido a sus amigos y contemporáneos.

Al preparar para los lectores españoles esta SELECCION DE CARTAS DE CHOPIN hemos elegido aquellas que nos permiten conocer de un modo más completo a este gran músico como hombre y como artista, tratando al propio tiempo de profundizar los momentos más interesantes de su vida e ilustrarlos de esta suerte.

La estancia de Chopin (y de George Sand) en Mallorca, en la Cartuja de Valdemosa, episo-

dio de tanto interés para los lectores españoles, ha sido tratada en la selección de un modo especial y no se ha omitido casi ninguna de las cartas de este período.

Las cifras insertas en el texto de la biografía de Chopin señalan el número correlativo de las cartas, y tienen por objeto facilitar la lectura de esta biografía juntamente con la del epistolario. Se completa también nuestro trabajo con una tabla cronológica provista de la indicación de las páginas, y con una lista de las obras de las de que nos hemos servido principalmente.

Aunque se trata sin duda de un trabajo modesto, lo hemos estimado necesario, a fin de colmar el vacío de un libro en lengua española sobre Chopin, polaco insigne y músico genial, que ha concentrado en su alma y traducido, tanto en su música como en su vida misma, de una manera delicada y generosa, estas hermosas cualidades comunes al pueblo polaco y al español: el amor de Dios y de la Patria.

Biografía de Chopin

Piano, maravilloso instrumento, dijo Chopin, y justamente supo hacer al piano heredero universal de todos los bienes más preciosos de su alma y de su corazón.

.....

A una veintena de verstas de Varsovia, en medio de la campiña polaca, nació Federico Chopin, en Zelazowa Wola, el 22 de febrero de 1810. Su padre era un profesor de francés, oriundo de Lorena, y su madre, una polaca de familia noble.

Desde muy temprano comenzaron a colocar al niño delante del piano, y así Chopin tuvo la oportunidad bien pronto de entregarse por entero a la música, su «mal necesario».

Quería mucho a sus padres y a sus hermanas,

sobre todo a Luisa, y, entre los alumnos de su padre, escogió algunos amigos que le acompañarían ya toda la vida: Fontana, Woyciechowski, a los que se unen, más tarde, Dziewanowski, Matuszynski y Frankowski.

Entre sus maestros, se cuenta primero Zywny, originario de Bohemia y gran entusiasta de la música de Bach, después es el sabio Elsner, natural de Silesia, buen músico y auténtico pedagogo.

Sus días transcurren ocupados entre el culto de su familia y el de la música (1-2-3). Comienza a componer siendo aún muy joven, y a los dieciocho años hace su primera salida al extranjero. Visita Berlín con un amigo de su padre. Al año siguiente va a Viena, y allí, el 11 de agosto de 1829, da su primer concierto público. Siete días después da un segundo concierto, y con ello se apunta, en ambas ocasiones, un resonante triunfo (5). Vuelve a Varsovia, pasando por Praga y Teplice, donde toca en el castillo de la Princesa Clary (6-7).

En 1830, salvo algunas visitas al palacio del Príncipe Radziwill, Chopin vive en Varsovia y da varios conciertos en la capital polaca (8-9-10-11-12-13). Finalmente, después de largas deliberaciones, decide marchar a Viena, el 1 de noviembre de 1830. Al partir, se lleva en una pequeña copa de plata, ofrecida por sus amigos, un puñadito de tierra polaca, y guarda celosamente esta reliquia, como en un presentimiento de que jamás volverá a pisar el suelo de Polonia...

De paso por Dresde, da un concierto en el castillo, siempre con el corazón rebosante de una melancólica tristeza, que él achaca a nostalgia amorosa, porque en Varsovia ha dejado a Constanza Gladkowska, joven cantante, de la que estaba enamorado. Una vez en Viena, y apenas instalado allí, recibe inquietantes noticias sobre el levantamiento en Varsovia y en toda Polonia contra los rusos (14). Hace sus preparativos para regresar a su patria y tomar parte en la campaña, pero no llega a lograr marcharse (15). Continúa en Viena hasta mediados de 1831, sin conseguir renovar, en aquella atmósfera poco amistosa para su país, los éxitos de hace dos años (16-17). Después de una estancia de algunas semanas en Munich, pasa por Stuttgart en dirección a París, donde había de

permanecer ya, a excepción de breves ausencias, hasta su muerte.

Lleno de angustia por las terribles noticias que recibe de Polonia, donde el movimiento nacional acababa de ser sangrientamente sofocado por los rusos (18), no se daba cuenta (profunda metáfora de Paderewski) de que iba a ser el contrabandista que, en las páginas de su música, haría cruzar las fronteras al sentimiento patrio prohibido, el sacerdote que llevaría a los polacos dispersos el sacramento de la Patria.

En París mantiene un vivo contacto con muchos artistas como Kalkbrenner, el entonces célebre pianista, con Rosini y con Bellini. A este último se unió en estrecha amistad de un carácter casi metafísico, rayana con el amor; una amistad para toda la vida. Más tarde, traba amistad, también con Liszt. La entrevista con Kalkbrenner le permite comprender, por primera vez, con toda claridad, que no puede ni quiere copiar a nadie, y desde ese momento empieza a crear su propio mundo musical, que puede señalar una nueva era (19-20).

Da su primer concierto en París, el 26 de febrero de 1832, en la sala Pleyel. Así comienzan

años de trabajo y de dicha para Chopin. Compone mucho y se hace popular, en el sentido más fino de la palabra, como pianista y como hombre representativo de su nación, ocultando, bajo una apariencia fría y reservada, un alma rica en los más nobles sentimientos y las más ardientes pasiones (21). Vive en el gran mundo parisino, dando conciertos, muchas veces en beneficio de los refugiados polacos (22), y creando, en fin, sin saberlo, los fundamentos de un nuevo arte musical, de «su» música.

En 1835, en un viaje de vacaciones que hace a Carlsbad para ver a sus padres, se enamora de la condesa María Wodzinska (23-24), con cuya familia mantenía una amistad. Pero todo no pasa de ser un idilio tan encantador como fugaz. Pide la mano de María, y es primero aceptado; pero rechazado después. Al ver su sueño de amor roto para siempre, cae gravemente enfermo.

En este estado de depresión moral, probablemente en 1838, surge el acontecimiento más novelesco de su vida, al contacto con la ya entonces célebre escritora francesa Aurora Dudevant, más conocida por el pseudónimo de George

Sand. Sólo a través de la obra musical de Chopin y de las confesiones tan reservadas de sus cartas, no puede uno darse perfecta cuenta de la pasión desesperada, del sentimiento tan profundo que ha invadido su corazón y que ha de durar ya hasta su muerte, acelerada sin duda por la ruptura de estas relaciones entre dos seres tan enteramente opuestos de gusto y de temperamento.

El viaje a Palma en Otoño de 1838, a pesar de un desagradable temporal de lluvia y de frío que malogró en parte la estancia de Chopin en Mallorca y contribuyó a agravar la afección pulmonar del gran músico, constituye la luna de miel que abre unas relaciones de cerca de ocho años (25-26-27-28-29-30-31-32-33-34).

De 1839 a 1840 no sucede nada importante en la vida de Chopin. Pasa los inviernos en París invariablemente, y los veranos y otoños en Nohant, en casa de George Sand y de sus amigos (35-39).

En 1841 y 1842 Chopin ha dado aún dos conciertos en la sala Pleyel (40-41-42-43). Hasta este último año trabaja mucho: compone, publica, da lecciones (45). Es hombre meticuloso, y su

manera de enseñar no desmiente su modo de ser tan especial. Aunque no hizo escuela, ha formado a algunos pianistas muy estimables (46-47-48-49-50). En 1846 pasa, por última vez, el verano en Nohant, a causa de su ruptura con Gorge Sand. Cuando Solange, la hija de la novelista, decide contraer matrimonio con el escultor Clessinger, en contra de la voluntad de su madre, Chopin se pone de parte de la joven, y esto acarrea el término de la famosa amistad. Chopin acepta este golpe con dolor y dignidad (51-52-53-54-55-56-57). Después del 22 de febrero de 1878, fecha de su último concierto en Francia, Chopin marcha a Inglaterra y reside allí hasta enero de 1849. En este tiempo da un concierto con mediano éxito. Regresa a París. Su estado de salud se agota por instantes.

Escribe a Luisa, su hermana, rogándole que venga (61). Comienza una agonía lenta que dura días y días, con plena consciencia de la muerte que se acerca (62-63). El 15 de octubre, cuando su estado no permite ya la menor esperanza, suplica a su amiga y admiradora, la condesa Potocka, que cante para él. Se empuja el piano hasta cerca del lecho, y la condesa, con

los ojos llenos de lágrimas, canta, con voz maravillosa, un trozo de la *Beatrice di Tenda*, de Bellini. El 16 de octubre, Chopin se confiesa; luego escribe sobre un papel su última voluntad. La muerte le arrebata al día siguiente, a las diez de la mañana, después de haberle permitido despedirse de todos sus amigos.

Se le enterró en el cementerio del Père Lachaise, al lado de la tumba de Bellini. No hubo discursos; solamente una mano amiga vertió sobre el ataúd aquel puñado de tierra polaca que había recibido de manos de sus amigos al salir de Polonia; aquella tierra que su alma no abandonó jamás; aquella tierra que cantó en sus obras la música inmortal de un pueblo secular.

S. ZAWADOWSKI.

Tabla cronológica de las Cartas de Chopín, publicadas en la selección

Número	Fecha	Destinatario	Página
1	6-XII-1818	Su padre.	19
2	19-VIII-1824	G. Kolberg.	20
3	(?) -1825	J. Matuszynski.	22
4	16-IX-1828	Su familia.	27
5	12-VIII-1829	»	32
6	26-VIII-1829	»	38
7	12-IX-1829	T. Woyciechowski.	46
8	27-III-1830	»	55
9	21-VIII-1830	»	62
10	31-VIII-1830	»	68
11	4-IX-1830	»	76
12	18-IX-1830	»	82
13	22-XI-1830	J. Matuszynski.	90
14	26-XII-1830	»	93
15	1-I-1831	»	106
16	26-I-1831	J. Elsner.	108

Número	Fecha	Destinatario	Página
17	25-VI-1831	Su familia.	113
18	8-IX-1831	Carnet de notas.	117
19	12-XII-1831	T. Woyciechowski.	122
20	14-XII-1831	J. Elsner.	134
21	(?)	D. Dziewanowski.	141
22	16-I-1833	Sociedad Literaria Polaca de París.	144
23	16-VIII-1835	Su familia.	146
24	(?) -1837	A. Wodzinski.	148
25	15-XI-1838	J. Fontana.	149
26	21-XI-1838	C. Pleyel.	151
27	3-XII-1838	W. Grzymala.	152
28	14-XII-1838	J. Fontana.	153
29	28-XII-1838	»	154
30	12-I-1839	»	158
31	22-I-1839	C. Pleyel.	160
32	2-III-1839	J. Fontana.	162
33	(?) -1839	»	166
34	25-IV-1839	W. Grzymala.	168
35	2-VI-1839	»	170
36	(?)-VIII-1839	J. Fontana.	171
37	26-IX-1839	»	176
38	19-XI-1839	M. Schlesinger.	179
39	1-XII-1839	»	179
40	23-VII-1841	J. Fontana.	180
41	24-VII-1841	J. Elsner.	181
42	(?) -1841	J. Fontana.	184
43	25-IX-1841	George Sand.	187

WARSZAWA BIBLIOTEKA TIFC

NARODOWY INSTYTUT FRYDERYKA CHOPINA BIBLIOTEKA

Número	Fecha	Destinatario	Página
44	(?) -X-1841	J. Fontana.	187
45	3-XII-1841	Breitkopf y Haertel	190
46	8-XI-1842	J. Elsner.	191
47	26-XI-1843	George Sand.	193
48	2-XII-1844	»	194
49	(?) -1845	A. Franchomme.	197
50	(?) -1846	W. Grzymala.	198
51	15-V-1847	George Sand.	199
52	(?)-V-1847	Solange Clésinger.	199
53	(?) -1847	»	200
54	18-IX-1847	»	201
55	10-II-1848	Louise Jedrzejewicz.	202
56	5-III-1848	Solange Clésinger.	206
57	4-IV-1848	J. Fontana.	209
58	21-IV-1848	W. Grzymala.	212
59	1-VI-1848	(?)	214
60	1-X-1848	W. Grzymala.	217
61	25-VI-1849	Louise Jedrzejewicz.	223
62	14-VIII-1849	Melle. de Rozières.	227
63	12-IX-1849	T. Woyciechowski.	228
64	16-X-1849	Ultima voluntad.	229



RETRATO DE CHOPIN

Según la litografía de Vigneron, 1833.

Lista bibliográfica

1. Guy de Pourtalès.—*Chopin ou le Poète.* Ediciones Gallimard, París, 1929.
2. George Sand.—*Un Hiver a Majorque.*
3. M. Karlowicz.—*Souvenirs inédits de F. Chopin.*—París.
4. J. Paderewski.—*En memoria de Chopin.* (Discurso), 1911.
5. Opienski.—*Chopin.*—L., 1910.
6. Poirée.—*Chopin.*—Laurens (París).
7. Opienski.—*Lettres de Chopin.*—París, Editions lit. et techniques.

I.

Querido papá:

Qué fácil me sería comunicarte mís pensamientos si me fuese posible expresártelos por medio de la música; pero el mejor concierto no bastaría para describirte toda la magnitud del afecto que te tengo. Así pues, mi querido papá, para depositar a tus plantas el homenaje de mi tierno reconocimiento y de mi cariño filial, me veo forzado a emplear solamente las palabras que me dicta el corazón.

F. CHOPIN.

A 6 de diciembre de 1818.

* * *

2.

A GUILLERMO KOLBERG.—Szafarnia, 19 de agosto de 1824.

Querido Guillermo:

Te agradezco que hayas pensado en mí y, sin embargo, me tienes muy enfadado: eres lo suficientemente ruin, malvado, *et cœtera* para haberme escrito tan sólo una pizquita. ¿Quizá tratabas de economizar tinta, pluma o papel? ¿Acaso no tenías tiempo de añadir algunas palabras más? ¡Ay! ¡ay! Montas a caballo, te diviertes mucho y no piensas en mí... En fin, qué importa, démonos un abrazo y hagamos las paces

Me agrada mucho saber que estás bien y contento. Me agrada también poder escribirte. Incluso me divierte mucho. No eres tú sólo el que andas a caballo, yo también sé montar. No me preguntes si hago buena figura, lo cierto es que sé montar, al menos para dejar que el caballo vaya despacito a donde más le plazca, mientras que yo, como el mono o el oso del circo, voy encima, lleno de espanto. No me he caído todavía porque el caballo no me ha tirado... pero me caeré en cuanto le dé la gana.

No te cansaré con mis cuentos, porque sé que es inútil. Las moscas se posan a menudo en mi nariz proeminente, este juego se ha convertido casi en una costumbre para esos insoportables insectos. Los mosquitos me pican, pero qué importa, me dejan en paz la nariz. Me divierto corriendo por el jardín, aunque a veces también me paseo por él. Voy al bosque, unas veces a pie, otras en coche—*notabene* no a caballo, sino en britchka, en cabriolé o en cupé. Y muy honrado, si no te parece mal, de ir en el interior y nunca en el pescante. Quizás te estoy aburriendo ya, pero ¿qué vamos a hacerle? Si no es así, escríbeme a vuelta de correo y continuaré prodigándote mis cartas inmediatamente.

Termino mi misiva sin cumplidos, como un amigo: consérvate bien y te ruego que me escribas sin contentarte con algunas palabras añadidas a otra carta. Nos veremos dentro de cuatro semanas.

Te abraza cordialmente tu sincero amigo.

F. CHOPIN.

Mis saludos a tu padre y a tu madre, y muchas cosas cordiales a tus hermanos.

3.

A JUAN MATUSZYNSKI. — Varsovia (Szafarnia, 1825).

Mi muy querido Juan:

La misma Madame de Sevigné, no habría podido describirte mi alegría al recibir tan inopinadamente tu carta, y antes que semejante regalo, hubiera esperado incluso la muerte; nunca se me hubiera podido pensar que el empedernido coleccionista de papelotes, el filólogo penetrado de Schiller hasta la médula, iba a empuñar la pluma con la intención de escribir a este rascateclas tan poco hábil como una fusta en manos de un anciano; a este ignorante que hasta ahora no ha leído ni una página de latín; a este animalucho que engorda con los residuos y que tiene el propósito de redondearse con una décima parte, al menos, de tu grasa.

A decir verdad, es una gracia insigne, o mejor aún, una gracia insigne de mi buen Juan; y si hay alguien que pueda apreciarla en este momento en todo su justo valor, ese soy yo. Yo mismo no me llenaría de improperios de tal

modo si, aun resultando un insulto para la grasa de Su Excelencia, me hubiera decidido a tomar la pluma.

Todo lo que acabo de escribir no es más que un exordio; ahora vengo a los hechos, y si tú querías imponerte con tu Pulawy y tu liebre, yo, a mi vez, quiero humillar a este cazador inexperto con mi Torun y mi liebre, seguramente más gorda que la tuya, y cuatro perdices que traje ayer del campo. ¿Qué has visto en Pulawy? ¿Qué? En resumen, no has visto más que una pequeña parte de lo que mis ojos han contemplado en su totalidad. ¿Has visto en el templo de la Sibila el ladrillo arrancado de la casa de Copérnico en el mismo lugar donde ha nacido? Pues yo he visto esa casa y el lugar mismo, aunque se encuentre ahora un poco profanado... Imagínate, mi querido Juan, que en ese rincón, en esa habitación donde el ilustre astrónomo fué traído al mundo, se encuentra la cama de una especie de alemán, al que, acaso por haber comido demasiadas patatas, deben escapársele frecuentes céfiros. En cuanto a los ladrillos, de los que se ha enviado uno a Pulawy con gran aparato, puede vérselos plagados de chin-

ches. Así son las cosas, hermano. Al alemán no le interesa saber quién ha vivido en aquella casa, y se permite hacer con toda la pared lo que la princesa Czartoryska no se atrevería a permitirse con un solo ladrillo.

Pero dejemos aparte a Copérnico y hablemos del pan de especias de Torun, lo que no quiere decir que tú no lo conozcas bien y sin duda mejor que Copérnico. Sino que voy a darte una importante noticia que te podrá servir para hacer una papeleta: ahí va la noticia. Según es costumbre de los tenderos de la región, los almacenes de pan de especias están constituídos por vestíbulos, provistos de cofres, cuidadosamente cerrados con llave, donde descansan por docenas, los panes de especias colocados según su clase y su calidad. Con toda certeza no encontrarás eso en el «*Adagiorum Hiliades*»; te informo, sin embargo, de ello, por conocer tu curiosidad por tan graves materias para que, al traducir a Horacio, seas capaz de salir airoso en los pasajes dudosos. Eso es todo lo que puedo escribirte sobre Torun; te contaré quizá algo más, pero es necesario que te diga que la impresión más fuerte que experimenté me la

causaron los panes de especias. He visto, sin duda, todas las fortificaciones de alrededor de la ciudad en todos sus detalles; he visto la famosa máquina de transportar arena de un sitio a otro, máquina de una construcción extraordinariamente sencilla, interesante en el mayor grado, y que los alemanes llaman «*Sandmaschiene*»; y también iglesias de construcción gótica fundadas por los caballeros teutones, una de las cuales fué levantada en 1231. He visto la torre inclinada, la célebre Casa Ayuntamiento, por dentro y por fuera; su particularidad más notable es que posee tantas ventanas como días tiene el año, tantos salones como meses y tantas habitaciones como semanas; es de una estructura grandiosa de gusto gótico. Nada de eso, sin embargo, supera a los panes de especias, ¡oh, estos panes de especias, de los que he mandado una muestra a casa! Pero, ¿qué veo? Apenas si he comenzado y ya estoy en la última página. Tenía la sensación de que acababa de ponerme a escribir, de que no hacía más que comenzar a charlar contigo, y hete ahí que tengo ya que terminar. Mi querido, mi muy querido Juan, sólo me duele no tener ya tiem-

po más que de abrazarte cordialmente. Son las diez, todo el mundo va a acostarse y me ha llegado al turno a mí también. Acabaré de contarte todo esto de viva voz en Varsovia el 22 (pues no estaré ahí antes) y te estrecharé en mis brazos, querido Juan. Ahora, a una distancia de veinte millas, te abrazo también, enviándote un adios cordial.

Tu amigo más sincero y más fiel,

F. CHOPIN.

¡Qué ganas tengo de verte!... me sacrificaría a no tocar en dos semanas, con tal de verte en carne y hueso, pues, idealmente te veo todos los días. No enseñes esta carta. Me da vergüenza. Ni siquiera sé si tiene un sentido, porque no la he releído.

* * *

4.

Berlin, martes (16 de septiembre de 1828).

MIS QUERIDÍSIMOS PADRES, ADORADAS HERMANAS:

El domingo, hacia las tres de la tarde, nos ha dejado la diligencia en esta ciudad, demasiado grande. Desde la parada nos han conducido en seguida a la Posada del Kromprinz, donde todavía estamos. Nos encontramos a gusto y confortablemente. El primer día de nuestra llegada, el señor Jarocki me llevó a casa de Lichtenstein, donde vi a Humboldt. Lichtenstein me ha prometido que me presentará a los mejores maestros de mi arte, expresándome, al propio tiempo, cuánto ha sentido que no hayamos llegado un día antes, pues hoy mismo, por la mañana, su hija había dado un concierto con acompañamiento de orquesta... Por este lado, tanto se me da el retraso, pensaba yo para mis adentros. ¿He sido profeta? No lo sé todavía, puesto que no la he visto hasta ahora y, por consiguiente, tampoco la he oído. El domingo, día de nuestra llegada, se ponía en escena: «*Das unter brochene Opferfest*», de Winter. Mi visita

al señor Lichtenstein me ha impedido de asistir a esta ópera. Ayer tuvo lugar una comida entre estos sabios (para mí caricaturas) que he dividido ya en tres categorías bajo la presidencia, no de Humboldt (pues éste hace muy buen papel), sino de una especie de monigote, de cuyo nombre no me acuerdo, aunque lo tengo anotado bajo un retrato que he hecho de él. Esta comida, que no acababa nunca, me quitó de asistir al concierto del joven violinista, de nueve años, Birnbach, a quien se elogia bastante. Hoy tengo que ir a ver *Hernán Cortés*, la famosa ópera de Spontini; en fin, para que no se acabara todo otra vez por caricaturas, le he rogado a Jarocki que me permitiese comer solo. Después de lo cual, me he puesto a escribiros esta carta; luego iré a la ópera. Se anuncia la llegada de Paganini, el célebre violinista; puede que la noticia se confirme. Contamos también con Radziwill hacia el 20 de este mes; estaría bien que llegase.

Hasta ahora, excepto el gabinete de zoología, no he visto nada aún. Conozco, sin embargo, la mayor parte de la ciudad; durante estos dos días no he hecho más que perder el tiempo por

las más bellas calles y visitando los puentes. No me esforzaré en enumeraros los más importantes monumentos, os contaré todo a mi regreso; mi impresión de conjunto sobre Berlín es que es desmesurado, el doble de población cabría aquí perfectamente.

Primero íbamos a vivir en la *Französische Strasse*, pero ha habido un cambio de parecer, del que me he alegrado, porque es una calle muy triste; apenas si pueden entreverse en ella seis personas a la vez. Su anchura puede, seguramente, compararse con la de nuestra Leszno, y ésa es la causa de su soledad. Sólo hoy veré lo que es Berlín, tal y como yo lo entiendo.

Habría preferido pasar la mañana en casa de Schlesinger, mejor que estar dando vueltas por las 13 salas del Museo de Zoología, que es, indudablemente, de un gran interés; pero el almacén musical de la susodicha persona hubiera sido de mayor utilidad para mí. Lo que abunda no daña, así es que iré también a verlo. También he visitado esta mañana dos fábricas de pianos: Kisling vive al final de la *Friedrichstrasse*, pero no tenía ni un solo instrumento terminado, y di el paseo en balde. Felizmente, el

dueño de nuestra casa posee un piano, y puedo tocar en él. Nuestro patrón me admira todos los días cuando voy a visitarle (o más bien, cuando voy a visitar a su instrumento).

El viaje no fué tan malo como hubiera podído creerse al principio, y aunque en estas diligencias prusianas, montadas sobre barras, se siente uno pulverizado como pimienta en un molino, no he acabado mal del todo, por lo que veo, puesto que me encuentro bien, y hasta perfectamente bien.

En cuanto a nuestros compañeros de viaje, eran un abogado alemán, vecino de Poznan, que se distinguía por sus pesados chistes, y un agrónomo, hombre grueso, a quien las diligencias—pues ha viajado mucho—han terminado por dar una educación. Tal fué nuestra compañía hasta la última parada antes de Franckfort, donde montó una Corinna alemana, pródiga en *ach!*, *ja* y *na*, en una palabra, una verdadera muñeca romántica. Pero resultó bastante divertido, pues durante todo el camino fué discutiendo con su vecino, el abogado.

Los alrededores de Berlín no son de los más bonitos, pero causan admiración, viendo el orden, la limpieza, todas las cosas en su sitio y, en una palabra, la previsión que denotan, y que se manifiesta en el menor detalle. No he ido aún al otro lado de la ciudad; hoy ya no puedo, iré, seguramente, mañana. Pasado mañana comienzan las conferencias, para las cuales Lichtenstein me ha prometido darme una invitación. El señor Jarocki, quería hacer gestiones para que me permitiesen entrar, pero le rogué que no hiciese nada, porque no me serviría eso de gran cosa, y también, porque esas cabezas extranjeras podían mirarme mal, al ver a un profano en su círculo. Por otro lado, no quiero que me ocurra nunca el estar fuera de mi lugar. Tan es así que, ya en la mesa, me pareció que mi vecino me miraba de reojo. Era un profesor de Botánica de Hamburgo, un tal señor Lehmann. Le envidié sus grandes dedos. Mientras a mí me hacen falta las dos manos para partir el pan, a él le basta una sola para hacerlo papilla. Zabka tenía también unas manos como un oso. Se puso a charlar con el señor Jarocki por encima de mí, se acaloró en el curso de la conversación y se distrajo, hasta el punto de meter sus dedazos en mi plato, del que se puso a barrer las migas.

(Es un verdadero sabio, porque tenía, además, unas narizotas deformes). Sentado como sobre alfileres mientras barría mi plato, tuve que frotarlo después enérgicamente con mi servilleta. Marylski no tiene maldito el gusto, si dice que las berlinesas son guapas. Visten bien, es cierto, pero da lástima ver estas admirables muselinas arrugadas por semejantes muñecas de trapo.

Vuestro FEDERICO, que os quiere muy de veras.

* * *

5.

A SUS PADRES.

(Viena), miércoles, 12 de agosto de 1829.

Queridísimos padres: Ya habéis sabido por mi última carta que me he dejado convencer para dar un concierto; así, pues, ayer, es decir, el martes, a las siete de la tarde, me he presentado al público, nada menos que en el Teatro Imperial y Real.

Presentarse en escena se llama aquí «eine Musikalische Akademie». Como la cosa no me produjo ningún beneficio económico, ni yo hice nada para que me lo produjese, el conde de Gallenberg, adelantó la fecha del concierto, y compuso así el programa:

Obertura, de Beethoven.

Mis *Variaciones*.

Canto de la señorita Velthein.

Mi *Rondó*.

Después, otra vez canto y, por último, un pequeño *ballet* para completar la velada. En el ensayo general, la orquesta acompañaba tan mal, que transformé el *Rondó* en *Freie Phantasie*. Cuando aparecí en el escenario, fuí acogido con bravos; después de cada variación hubo tal cantidad de aplausos, que no podía oír siquiera los *tutti* de la orquesta. Cuando acabé, se me aplaudió de tal manera que hube de salir por segunda vez y saludar. La *Freie Phatasie*, aunque no me salió para tanto, fué aplaudida aún más calurosamente, y tuve que aparecer una vez más en el escenario. Si he hecho un papel más airoso de lo que pensaba, es porque los alemanes saben apreciar las cosas. El proyecto fué

concebido el sábado, y Wurfel arregló todo para el martes; a él también le estoy muy obligado.

El sábado he conocido a Gyrowetz, a Lachner, a Kreutzer y a Seyfried; he hablado extensamente con Mayseder. Mientras estaba delante del teatro, vi al conde de Gallenberg; se acercó a mí y me propuso tocar el martes; he aceptado ¡y no me han silbado! Cuando vuelva os contaré todo mejor que por escrito. No os preocupeis de mí, ni de mi gloria.

Los periodistas se muestran llenos de amistad hacia mí; tal vez me darán algún arañazo, pero esto no deja de ser necesario para matizar los elogios. Mis composiciones han gustado a Gallenberg. El director del teatro, señor Demar, ha sido cortés y bondadoso conmigo. Antes de mi salida a escena me animó de tal modo con sus seguridades, y supo distraerme de tal manera, que apenas experimenté ningún nerviosismo, tanto más, cuanto que la sala no estaba llena. Mis amigos y mis camaradas se habían repartido por todas partes para recoger juicios y críticas. Celinski podrá deciros cuán pocos reproches oyó; únicamente Hube oyó el más grave: una señora, dijo señaladamente: «*Schade un*

den Junger, dass er so wenig Tournüre hat». Si éste fué el único reproche que merecí, y todos me juran que no oyeron más que elogios y que nunca dieron la señal de aplaudir, no hay porqué romperse la cabeza.

He improvisado sobre el tema de la *Dama Blanca*; por otra parte, el director, que había elogiado mucho mi *Rondó* en el ensayo general, me dijo ayer, después del concierto, luego de haberme estrechado fuertemente la mano: «*Ja das rondo muss hier gespielt werden*», y me rogó que tocase aún una variación sobre un tema polaco; elegí *Chmiel* [el lúpulo], lo que electrizó al público, poco acostumbrado a oír cantos de este género; mis espías del patio de butacas me aseguran que el público saltaba de los asientos.

Wertheim, que por casualidad llegó ayer con su mujer de Karlsbad, fué en seguida al teatro, pero sin haberse podido dar cuenta de que era yo quien tocaba; hoy ha venido a casa para felicitarme. En Karlsbad ha visto a Hummel; dice que Hummel le ha hablado de mí y que va a escribirle hoy para referirle mi concierto.

Haslinger imprime; el cartel del concierto ha sido puesto de lado.

La opinión general es que mi manera es demasiado débil, o más bien, demasiado delicada, para quienes están acostumbrados a oír a los artistas que aquí se presentan, desvencijar un piano. Preveo este reproche en los periódicos, tanto más cuanto que la hija del redactor aporrea terriblemente su instrumento. No importa; pues al fin y al cabo prefiero eso a que tuvieran que decir que toco demasiado fuerte.

El conde Dietrichstein, familiar del emperador, ha venido ayer a verme al escenario; hablamos extensamente en francés; me llenó de elogios y me animó a quedarme en Viena más tiempo. La orquesta echaba pestes por causa de la mala escritura de mis notas, y anduvo a regañadientes hasta la improvisación, después de la cual unió sus aplausos a los bravos y a los gritos del público. No cabe duda de que lo tengo a mi favor; en cuanto a los demás artistas, aún no me he hecho una idea, pero no deberían serme hostiles, sabiendo que no he tocado para obtener un provecho material.

Mi presentación en Viena fué tan inesperada como feliz. Dice Hube que ningún hombre llega a ser algo por los caminos habituales y los proyectos que planea; que es necesario dejar hacer al destino. Si me vapulean en los periódicos hasta el punto de que no pueda volver a mostrarme en público, he decidido hacerme pintar en la habitación; el pincel resbala con entusiasmo sobre el papel decorativo y queda uno para siempre convertido en hijo de Apolo.

Estoy deseando de saber lo que dirá de todo esto el señor Elsner. ¿Será de su gusto que dé conciertos? Pero me han perturbado de tal modo que me ha sido imposible negarme. En particular Nidecki, me ha testimoniado ayer mucha amistad repasando y corrigiendo las partituras de la orquesta, y se ha alegrado sinceramente de los aplausos.

He tocado en un piano Graff.

Me siento con una sabiduría y una experiencia que no hubiera adquirido en cuatro años. Os habrá extrañado seguramente que haya puesto en mi última carta un sello de *Madera;* pero estaba tan distraído que he cogido el primer sello que había en casa del mozo del hotel, para cerrar pronto mi carta.

* * *

6.

A SU FAMILIA.

Dresde, 26 de agosto de 1829.

Estoy bien y muy contento. Hoy hace una semana que me encontraba en Viena y no sabía aún si vendría a Dresde. Hemos visitado Praga como un relámpago, pero no sin haber hallado en la visita un gran provecho. Hanka quedó encantado de tener por mí noticias del señor Skarbek. Tuvimos que inscribirnos en su libro, consagrado a las personas que visitan el Museo de Praga y, sobre todo, a aquellas que él estima más. En él figuran ya Brodzinski, Morawski, etcétera; cada uno de nosotros dejó correr allí la pluma: el uno, en verso; el otro, en prosa. ¿Qué había de hacer un músico? Por fortuna, Maciejowki tuvo la idea de escribir cuatro estrofas para una mazurka, a las que he añadido la música, inscribiéndome así con mi poeta de la manera más original que es posible. Hanka se alegró, pues era una mazurka para él y dedicada a sus méritos en la acción en pro del es-

lavismo. Me dió un conjunto de vistas de Praga para el señor Skarbek.

No voy a describiros todos los bellos lugares que nos mostró; me falta espacio para hablaros de la magnífica iglesia catedral, con un San Juan Nepomuceno de plata, la hermosa capilla de San Venceslao, incrustada de amatistas y de otras piedras preciosas... Cuando llegue os contaré todo eso.

Las cartas para Pixis, Blahetka y Wurfel han tenido por resultado unas recepciones muy corteses. Pixis dejó sus lecciones, me retuvo a su lado y me interrogó sobre toda clase de asuntos. Al echar una mirada a su escritorio, he visto una tarjeta de visita de Klengel; le he preguntado si no sería de algún homónimo del célebre dresdense que se encontrase en Praga; pero me ha respondido que es el mismo Klengel que acaba de llegar, y que—al no encontrarle en casa—ha dejado una tarjeta de visita.

La noticia me agradó mucho, porque en Viena me habían dado una carta para él. Se lo dije a Pixis, y éste me invitó a que viniese a verle, por la tarde, a la hora en que debía volver Klengel. Nos encontramos en la escalera. Le es-

cuché tocar sus fugas durante dos horas. En lo que a mí respecta, no toqué, porque no me lo pidieron. Toca bien, pero me hubiera gustado que tocase mejor (silencio). Klengel me dió una carta: «*All Ornatissimo Signor Cavaliere Morlacchi, primo maestro della Capella Reale*», donde le ruega, según me ha dicho, que me enseñe todo el «*Wesen*» musical de Dresde y que me lleve a casa de la señorita Pechwell, alumna suya y, a juicio suyo, la mejor pianista de la localidad. Estuvo muy atento; antes de marchar pasé lo menos dos horas en su casa.

Sale de viaje para Viena e Italia; no nos faltaba de qué hablar.

Amistad encantadora, ¡cuánto más la he apreciado que la del pobre Czerny (silencio)!

En total, hemos permanecido tres días en Praga. El tiempo pasaba sin sentir. Continúo siendo muy distraído; así, por ejemplo, la víspera de la marcha, salgo de mi habitación todo desabrochado y entro en otro cuarto, donde, de repente, un viajero, muy asombrado, me saluda con un: «*Guten Morgen*». *Bitte um Verzeihung*, respondí, saliendo a toda prisa. En verdad que las habitaciones se parecían mucho.

Después de abandonar Dresde, al medio día, en *Separatwagen*, llegamos anochecido a Teplitz.

Al día siguiente, en la *Badeliste*, descubrí el nombre de Luis Lempicki, a quien fuí a saludar enseguida; se alegró mucho de verme, y me anunció que hay aquí muchos polacos, entre otros, el viejo Pruszak, Joseph Kochler y Kretkowski de Kamionna, que comen hoy todos juntos «*im deutchen Saale*», pero que no asistirá él a la comida, porque está invitado en el castillo por el príncipe Clary. Es una familia importante, casi soberana, que posee bienes inmensos y toda la ciudad de Teplitz. La princesa Clary es la hermana de Choteck, gobernador de Bohemia. Lempicki me rogó que le acompañase por la noche a casa del príncipe, donde me dijo que se encontraba como en su propia casa y que durante la comida le hablaría de mí al príncipe. Como habíamos pasado el día visitando los alrededores, acepté.

Entramos: «*Kleine aber honette compagnie*». Una especie de príncipe austriaco, un general de cuyo nombre no me acuerdo, un capitán de la Marina inglesa, algunos jóvenes elegantes,

príncipes austriacos, según parece, un general sajón llamado Leiser, cargado de condecoraciones y con una cicatriz en la cara.

Cuando el té estuvo servido, y después de haber hablado extensamente con el príncipe, su madre me invitó a «dignarme» sentarme al piano (un excelente piano Graf). Me digné, y les rogué, a mi vez, que «se dignaran» ellos, también, darme un tema para improvisar. Inmediatamente, entre las mujeres que estaban bordando y trabajando con el huso sentadas alrededor de una gran mesa ,se dejó oír un murmullo: «*un tema, un tema*». Tres encantadoras princesitas se pusieron a discutirlo; al fin, una de ellas dió cuenta al señor Frietsch (administrador, sin duda, del joven Clary), de su deliberación. Este, con el asentimiento general, eligió un motivo del *Moisés*, de Rossini.

Improvisé, e indudablemente con bastante éxito, puesto que tuve enseguida una conversación con el General Leiser, quien, al saber por mí que me dirigía a Dresde, escribió inmediatamente al barón de Friesen la siguiente carta:

«*Se recomienda al señor Chopin, de parte del general Leiser, al señor Barón de Friesen,*

Maestro de ceremonias de S. M. el Rey de Sajonia, para que le sea útil durante su estancia en Dresde, y le procure el conocimiento de algunos de nuestros primeros artistas». Y debajo, en alemán: «*Herr Chopin ist selbst einer der vorzuglichsten Pianospieler, die ich bis jetzt kenne*». Tal es, palabra por palabra, el texto del billete del general Leiser, escrito a lápiz y sin cerrar.

Aquella misma noche toqué aún cuatro veces más, y las princesas hubiesen querido que me quedase en Teplitz para comer con ellos al día siguiente. Lempicki llegó incluso a ofrecerse para llevarme a Varsovia si consentía en quedarme. Pero yo no quería abandonar a mis compañeros, y me excusé agradeciéndolo mucho.

Así, pues, ayer salí, a las seis de la mañana, de Teplitz, y en un coche alquilado por dos thalers, regresamos a Dresde, a las 4 de la tarde. Aquí he vuelto a ver enseguida a Lewinski y los Labencki.

El viaje va saliendo muy bien; hoy tenemos el *Fausto*, de Goethe, y el sábado, según dice Klengel, tendremos ópera italiana.

Termino hoy por la mañana esta carta. ¡Comenzada ayer por la noche!

Me visto y de paso voy a casa del barón Friesen y a casa de Morlacchi, porque no tengo tiempo que perder. Pensamos marcharnos dentro de una semana; pero antes, si el tiempo lo permite, visitaremos la Suiza sajona. Nos quedaremos algunos días en Breslau, y después emprenderé ya el camino de casa. Tengo tantos deseos de estar con vosotros, mis queridos padres, que de buena gana no me detendría con los Wiesiolowski. ¡Y cuántas historias y aventuras voy a contaros entonces, pero bellas, bellas!

P. D.—El Maestro de Ceremonias, barón de Friesen, me ha recibido cortésmente y me ha preguntado dónde me había apeado; me declaró que, con gran sentimiento suyo, el chambelán encargado de la capilla estaba ausente, pero que él se informaría para saber quién lo reemplazaba, y que, por corta que sea mi estancia en esta ciudad, hará todo lo posible por servirme. Ceremonia y muchos saludos. Guardo lo demás para la carta que os escribiré

dentro de una semana o semana y media, a más tardar, desde Breslau.

He visto el Museo de Pinturas, la Exposición de productos Regionales, los parques dignos de verse, he hecho algunas visitas y ahora voy al teatro; creo que es bastante para una jornada.

Segunda P. D.—Mi carta ha esperado mi vuelta de noche, ya tarde; vengo de *Fausto*. Hubo que hacer cola desde las cinco, delante del teatro; la función ha durado desde las 6 hasta las 11. Devrient, a quien ya he visto en Berlín, hacía el papel de Fausto. Precisamente, hoy se festejaba aquí el ochenta aniversario del nacimiento de Goethe. Horrible, pero gran fantasía. Durante el entreacto se tocaron trozos de la ópera del mismo nombre de Spohr... Voy a acostarme... Mañana por la mañana espero a Morlacchi, que me llevará a casa de la señorita Pechwell. ¡No soy yo quien voy a su casa, sino él quien viene a la mía! ¡Ha, ha, ha!... ¡Buenas noches!

Vuestro FEDERICO.

* * *

7.

A Titus Woyciechowski, *Poturzyn*.

Varsovia, 12 de septiembre de 1829.

Si no hubiera sido por Vinc. Skarzynski, no habrías recibido aún ninguna noticia mía. Me lo he encontrado y me ha dicho que no vendrás a Varsovia hasta fines de mes, mientras que Kostus me había anunciado en Dresde que tenías que venir a casa de tu hermana el 15.

Pensaba contarte mi gran *viaje* de viva voz, y ciertamente lo hubiera preferido así, pero puesto que no puede ser todavía, te diré, mi muy querido amigo, que he ido a Cracovia, a Viena, a Praga, a Dresde y a Breslau. La primera semana transcurrió toda paseando y visitando los alrededores de Cracovia. Ojcow es verdaderamente bello, pero no he de decirte gran cosa de sus encantos, porque, aunque no hayas ido allí, sabes, por la descripción fidelísima de la señorita Tanska, dónde se encuentra todo y cómo. Llegué a Viena en alegre aunque un poco extraña compañía; ahora bien, si Cracovia me absorbió hasta el punto de que sólo consagré raros momentos para pensar en mi gente y en tí, Viena me aturdió, me embriagó, me divirtió de tal manera que pasé dos semanas sin carta de casa y sin experimentar ninguna nostalgia. Figúrate que en tan poco tiempo me hicieron tocar dos veces públicamente en el Teatro Imperial y Real. La cosa sucedió del modo siguiente: Hasslinger, mi editor, trató de persuadirme de que era preferible para mis composiciones presentarme en Viena; que mi nombre es desconocido, mis composiciones difíciles y sin apariencia. Yo, que no pensaba de ningún modo presentarme, no habiendo tocado, por otra parte, desde hacía algunas semanas, respondí negativamente, alegando que no me encontraba en estado de exhibirme ante un público tan escogido; y en eso estábamos, cuando llega el conde de Gallenberg, que es el autor de estos bellos *ballets*, y que dirige el teatro. Hasslinger me presenta como un miedoso a quien le asusta presentarse ante el público. El conde fué lo suficientemente amable para ofrecerme su teatro; pero yo estaba tan seguro de mí mismo, que decliné la oferta. Al día siguiente llaman a

mi puerta y entra Wurfel, que me conjura a tocar, diciendo que sería llenar de vergüenza a mis padres, a Elsner y aún a mí mismo, el no hacerme oír en Viena, cuando se me presentaba una ocasión. Supieron aturdirme de tal modo, que terminé aceptando el dar un concierto. Wurfel dió enseguida todos los pasos, y al día siguiente se ponían los carteles. Era imposible retractarme, y yo no sabía lo que iba a tocar, ni cómo. Tres *Instrumentenmacher* me ofrecieron un pantaleón a domicilio. Les dí las gracias, pues yo tenía una habitación demasiado pequeña y estas pocas horas de ejercicios no me hubieran servido gran cosa, dado que tenía que tocar dentro de dos días. En una tarde hice el conocimiento de Meyseder, Gyrowetz, Lachner, Kreutzer, *Schupanzig*, Merk, Lewi, en una palabra, de todos los grandes músicos de Viena. A pesar de eso, la orquesta me puso mala cara en el ensayo. Sobre todo, porque nada más llegar me puse a tocar, sin saber porqué, mis propias composiciones. Comencé el ensayo por las *Variaciones* que te he dedicado, que habían de ser precedidas del *Rondó a la Krakowiak*. La cosa no iba mal, pero al principio tuve que

comenzar varias veces el *Rondó*, mientras que la orquesta se equivocaba y se quejaba de mi mala escritura. La confusión provenía de que las pausas estaban indicadas arriba, de diferente modo que abajo, aunque se había convenido en que sólo las de arriba debían tenerse en cuenta. En parte era culpa mía, pero yo esperaba ser comprendido; sin embargo, este desorden les puso furiosos, porque todos son compositores y virtuosos; en resumidas cuentas, me hacían tantas faltas que yo estaba a punto de ponerme malo pensando en la noche de mi presentación. Pero el barón Demar, director del teatro, se dió cuenta de que se trataba de un pequeño enfado de la orquesta, causado por Wurfel que quería dirigirla, siendo así que no lo quieren, no sé porqué, y decidió que improvisase en lugar de tocar el *Rondó*. La orquesta se quedó con la boca abierta. En cuanto a mí, estaba tan irritado, que acepté en mi desesperación, y quién sabe si este humor desgraciado y el riesgo que tenía que correr no me sirvieron de aguijón para tocar mejor. Sin embargo, la vista del público vienés no me asustó, y como no es costumbre que la orquesta se quede en el

escenario y que se mantenga en su sitio, todo pálido, acompañado de un ayudante para volverme las páginas, todo colorado (el cual se envanecía de haber pasado las hojas a Moscheles, Hummel y Herz, cuando tocaron en Viena) me instalé junto a un maravilloso instrumento, el mejor sin duda que hubiera salido de la casa Graff. Créeme, toqué a la desesperada. Las *Variaciones* hicieron, no obstante, tal efecto que, aplaudido al final de cada variación, tuve que mostrarme, una vez más, sobre la escena cuando hube terminado. El *Intermezzo* fué cantado por la señorita Weltheim, cantante en la corte del Rey de Sajonia. Por fin, llegó el momento de las improvisaciones. No sé cómo pudo ser, pero salí del apuro de tal modo que, cuando acabé, fuí llamado de nuevo a escena. Así terminó el primer concierto. Fuí copiosamente alabado por los periódicos de Viena, pues para mí nada se me da de lo que dice «*El Correo de Varsovia*»; una semana más tarde toqué otra vez, a petición suya, lo que me puso muy contento; no dirán que toqué una vez y me escapé. Tanto más cuanto que me empeñé en tocar el Rondó-Krakowiak, que

Gyrowetz, Lachner y otros maestros, así como la orquesta misma (perdóname si me expreso así) pusieron, en más de una ocasión, por las nubes, y yo fuí llamado a escena dos veces. Tuve que volver a tocar también las *Variaciones*, pues gustaban terriblemente a las mujeres, así como a Hasslinger. Aparecerán en la colección Odeón; supongo que ya es bastante honor eso. Lichnowski, ese protector de Beethoven, quería—y esto es mucho—prestarme su piano para el concierto, pues le parecía que el mío era demasiado débil, pero esto no es imputable más que a mi modo de tocar que de nuevo gustó mucho a las damas y, sobre todo, a la señorita *Blahetka*, primera pianista de Viena, (nota bene, no tiene aún veinte años, vive en casa de sus padres, que me dispensan una gran amistad y me han dado cartas para Praga; es joven, espiritual y hasta guapa), la cual debe estar bastante bien conmigo, para haberme dado el día de mi marcha, como recuerdo, sus composiciones, firmadas por su propia mano. Un periódico vienés habla así de mi segundo concierto: «Es un joven que sabe encarrilarse en su propia vía; sabe agradar y se aleja notablemente de las

otras formas de concierto», etc.; creo que es bastante, tanto más, cuanto que termina diciendo: «el señor Chopin gustó también a todo el mundo». Perdóname si tengo que citarte estas opiniones sobre mi propia persona, pero es a tí a quien escribo, y tales juicios me agradan más que todos los «Correos». He trabado amistad íntima con Czerny, hemos tocado varias veces en su casa a dos pianos. Es un buen hombre, pero nada más; de todas mis amistades pianísticas la que más me ha agradado es la de Klengel, a quien he encontrado en casa de Pixis, en Praga. Me ha tocado sus *fugas* (puede decirse que es una *suite* a las *fugas* de Bach, con 48 y otros tantos cánones). Hay una gran diferencia entre él y Czerny. Klengel me dió una carta para Morlachi, en Dresde. Morlachi, primer director de orquesta en la corte del Rey de Sajonia, me ha recibido muy amablemente; ha venido a mi casa y me ha llevado a visitar a la señorita Pechwell, alumna de Klengel, y que pasa por ser la primera pianista de Dresde. Toca bien. Hemos ido a la Suiza sajona. Muchas cosas bellas. La Galería, admirable. Lo único malo ha sido que me han pasado por las

narices la ópera italiana. He salido de Dresde el día que echaban *Crocciato in Egitto*; pero me he consolado, porque la había visto ya en Viena. La señora Pruska, Olesia y Kostus estaban en Dresde, los he visto el día de mi marcha; qué alegría me produjo, «señor Frycek, señor Frycek»; tanto me agradó, que si hubiera estado solo me hubiera quedado seguramente. Pruszak está en Teplitz, donde lo he visto también. Ellos han ido a reunirse allí con él. Teplitz es bonito; he permanecido en este punto un día, y por la noche estaba en casa de la princesa Clary. Lástima que tenga que terminar, pero ya es bastante charla. Espero, señor, tu llegada; para ir a casa de Brandt paso con frecuencia por cerca de la calle de Santa Jurska y, cuando la veo, siento deseos de escribirte. ¿Me permites que te envíe un beso?

F. CHOPIN.

He encontrado a Max hoy. Me ha dicho que estaba completamente curado y que habita *en el hotel amueblado*. Vestido con una levita verde, ha llevado su amabilidad al extremo de pro-

meterme su visita en persona—me ha hablado de tí y me ha encargado que te salude, pues no sabía que iba a escribirte; yo mismo no lo sabía esta mañana. Si te acuerdas escríbeme unas líneas. ¿Conocías a la señorita Philippine, prima de Linda y casada con Berger?—ha muerto. En lo que hace a mí, desde mi regreso, he asistido a la boda de la señorita Melasia Bronikowska; chiquilla encantadora, se casa con Kurnatowski. Hemos hablado a menudo de ti, ella me ha encargado que te salude. Su prima, de la misma edad, que se ha casado hace algunos días, es más encantadora aún. Estaban muy guapas con los vestidos de novias. He escrito tanto que ya no tengo ganas de levantarme. Te beso. Mis saludos al señor Carlos.

FR. CH.

Papá y mamá, así como las niñas, os envían sus recuerdos y sus mejores votos.

* * *

8.

A TITUS WOYCIECHOWSKI, *Poturzyn*.

(Varsovia), sábado 27 de marzo de 1830.

Nunca te he echado de menos como ahora; no tengo a nadie con quien explayarme, me faltas tú. Una sola mirada tuya después de cada concierto me anima más que todos los elogios de los periodistas, de Elsner, de los Kurpinski, de los Soliwa, etc. Inmediatamente después de haber recibido tu carta, he querido describirte mi primer concierto, pero estaba de tal modo preocupado por los preparativos para el segundo, que ha tenido lugar el lunes pasado, que cuando me dispuse a escribirte fuí incapaz de coordinar mis pensamientos. Lo mismo, a decir verdad, me sucede hoy; pero no voy a esperar a tener mi espíritu reposado, porque es difícil que esto me ocurra—y el correo va a salir. Así, pues, mi primer concierto, aun cuando la sala estaba llena y que desde tres días antes no se encontraban ya palcos ni butacas, no ha hecho sobre la masa el efecto que yo creía.—El primer

Allegro, sólo accesible a la minoría, obtuvo algunos bravos, pero me parece que fué porque había que mostrar asombro e imitar a los entendidos. El *Adagio* y el *Rondó* causaron más efecto y se escucharon exclamaciones más sinceras—pero el *Pot-pourri*, sobre temas polacos, a *mi* entender, no alcanzó su finalidad, en modo alguno. Fué aplaudido, pero con el convencimiento de que había que hacerlo para darme la impresión, antes de abandonar el local, de que no se habían aburrido. Kurpinski percibió esa noche, en mi concierto, algunas bellezas nuevas, y Wiman, por otra parte, me confesó que no sabía lo que las gentes habían podido encontrar bien en mi *Allegro*. Ernemann estaba enteramente satisfecho, y Elsner deploraba que mi pantaleón fuera sordo y que no se oyesen los pasajes tocados en los bajos. Esa noche, tanto en el paraíso como en el patio de butacas, todos salieron contentos; abajo se me reprochaba una manera de tocar que no era suficientemente perceptible—hubiera querido encontrarme en el café *Cendrillon* para oír los *debates* provocados por mi concierto. Por eso Mochnacki, en el «Correo Polaco», después de haberme puesto por las

nubes en el *Adagio*, me aconseja, para concluir, más *energía*. He adivinado dónde tenía que descubrir esta energía, y en mi segundo concierto no he tocado en mi piano, sino en un instrumento vienés.

El general ruso Diakow, tuvo la amabilidad de prestarme su piano, mejor que el de Hummel—y sólo así, el público, más numeroso todavía que en el primer concierto, salió enteramente satisfecho. ¡Qué de aplausos! ¡qué de elogios!; que cada nota era comparable a una diminuta perla, que tocaba mejor en mi segundo que en mi primer concierto... y luego, después de una llamada a escena, el público se puso a chillar, pidiendo un tercer concierto. El *Rondó a la Krakowiak* ha causado gran sensación; los aplausos se renovaron cuatro veces. Kurpinski se lamentaba de que no hubiese tocado la *Fantasía* en el piano *vienés*—lo que al día siguiente reclamaba Grzymala en el «Correo Polaco»—. Elsner me declaró que sólo ahora, después de esta segunda audición, se podía emitir un juicio sobre mí—aunque, para ser totalmente sincero, yo hubiera preferido tocar en mi piano. Sin embargo, todas las opiniones coinci-

den en pretender que el segundo instrumento estaba mejor adaptado a la sala.

Ya te es conocido el programa del primer concierto. El segundo comenzó por la *Sinfonía* de Nowakowski (*por complacencia*), después de la cual vino el primer Allegro del *Concerto*. Bielawski tocó las Variaciones de Bériot, después el Adagio y el Rondó. Comencé la segunda parte por el Rondó a la Krakowiak; después, la señora Mayer cantó bien las canciones de Soliwa, de la *Hélena y Malvina*. Finalmente, yo improvisé, y esto gustó mucho a los palcos del primer balcón.—Para hablarte sinceramente, no improvisé conforme a mi gusto, pues no hubiera estado al alcance de aquel público. Me admiro, sin embargo, de que el *Adagio* haya causado semejante impresión a todo el mundo; me hablan de eso por donde quiera que voy. Seguramente has leído todos los periódicos, al menos los principales, y puedes darte cuenta de que la gente salió contenta. La señorita de Moriolles me ha enviado una corona de laurel; todavía hoy he recibido unos versos de cierto personaje. Orlowski ha hilvanado mazurcas y valses sobre temas inspirados en mi Concerto. Sen-

newald, acompañado de Brzezina, me pidió un retrato mío, pero no puedo satisfacerle porque sería demasiado a la vez, y yo no tengo interés en hacerme untar de manteca, como sucedió con la historia del retrato de Lelewel.

A tí te lo enviaré todo lo más pronto que pueda; lo quieres, y lo tendrás, pero nadie más—excepto una cierta persona, y nunca antes que tú—; pues tú eres a quien más aprecio. Excepto yo, nadie ha leído tu carta. Como siempre, llevo tus cartas encima. Cómo me agradará—cuando en mayo, salga fuera de los muros de la ciudad, y pensando en mi marcha próxima, saque tu carta, poder tener sinceramente la seguridad de que me estimas—, ¡ver al menos la escritura de una persona tan querida! Pretendían hacerme dar un concierto más la semana próxima; pero no quiero. No podrías creer qué martirio es para mí desde tres días, antes de tocar en público. Además, antes de las fiestas tengo que acabar el primer Allegro del segundo *Concerto*, y espero para dar este tercer concierto a que las fiestas hayan pasado; sé que entonces he de tener más auditorio, pues la mayoría de la gente me ha oído todavía poco. Entre las voces del

patio de butacas que en último concierto pedían una tercera audición, una de ellas gritó tan fuerte: «en el Ayuntamiento», que lo oí perfectamente desde el escenario. Pero no puedo atender esta demanda, pues si, al fin, me decido, será para darlo en el teatro. No tengo interés en lucrarme, y el teatro no me ha producido gran cosa; el cajero hizo lo que quiso, pues se le han dejado las manos libres. Deducidos todos lôs gastos, los dos conciertos no han producido cinco mil, y, sin embargo, Dmuszewski hacía observar que, hasta ahora, nunca había habido tanto auditorio para un recital de piano, como en mi primer concierto, y más aún en el segundo. Lo que me importa es que en el Ayuntamiento, con no menos molestias y no mayor efecto, tampoco tocaría para todos, sino sólo para la alta clase de la sociedad o para la ciudad. Nunca he experimentado como ahora que no ha nacido aún quien sea capaz de satisfacer a todo el mundo. Dobrzynski me pone mala cara, porque no he elegido su sinfonía; la señorita Wodzinska está enfadada, porque no le he reservado un palco, etc. A *propósito* de la señorita Wodzinska, que he visto anteayer en casa de

los Pruszak en el santo de Mariana, me acuerdo de que allí he visto también a tu hermano, que tiene siempre sus buenas ocurrencias y que me encarga te salude. Poco tiempo antes de esta fiesta, me parece que en San José, tuvo lugar el aniversario de su vigésimo quinto año de matrimonio, *alias*, bodas de plata. La comida transcurrió, naturalmente, con toda suerte de entremeses groseros, de ningún modo para mí. Ayer he comido en casa de Moriolles, y más tarde, por la noche, en casa de Diakow, donde he visto también a Soliwa. Te envía un saludo y me ha prometido darme una tarjeta para tí. Hemos tocado *la Rubinelle*, de Hummel, con Kaczynski, y hemos hecho bastante buena música. Me cuesta trabajo separarme de este papel, pues me parece que aún no te he escrito lo que yo quisiera para interesarte. Guardaba todo para el postre, y resulta que no tengo para tí otro postre que mi abrazo más sincero, puesto que sólo te tengo a tí.

F. CHOPIN.

Papá, mamá y las niñas te saludan cordialmente. Zywny también. Veo en todas partes a

Max; lo he visto en casa de la Señora Potocka, en el teatro y en casa de la señora Nakwaska, en la velada musical. Me he encontrado, también últimamente, a Laczynski en un coche de punto.

* * *

9.

A Titus Woyciechowski, *Poturzyn*.

Varsovia, sábado 21 de agosto de 1830.

Malvado, hipócrita:

Es la segunda carta que te escribo—no querrás creerlo; dirás que Fryc miente, pero esta vez te hablo con toda sinceridad—. Una vez llegado, perfectamente, con el Barón a Varsovia, te he escrito enseguida, pero mis padres estaban en Zelazowa Wola, y como yo iba a estar muy poco tiempo en Varsovia, he dejado, naturalmente, tu carta en el pueblo para que la echasen al correo; cuando he vuelto con mis padres el martes pasado, he encontrado esta

carta, junto a las tazas de té, en el mismo sitio en que la había dejado al marchar. Carlos. que ha ido a casa durante mi ausencia, me ha dicho que ha visto la carta colocada sobre las tazas. Pero no hay mal que por bien no venga. En esta misiva no te insultaré como en la otra, cuando tenía bien recientes en mi imaginación tus aventuras de Poturzyn. Debo decirte, francamente, que recuerdo con mucho agrado todo aquello—tengo la nostalgia de tu campiña—y no puedo apartar de mi imaginación aquel abedúl que está bajo la ventana. ¡Y la ballesta! ¡Qué novelesco es eso! Recuerdo a menudo esa ballesta con la que me has martirizado, por todos mis pecados. Pero tengo que rendirte cuentas del tiempo que ha transcurrido, decirte la fecha exacta de mi marcha y decirte muchas cosas útiles. En primer lugar, lo que me ha ocupado en Varsovia ha sido «Angela». Asistí a la representación. Le faltan pocas cosas a la Gladkowska. Esta muchacha está mejor en escena que en la sala. No he de hablar de su acción en la tragedia; excelente, no hay nada que reprocharle. En cuanto al canto, si no fuesen estos *fa* sostenidos y esos *sol* en las notas altas, no habría

nada mejor en su género. Oyéndola modular las frases te hubieras sentido satisfecho; matiza a la perfección y, aunque al principio le temblaba la voz, terminó por afirmarla. La ópera ha sido representada con algunos cortes. Por eso, sin duda, no he notado pasajes aburridos. El *aria* de Soliwa, en el segundo acto, es del mayor efecto; yo sabía que podía causar efecto, pero no sospechaba que llegase a tanto. Las romanzas que canta en el segundo acto, con acompañamiento de harpa, han sido muy bien logradas (el que toca entre bastidores, imitando el harpa, manteniendo perfectamente la ilusión, es Ernemann). Al final, Angela fué obligada a salir a escena y cubierta de aplausos. De hoy en ocho tendrá lugar la presentación de Fiovilla, en el *Turco*. La Wolkow gusta más. Has de saber que Angela tiene muchos *antagonistas*, que ellos mismos no saben lo que tienen que reprocharle. Indudablemente, el Italiano hubiera podido escoger algo mejor para la Gladkowska. Es posible que la «Vestal» le hubiera proporcionado más éxitos, pero ésta tampoco está mal; se encuentran en la obra raras bellezas y dificultades, logradas de un modo extraordinario para tratar-

se de un debutante. Szczurowski es terrible; en su sola persona se reúnen una especie de Talma, de Kemble, de Devrient y de Zolkowski; no haya manera de saber lo que es verdaderamente; en todo caso, un perfecto loco. Zdanowicz es, según Soliwa, *non plus ultra*. Salomonowicz está poco afortunada; Nawrocka, siempre tan afectada, y Zylinski hace la digestión en escena. Aun ayer, en el ensayo del *Turco*, me irritó con su cachaza, cuando atizaba bastonazos al Turco. La Wolkow canta bien y trabaja asimismo divinamente, tiene un papel que seguramente lo sabe hacer. Pero quizás cause más efecto en el público con sus ojos que con su voz. Ha subido varias veces hasta el *re* con pureza y seguridad, y no dudo de que gusta más que la Gladkowska. El quinteto ha marchado muy bien. El general estaba contento. Kostus está en Francfort con Kincel, y han de volver por Milán, Trieste y Viena. Hube está aún allí y no llegará a Roma hasta el 15. ¿Que qué hago? El mes que viene salgo el día X, pero antes tengo que ensayar mi *Concerto*, pues he terminado ya el *Rondó*. Mañana vendrán a casa Kaczynski y Bielawski. Por la

mañana, a las diez, en presencia de Elsner, de Enermann, de Zywny y de Linowski, ensayaré mi *Polonesa*, con violoncello y Trío. Tocaremos desesperadamente. Por eso no he invitado a nadie, fuera de las personas mencionadas y de Matuszynski, que es el único que me ha permanecido fiel, y no como ese Hipócrita, Bandido, Canalla de... ¡adivina quién! Kostus me envía un saludo con las señoritas Palczewski. La señora Pruszak está en Marienbad, han ido allí a tomar las aguas; Mleczko, también. Mi preferido, Pietrus Dziew, se ha quedado en el camino, y se encuentra a sus anchas en Reinertz. He visto a Oborski en las Variétés, estuvo amable. Valerio se exhibe por las calles con una botonadura de brillantes y cara de banquero. Vicente, siempre tan magnífico buen funcionario como antes. He encontrado a Laczynski, que—igual haría yo si estuviese en su lugar—sigue aún en tu casa, desde dos días después de su llegada a Varsovia; seguramente ya te lo ha contado. El Barón está en sesión; habita en casa de Conti, y desde mi regreso, sólo lo he visto una vez; su madre continúa cada vez peor, según me ha dicho. He visto ayer al Châtelain;

hemos hablado de tí. Carlos se ha marchado indudablemente, pues tenía que ir a sus fincas. Hoy, *Hamlet*; voy a ir. Ayer, la señorita Rivoli, nueva *Vache*, ha debutado en el papel (de Olésia Pruszak) traducido por Gaszynski, *Los primeros amores*. Tu papel está bien representado por Niwinski; el de Kocio está desempeñado por Jasinski mejor que lo sería por Kocio, mi papel lo hace Szymanowski, casi como yo, que estoy lejos de alcanzar a Heroch y, en fin, Kratzer, no encontrará en toda su vida mejor medio de hacer huir a las ratas. Kucharski, en comparación, *es un Cherubini*. Termino porque quiero echar yo mismo la carta al correo para que este pobre diablo de papel no se quede en casa como su hermano. La semana próxima no podré impedirme de regañarte otra vez por lo que habría debido escribirte hoy, y basta. No quiero nada de ti, ni siquiera estrecharte la mano, me has asqueado para una porción de siglos, Mónstruo Infernal. Te besa.

CHOPIN.

Si hay cartas para mí, reexpídemelas *retro*. Perdóname por lo que te escribo, pues hoy es-

toy más idiota que nunca. Papá, mamá, mis hermanitas te envían sus mejores saludos.

* * *

10.

A Titus Woyciechowski, *Poturzyn*.

Varsovia, 31 de agosto de 1830.

Mi muy querido Titus: Tu carta llega bien a punto. Me ha bastado recibirla para curarme el reuma. ¡Ojalá mis cartas te surtan a tí efectos tan saludables! y tales que, con su lectura, desaparezcan toda falsedad y toda hipocresía; ¡cuánto me alegraría de ello! Por lo que hace a esta carta, estoy seguro de que no obtendrá tan felices resultados; bien al contrario, a lo que me parece, provocará nuevas impertinencias e irá a reavivar la cólera en tu corazón de fiera, y es una suerte que estemos separados por una distancia de 40 millas, pues quizás tu venganza se ensañaría conmigo inmediatamente con toda crueldad. La falta es grande, pero

agradable para quien la ha cometido; estoy en Varsovia; mas, tan cierto como mi cariño hacia tí, es que nada me atrae fuera del país. Puedes creerme, si salgo la semana que viene, es decir, en septiembre (mañana es día primero) marcharé por seguir mi vocación y por satisfacer el buen sentido (que debe ser bien poco, cuando no tiene fuerza para destruir en mi pensamiento lo demás). El día de la marcha se acerca; ya esta semana tendré que ensayar mi Concerto para cuarteto a fin de que este cuarteto pueda ser oído primero conmigo sólo y familiarizarme un poco con él, sin lo cual, Elsner cree que en el ensayo con la orquesta habría algún desorden. Linowski está haciendo a toda prisa las copias y ha llegado ya al Rondó. He ensayado el Trío el domingo pasado; no sé si es porque no lo he oído hace mucho tiempo, pero me sentía *bastante contento de mí mismo* (¡hombre feliz!); solamente se me ha ocurrido sustituir los violines por la viola; en el violín es la quinta la que más sobresale y, en mi concerto, apenas hay ninguna; la viola contrastará más con el violoncello, cuya parte está adaptada con vistas al efecto. Eso es todo, en lo que a mí respecta.

Hablemos ahora de los otros músicos. Dirás que en eso también me he atenido a las leyes del egoísmo que me has propuesto tú mismo. Soliwa había enseñado su papel a la señorita Wolkow el sábado pasado, de tal modo, que hechizó a la orquesta y al patio de butacas, por su coquetería, su desenvoltura, y por sus dientes y sus ojos encantadores. Estaba más bonita que ninguna de nuestras actrices, pero yo no pude distinguir su voz en todo el primer acto. Apareció muy vestida, como para pasearse junto al mar, con unos gemelos en la mano; comenzó a mirar a uno y otro lado y a desplazarse con tanta distinción, que nadie la hubiera tomado por una debutante. A pesar de los aplausos muy nutridos, y de los gritos, tenía tal miedo, que no se me reveló hasta el segundo acto, en el aria, y eso que no la cantó tan bien como anteayer en la segunda representación, donde el primer acto marchó, asimismo, de modo muy distinto. En cuanto al canto, la Gladkowska le es muy superior; hasta ver a la Wolkow en escena, ni siquiera suponía yo que podía haber tanta diferencia. Hemos estado de acuerdo, con Ernemann, en que no sería fácil encontrar una segun-

da Gladkowska, por la pureza, la entonación y la alta calidad del sentimiento de que hace gala en escena. A la Wolkow le ocurre a veces cantar en falso, mientras que la otra, a quien he oído dos veces en *Angela*, nunca ha tenido una nota dudosa. Cuando las ví ayer, les repetí tus cumplidos, por los cuales ambas me ruegan que te dirija sus más expresivas gracias. Según me contó Celinski, la Wolkow fué mejor acogida que la otra, y esto debió conmover profundamente al Italiano, pues ayer me declaró que no deseaba que la una gustase más que la otra, pero que se veía obligado a confesar que los hechos eran así. Hay que atribuir, sin embargo, la cosa al *Turco*, o más bien a Rossini, que causa en nuestro público—hechizado, además, por el traje y por lo que esconde el traje de la joven—más impresión que las lamentaciones de una muchacha desgraciada o los más hermosos arranques de Paer. Gladkowska va a debutar dentro de poco en la *Gazza Ladra*; «dentro de poco», es decir, cuando yo esté con toda certeza lejos de las murallas de Varsovia. Pero tú quizás estés entonces aquí y me darás tu opinión. Su tercer

papel será en la Vestal. No sé lo que hará la Wolkow.

He ido, también anteayer, por segunda vez, al campamento del general Szembek. Has de saber que ha establecido su cuartel general en Sohaczew, y que se había puesto de acuerdo con Miguel para llevarme allí. Pero como no pudo hacerse así, me envió a su ayudante. Czaykowski, hermano de esta señorita Czaykowska, que toca el piano y se perece por llevarme a verlo. Szembek es muy aficionado a la música y toca bien el violín; en sus tiempos tuvo como maestro a Rode y es un Paganinista furibundo; fuera de eso, pertenece a la casta de los buenos músicos. Ordenó a su música que tocase; se habían estado ensayando toda la mañana y he oído cosas singulares. Todos tocan en unas trompetas de pistones; imagínate que llegan a hacer gamas cromáticas tan rápidas como pueden serlo y disminuyendo hacia las notas bajas. Tanto, que tuve que cubrir de elogios al solista, que el pobre no tiene mucho tiempo por delante para tocar, pues, aunque joven todavía, tiene aspecto de tuberculoso. Me ha dado mucho que pensar el oír la Cavatina

de la *Muda*, tocada en estos instrumentos, con toda precisión y con los matices deseados. Posee un piano en su campamento, y no sé cómo ha sido la cosa, pero me ha comprendido sin dejarlo ver. El *Adagio* le ha causado el mayor efecto; no quería dejarme marchar, tanto, que he llegado tarde al Turco. *A propósito*, en un periódico de Berlín hay un artículo estúpido sobre la música en Varsovia. Se trata, principalmente, de Angela, a quien elogia muy justamente por su canto, por su sentimiento y por su escena; más lejos, escribe: «Esta joven artista ha ha salido de un instituto dirigido por los señores Elsner y Soliwa. El primero de éstos, profesor de composición, ha formado a unos cuantos discípulos, entre los cuales están Orlowski, Chopin y algunos otros que, con el tiempo, podrían contribuir a, etc., etc.» Que el diablo se lleve a este compañero. «*Le han chafado a usted bonitamente*», me ha dicho Bouguet, canturreando y con los ojos más encarnados que nunca. Ernemann estimó que debía sentirme orgulloso de haber sido citado en segundo lugar. El artículo no dice nada más de estos discípulos, y termina enseguida, diciendo: «En cuanto al juicio

que nos merecen las obras de Elsner, Soliwa y Kurpinski, volveremos a hablar de ello en otra ocasión». Perfecta idiotez de un varsoviano bien inteligente. Me olvidaba ya de hablarte de Rinaldi: por el amor de Dios, envíame ese libro, por Laczynski o como quieras, pues el Italiano no me dejará en paz. El diablo me lleve por haber olvidado ese libro a mi salida de tu Estado de Poturzyn. El viejo Pruszak me ha dicho que Kostus tendrá que ir el mes próximo a Viena con Kimmel; se reunirá con su madre en Dresde y volverá a Varsovia. Mientras tanto, Hube se paseará por Italia. Me duele la cabeza cuando evoco a Italia, me parece que...

Basta de tonterías; perdóname, querido, por haberte escrito yo no sé qué, como de costumbre, pero tus tierras te producen bastante para pagar esta carta, aunque no contuviese otra cosa que una hoja de papel de mi puño y letra, y mi firma, que estoy siempre dispuesto a inscribir en lugar tuyo sobre el más diabólico de los tratos infernales. Ayer he estado un buen rato con Vicente Skarzynski, que te aprecia mucho y me ha preguntado por tí. Todo el mundo me habla de Olesia y nadie de otro cierto quidam.

Pero celebro que el secreto se haya ahogado en mi corazón y de que haya en mí el fin de lo que tú eres el comienzo. Alégrate de tener en mí un abismo donde puedes arrojar todo sin temor, como en otro tí mismo, pues hace mucho que tu alma está depositada en el fondo. Escondo tus cartas como si fuesen el lazo de una novia. Tengo el lazo; escríbeme y charlaremos de nuevo dentro de una semana.

Tuyo siempre,

F. CHOPIN

Los más sinceros saludos de mis padres y de mis hermanas. Luisa te da las gracias por los buenos deseos que la expresas en tu carta, y que yo le he leído, Zywny te estrecha la mano, saludos de tus conocidos Max, Soliwa, etc.

No puedo resignarme a dejar este papel; figúrate que la señorita F. quiere a toda costa que me ocupe de ella, que la enseñe a tocar el piano, y... al papá le gustaría; me ha obligado a ir varias veces a su casa y ella viene a la mía, pero no siento ninguna inclinación por ella. Pobre chica, tiene que dar conciertos y no sabe nada. Le he aconsejado que vaya con Erne-

mann, pero Ernemann no quiere ocuparse de ella y le aconseja que vaya con Dobrzynski; le dice que, como ella es lituana y él es también lituano, podrán completarse bien. No son más que bromas.

* * *

II.

A Titus Woyciechowski.

(Varsovia), sábado, 4 de septiembre de 1830.

Mi muy querido Titus:

Te lo advierto, Hipócrita, estoy aún más loco que de costumbre. Continúo en el mismo estado—no tengo ánimos para fijar el día; me figuro que voy a marcharme para olvidar mi casa para siempre; que voy a marcharme para morir—, y qué triste debe ser morir en sitio distinto del que se ha vivido. Qué horrible será que al lado del lecho de muerte, en lugar de mi familia, tenga que ver la cara de un médico pedante o de algún criado. Créeme, más de una vez me gustaría ir a Chodkiewicz para cobrar la calma a tu lado; en lugar de eso, salgo de casa, soy presa de una indefinible angustia y vuelvo a casa, ¿para qué?—para languidecer de nuevo. Aún no he ensayado mi concerto—sea como quiera, antes de San Miguel habré abandonado todos mis tesoros y me encontraré en Viena condenado a suspirar eternamente. ¿En qué consiste esta locura? Tú, que conoces tan bien la Naturaleza, explícame ¿por qué tengo la sensación de que sólo mañana será hoy? No seas tan tonto. Tal es la respuesta que puedo darme yo mismo; si tu conoces otra, envíamela.

Orlowski está en París, Norblin ha prometido colocarlo en el teatro de las *Variétés*. Le Sueur lo ha recibido bien y le ha prometido tener en cuenta sus conocimientos musicales. El camarada puede salir airoso, si quiere tomarse ese trabajo. Mis intenciones para el invierno son pasar dos meses en Viena, después en Italia y, por lo menos el invierno, en Milán. Tendré cartas. La señorita de Moriolles ha regresado ayer de las aguas. Luis Rembielinski está en Varsovia; lo he visto en casa de Lours, donde he discutido con Ernemann, con motivo del Turco,

de Agnès, del Italiano y del Polaco. Soliwa acapara la dirección de las óperas donde debutan sus chicas, lo verás terminar por adueñarse de Kurpinski; ya está con un pie en el estribo, apoyado por un caballero bigotudo. Tiene también en su favor a Osinski. Palstet ha visto a la Rastawiecka, algunos días antes de su muerte; dice que ella se daba perfecta cuenta de su estado. La señora Palstet me encarga que te diga que está muy enfadada contigo, porque no me has llevado a Telatyn a la fuerza. No son más que chinchorrerías de mujeres, que, cuando proceden de vejestorios, son aún más insoportables para quienes no gustan de andar en chismes más que con cierto quidam.

Hoy, en el teatro, los cantores alpinos; es algo del género de los tiroleses que vinieron hace dos años; te acordarás, seguramente. Gresser dice que son peores, y el *Correo de Varsovia*, que son mejores. No iré hoy; prefiero ir a oírlos el miércoles, en la Ressource, en el palacio Mniszek. Será, sin duda, una gran velada y ellos cantarán en el jardín. Vicente Skarzynski me ha dicho que el proceso que ha puesto en frente uno de otro a los dos pilares de la Res-

source, es decir, a Zejdler, Zakrzewski, etc., por un lado, y a Steinkeler, Zelakowski, etc., por otro, lo ha perdido su parte, pero que van a apelar. Ellos son los melosos (porque habitan en la calle Miodowa) y los partidarios de Steinkeler, los Mniszkowski. Estas aclaraciones son útiles para que puedas darte cuenta de que los melosos ha perdido, pero en contra de toda justicia. Bucholtz terminará próximamente su instrumento *a la Streicher*; se toca bien en él; es mejor que sus instrumentos vieneses, pero está lejos de igualar a los instrumentos vieneses de Viena. Termino hoy esta carta con estas naderías, puesto que la termino con lo que ya he escrito, y por la razón de que son las once y media, de que escribo sin haberme vestido aún, mientras que la pequeña Moriolles me espera, y porque tengo enseguida que ir a comer a casa de Celinski; he prometido, después, ir a ver a Magnuszewski, y no tendré tiempo de volver antes de las cuatro para terminar esta cuartilla, cuya insania deploro, mas no puedo remediar. Pero, en fin, por poco que valga lo que te escriba, me parece que hago bien en hacerlo. No puedo dar libre curso a mi exaltación en esta

carta, pues si me dejase llevar, la pequeña Moriolles no me vería hoy, y me gusta agradar a las buenas gentes cuando estoy seguro de que están bien dispuestas hacia mí. No la he visto aún desde mi regreso, y debo confesarte que me sucede bastante a menudo que encuentro un lenitivo a mis penas desahogándolas con ella; me parece, entonces, que las gentes me creen, y me calmo, al menos superficialmente. Mi padre rompe a reir, cuando acaso tiene ganas de llorar—y yo, también río de dientes para afuera.

Iremos, querido amigo, a Italia; no tendrás ya ninguna carta mía de Varsovia en un mes, y quizás no la tengas tampoco de otra parte; durante todo el tiempo que hayamos de estar sin vernos no sabrás de mí. Contar tonterías—es todo cuanto yo sé hacer—, pero el salir de la ciudad, también te sucederá a tí. No te esperaré en vano y terminaré por tenerte conmigo. Recibiré cartas de este género. «He terminado la construcción de mi molino, proyecto la de una destilería, después le tocará el turno a la lana, después, a los corderos; finalmente, vendrán las segundas sementeras.» Pero no se-

rán ni el molino, ni la destilería, ni la lana quienes te retengan, sino otra cosa. Nunca estamos satisfechos; cuando no disponemos, acaso, más que unos instantes para ser dichosos, ¿por qué arrancarnos ilusiones que pueden todavía durar algún tiempo? Aunque yo, por una parte, tengo como sagradas las relaciones sociales, afirmo, por otra, que son una invención infernal y que valdría más que los hombres no conociesen ni el dinero, ni los macarrones, ni los zapatos, ni los bifteks, ni las pastas, etc., mas conocen todo eso. Esa es la más triste de mis deducciones; pero yo sé que tú eres de esta opinión y que preferirías no conocerlo. Voy a arreglarme; no me abraces, pues aún no me he lavado.—¿Tú?, aun cuando me untase de pomada bizantina, no me abrazarías, si no te obligase a ello por el magnetismo. Hay, indudablemente, en la Naturaleza alguna fuerza oculta. ¡Hoy soñarás que me das un abrazo! Tengo que vengarme del sueño horrible que has provocado en mí esta noche.

F. CHOPIN

Por siempre amador de la Hipocresía personificada.

A propósito: escríbeme y no olvides a Rinaldi. Nada más. Mamá y papá te saludan cordialmente. Las niñas han bajado para decirme que no las olvides; pero cuando me escribas dime, te lo ruego, que no me he acordado de enviarte sus saludos. El italiano Soliwa me ha preguntado cuándo estarás en Varsovia, en Dantzig. No he visto a tus hermanas en Varsovia. La señora Plater ha vuelto.

* * *

12.

A TITUS WOYCIECHOWSKI, *Poturzyn*.

Varsovia, 18 de septiembre de 1830.

¡Mi muy querido amigo! ¡Horrible hipócrita! Conde Ory asqueroso, Abelardo, etc.

No sé porqué, pero me siento bien; mi padre y mi madre están muy satisfechos de ello. He recibido, por Pawlowski, tu carta y el libro; nada mejor podías haber hecho que enviarme

este libro. El italiano me volvía loco con tal motivo, cada vez que me encontraba en la calle. He ensayado el pasado miércoles mi concerto en cuarteto. Quedé bastante contento, pero no demasiado—las gentes dicen que el último final es el más bonito (porque es el más comprensible). Ya te escribiré la semana próxima cómo va con la orquesta, pues lo ensayaré el miércoles. Mañana lo toco otra vez en cuarteto. Cuando haya terminado este ensayo me iré, pero, ¿a dónde?, puesto que nada me atrae en ninguna parte. No tengo, sin embargo, la intención de quedarme en Varsovia, y si piensas que se trata, como para muchas gentes de Varsovia, de algún asunto amoroso, rechaza tus sospechas y convéncete de que sabría continuar siendo dueño de la situación, cada vez que pudiera ser cuestión de mí; si estuviese enamorado sería capaz de disimular, durante algunos años todavía, una *pasión* impotente. Piensa de ello lo que quieras, pero la carta que te entregará el conde—lo he encontrado anteayer en la calle Podwale y me ha prometido honrar nuestra casa con su corpulenta presencia, antes de su mar-

cha—te dará todas las aclaraciones necesarias. No quisiera irme contigo. Y no es pura imaginación, pero, tan cierto como el aprecio que te tengo, es que habríamos perdido un instante más precioso que los millares de días pasados en la monotonía: el instante en que nos abrazásemos por la primera vez en el extranjero. No podría ya esperarte, recibirte, hablarte como se habla cuando la alegría excluye el cambio de palabras acompasadas y frías y los corazones se hablan una lengua divina. ¡Lengua divina! Qué expresión más torpe; es como un ombligo o un hígado divinos; qué espantosa materialidad.—Pero volvamos al momento en que yo te vea allá lejos. Quizás entonces no sepa contenerme y te diré lo que sueño siempre, lo que tengo siempre presente ante los ojos, lo que oigo continuamente, lo que me proporciona más alegría en este mundo y lo que me aflige más también. No creas, sin embargo, que estoy enamorado—eso lo dejo para más tarde.

He comenzado una polonesa con orquesta, pero está aún en el estado de vago esbozo, ni siquiera de comienzo. He formado otra idea de Kamienski que la que me había hecho de él en

el campo. Podrás saber algo más de eso, por Pawlowski. Hoy, para tranquilizarte, te escribo *anticipando* que no me marcharé antes de San Miguel. Este es el punto más claro. Te veo tirar mi carta y enrojecer de cólera; pero no se hace lo que se quiere, hermano; se hace lo que se puede. No pienses, por lo demás, que son razones de bolsillo las que me detienen. Tales razones no serían decisivas, pero en la medida en que lo son, tengo, gracias a Dios, lo que me hace falta para procurarme algo, y eso no me preocupa. Si me es difícil defenderme del merecido lugar que me dedica el periódico berlinés, el periódico vienés, por fortuna, habla de modo distinto de mí, en su crítica sobre mis Variaciones. Es corta, pero tan sustancial, tan alta, tan profunda y también tan filosófica, que es imposible de traducir. Termina por decir que, fuera de los adornos externos, tienen una cualidad interna que perdurará. El alemán me ha dedicado un elogio; cuando lo vea le daré las gracias. No ha exagerado, sin embargo, nada, y es justamente lo que yo deseo, pues me concede personalidad.—Si no fuese para tí no me extendería más tiempo hablando de mí mis-

mo, pero como te tengo a tí y me gustaría que tú hicieses otro tanto, me alabo, como los vendedores a su mercancía. El segundo lugar, después de Orlowski, no es para mí ni demasiado, ni demasiado poco. Hoy ponen su primer ballet con una enorme maquinaria del señor Lesbenier. Hay quien predice que no faltarán incidentes. Ayer he ido a casa de Cichocki, aquel muchacho grueso, para felicitarle por su cumpleaños. He tocado el quinteto de Spohr, para piano, clarinete, bajo, trompa de caza y flauta. Muy bonito. Pero no entra en los dedos. Todo lo que ha querido escribir expresamente para el piano y para realzar su papel, es insoportablemente difícil y con frecuencia no se puede llegar a encontrar el juego de los dedos. Este quinteto tenía que haberse tocado a las siete, y lo hemos comenzado a las once. ¡Admírate de que no me haya dormido! Pero había una bella muchacha que me recordaba mi ideal. Figúrate que me he quedado hasta las tres. El quinteto tuvo lugar tan tarde porque el ensayo para el ballet duró hasta las once. Puedes deducir qué gran ballet resulta. ¡Los saltos que van a pegar en él hoy! He escrito ayer a Bartek, en Londres.

Antonio Wodzinski ha vuelto de Viena. Voy a ir allí con toda seguridad, pero no puedo señalarte el día de mi salida.. Debía de tomar ya de hoy en ocho días la diligencia de Cracovia, pero he renunciado a ello. Sé que me consideras como completamente decidido en lo que a esto atañe. Te ruego que creas, sin embargo, que pienso asimismo en mi bien, pero, te aseguro por nuestra amistad, que sacrificaré todo lo que hay que sacrificar por la gente. ¡Por la gente! Es decir, por los ojos de la gente, a fin de que la opinión, que tanta importancia tiene entre nosotros, no pueda contribuir a mi desgracia interna, o, en todo caso, sólo superficialmente. La gente llama a menudo una desgracia a una chaqueta llena de agujeros, a un sombrero viejo, etcétera. Cuando no tenga que comer, estás obligado a tomarme como escriba en Poturzyn; habitaré ahí, al lado de la cuadra, y se estará tan bien a tu lado como este año en el castillo. Con tal de que me encuentre sano, pienso trabajar toda la vida. Me he preguntado a veces si soy verdaderamente perezoso o si debería de trabajar más de lo que me permiten mis fuerzas físicas. Sin chanzas, estoy convencido de que

no soy todavía el más holgazán de los holgazanes y que, cuando la necesidad me obliga, soy capaz de trabajar, aún dos veces más que hoy. Confiesa que no puedo acusarme mejor ante tí que absolviéndome. No me basta saber que te estimo mucho—quisiera que tú también me estimases así algún día y por eso emborrono tanto papel. Sucede a menudo que el que quiere lo mejor, quiere lo peor. Pero creo que sería capaz de no perder nada ni ganar nada contigo. La simpatía que experimento por tí, fuerza a tu corazón, por medios sobrenaturales, a experimentar por mí una simpatía parecida. No eres dueño de lo que piensas, el dueño soy yo, y no me dejaré abandonar como los árboles se dejan despojar de sus hojas que les dan este carácter de alegría y de vida. En invierno todo estará verde en mí, en mi cabeza, pero, por Dios, en mi corazón es donde habrá más calor, de modo que no habrá lugar para asombrarse de una vegetación semejante. Te beso, para acabar. Tuyo siempre,

F. CHOPIN

Sólo ahora me doy cuenta de que te escrito muchas tonterías; ¿hay que creer que es mi imaginación de ayer la que actúa todavía y que no he dormido a mis anchas? Perdóname esta lata, pero he bailado la mazur. Mamá y papá te envían un fuerte apretón de manos; las niñas también. Luisa está aún malucha, pero creemos que pronto estará buena.

He encontrado al presidente, que se alegra de la llegada del conde; tiene que enviarte por él algunas cartas o algún paquete, o tal vez alguna cosa de Dantzig. Valerio es siempre Valerio. Su vecina, la señorita Kolubakin, ha muerto. Vicente está bien y guapo. Kostus está, según parece, en Dresde con todos.

La señora Sokolowska ha llegado. Como siempre, continúa muy débil. Tus cartas están siempre en mi corazón, junto al lazo—pero, aunque no se conocen (estas cosas muertas) se dan perfecta cuenta de que no son de procedencia extraña.

* * *

13.

A JUAN MATUSZYNKI, *Varsovia*.

Viena, 22 de noviembre de 1830.

Mi querido Juan:

Dame el número de tu casa. Ya sabes que estoy tan contento de estar en Viena, porque voy a hacer gran cantidad de conocimientos interesantes que me importan en el más alto grado; tal vez me voy a enamorar aquí. No pienso en vosotros. Sólo de cuando en cuando echo una mirada al anillo hecho con el pelo de Luisa, tanto más precioso para mí, cuanto que me alejo más de ellos. A tí también te quiero más aquí hoy que en Varsovia. Pero, ¿soy correspondido? Escucha, Esculapio, si no me has escrito, que el diablo te lleve, que un rayo caiga sobre Radom y te arranque el botón del sombrero. En Praga he dado orden de reexpedirme todas las cartas a Viena y no he recibido todavía ninguna. ¿Te ha puesto malo la lluvia? Presiento que has estado enfermo. Por el amor de Dios, no desafíes a la intemperie, pues nosotros dos es-

tamos hechos de la misma arcilla y tú sabes bien cuántas veces me he resentido ya. Pero la arcilla de la que estoy hecho no se disolverá más en esta lluvia; su temperatura sube en el interior a noventa grados Réaumur. ¡Sería posible, ojalá no, hacer de mi arcilla una casa para una gatita! ¡Ah, pillo! ¡Has ido al teatro! ¡Has clavado los gemelos, has lanzado bastantes miradas en tu alrededor! ¿Te has afilado bastante los ojos?... Si así es, que el rayo te aplaste; no eres digno de mi afecto. Titus sabe todo y se alegra, pues se ha conducido siempre de una manera digna y presentía algo; si te escribo, es por darme ese gusto, ya que tú no lo mereces. La señorita Heinefetter estaba preciosa ayer en *Otelo*, y cantaba de un modo maravilloso. Te escribiré todo más tarde, pero envíame ese número. Te abrazo, así como al abate Alfonso. He escrito a Marcel. Abraza a todos los compañeros.

F. CHOPIN

Mi pluma escribe como una cuchara y se me cae de las manos. No te extrañe este galimatías.

Te escribiría más extensamente, pero no puedo coordinar mis pensamientos y tengo miedo.

[Al dorso de la carta]. Se ruega no tocar al blasón. Es obligatorio no comportarse como curiosas comadres. Envío con esto un paquete de besos de la mejor docena a mis buenos compañeros,

y al médico de mi corte,
Juan Matuszynki,
médico de primera clase de San Jacinto
de las Croquetas,
en su palacio, cuando llegue.
Por el correo
Luisa, Isabel o Suzon.

* * *

14.

A Juan Matuszynski, *Varsovia*.

Viena, el día de Navidad. Domingo por la mañana. El año pasado, en esta misma fecha, estaba con los Bernardinos. Hoy, con una bata puesta, estoy sentado, solo, mordisqueo mi anillo y escribo.
(26 de diciembre de 1830).

Mi querido Juan:

Vuelvo ahora mismo de casa de Slawik (el célebre violinista, con el que he trabado amistad; después de Paganini no he escuchado nada semejante, toma 96 notas staccato, de un sólo movimiento de arco, etc., es increíble); lleno de nostalgia por mi piano, he concebido la idea en su casa, de llorar, una vez de vuelta en la mía, un Adagio para mis *Variaciones* sobre un tema de Beethoven, que estamos escribiendo juntos; pero al pasar por Correos, lo que nunca omito en mi camino, ha cambiado mi sentimiento. Las lágrimas que habían de haber caído sobre el teclado han regado tu carta; tenía sed de

ver tu letra. ¿Sabes por qué? Tú ya lo sabes. Pero no es sólo a causa de mi ángel de serenidad. (Constanza Gladkowska), pues cierto es que la amo y que, si pudiese, acudiría a todos los sonidos que me inspira un sentimiento ciego, furioso, desencadenado, para adivinar, aunque sólo fuese en parte, los cantos cuyos ecos dispersos vagan todavía por las orillas del Danubio—y que cantaba el ejército del rey Juan (Sobieski). ¿Quieres hacerme el favor de escogerme un poeta? Bien sabes que soy el ser más indeciso del mundo y que no he sabido escoger más que una vez en la vida. Dios mío, ella y mis hermanas pueden, al menos, ser útiles poniendo hilas, y yo... Si no fuese porque sería ahora una carga para mi padre, volvería. Maldigo el instante de mi salida—confieso, conociendo mis relaciones, que me han caído demasiadas cosas sobre los hombros después de la marcha de Titus. Todas las comidas, las veladas, los conciertos, los bailes, de los que estoy hasta la coronilla, me aburren: todo es para mí horrorosamente triste y lúgubre aquí—; me gusta bastante esto; pero no de forma tan cruel. No puedo

hacer nada conforme a mis deseos; tengo que vestirme, acicalarme, calzarme; tener un aspecto tranquilo en los salones, y desahogarme con el piano cuando vuelvo a casa. Sin intimidad con nadie, tengo que ser amable con todo el mundo. Hay gentes que dicen quererme; pero qué me importa, puesto que no me siento en paz sino cuando saco todas vuestras cartas, o miro la vista del monumento del rey Segismundo o descanso la mirada sobre el anillo. Perdóname estas lamentaciones, Juanito; se me figura que así me he aliviado en parte, que estoy más tranquilo: siempre he compartido mis sentimientos contigo. ¿Has recibido mi carta? Seguramente lo que yo te escribo no te afecta lo más mínimo, porque tú estás entre los tuyos, en tu casa; pero yo leo y releo sin fin tu carta. Freyer ha venido a verme varias veces (aunque, hasta el presente, me haya sido imposible ir ni una sola vez a su casa); ha sabido por Schuch que me encontraba en Viena. Vive con Rostkowski (creo que así se llama ese joven enviado por el Gobierno y que tenía un proceso con Rolinski). Me refirió muchos detalles interesantes de estos últimos tiempos y experimentó una

viva satisfacción leyendo tu carta, que yo le dejaba leer hasta cierto pasaje. Este pasaje de tu carta me ha entristecido mucho. ¿Hay verdaderamente el menor cambio? ¿No ha estado enferma? Creería fácilmente algo así, tratándose de un ser tan sensible. ¿Pero no te lo parece? ¿Es quizás la sacudida del 29? (1). Pues, ¡Dios me libre que sea por mi culpa! Tranquilízala; díle que, en tanto que me queden fuerzas..., hasta la muerte... y, aún después de mi muerte, mis cenizas se postrarán a sus pies. Pero son aún pocas las cosas que tú podrías decir..., yo la escribiré. Si hubiera escrito hace tiempo, no me hubiera atormentado tanto; pero, ¡los hombres!—si por casualidad mi carta cayese en manos extrañas, podría perjudicarse su reputación—vale más, pues, que tú seas mi intérprete; habla por mí, *yo prestaré mi conformidad.* Las palabras que has escrito en francés me han dado el golpe de gracia; el alemán que me acompañaba por la calle, cuando iba leyendo tu carta, apenas si pudo sostenerme, agarrándome por el brazo, sin darse cuenta de lo que me

(1) El 29 de noviembre de 1830 empezó el alzamiento polaco contra los rusos.

sucedía. Me daban ganas de coger a todos los que pasaban y abrazarlos, tenía el alma de fiesta como nunca, pues era tu primera carta. Te canso con mi frenesí, Juanito, pero me es difícil sosegarme y escribirte cualquier cosa indiferente... Anteayer estuve comiendo en casa de cierta dama, una polaca apellidada Bayer y de nombre Constanza. Me complazco encontrando en ella su recuerdo; todas las notas de música, pañuelos, servilletas están marcados con su nombre; además, voy allí con Slawik, que no le es indiferente. Hemos tocado anteayer, antes y después de la comida, y como era la víspera de Navidad y hacía bueno (un verdadero tiempo de primavera), hemos salido de casa de los Bayer a media noche. Después de haber dejado a Slawik, que tenía que ir a la capilla imperial, me he ido sólo, despacio, hasta la iglesia de San Esteban. Cuando llegué, aun no había nadie. Movido, no sólo por la piedad, sino por contemplar a aquella hora el inmenso edificio, me estuve de pie en el rincón más sombrío, arrimado a un pilar gótico. Es imposible describir la magnificencia y la grandeza de estas bóvedas inmensas—reinaba el silencio—sólo a veces in-

terrumpían mi letargo los pasos del sacristán, que encendía los cirios en el fondo de la iglesia. Detrás de mí, un sepulcro; bajo mis pies, un sepulcro... no faltaba más que otro encima de mí. Una armonía lúgubre se elevaba en mi interior...; sentía más que nunca mi soledad, y me absorbí con delicia en esta grandeza, hasta el momento en que los hombres y las luces comenzaron a llegar. Entonces, subiéndome el cuello del abrigo, como ya te acuerdas que hacía a veces en la calle de Krakowskie Przedmiescie, me fuí a la capilla imperial para oír la música. Sin dejar de andar, aunque no ya sólo, sino rodeado de una multitud de gentes alegres, atravesé las más bellas calles de Viena hasta el castillo, donde después de haber escuchado tres pasajes, que no eran de los más famosos, de una música mediocre tocada por músicos medio dormidos, volví hacia la una para acostarme. Soñé contigo, con vosotros, con ellos, con mis queridas hermanitas. Al día siguiente me desperté con una invitación para comer en casa de la señora Elkan, polaca y banquera. Me levanté, toqué tristemente, luego vinieron a mi casa Nidecki, Leidenfrost y Steinkeller; nos separamos,

y yo me fuí a comer a casa de Malfatti. Szaniawki, polaco ahora hasta la medula de los huesos, comía croquetas y choucroute, y no como entre los Carmelitas. Por lo demás, yo no me quedaba atrás. Has de saber que este hombre raro (un hombre en toda la acepción de la palabra), el Doctor Malfatti, es tan amable que, cuando comemos en su casa no nos sirve más que platos polacos.—Después de comer llegó Wild, célebre tenor, y aún hoy, el mejor tenor alemán. Estuve acompañándole de memoria un aria de *Otelo*, que cantó magistralmente. El y Heinefetter son los únicos pilares de la ópera que, por lo demás, es tan miserable, que no está en su lugar en Viena. En cuanto a la señorita Heinefetter está casi totalmente desprovista de sentimiento. Su voz es tal, que no podré oír otra semejante en mucho tiempo—, todo está bien cantado, las notas sostenidas todo el tiempo preciso, pureza, flexibilidad, *portamenta*—pero todo ello con una tal frialdad, que por poco no se me hielan las narices, de estar sentado en primera fila de butacas. Muy linda de ver en escena, sobre todo en traje de hombre. Está mejor en *Otelo* que en el *Barbero*,

donde, en lugar de una joven inocente, vivaracha y enamorada, tiene todo el aspecto de una mujer experimentada—en el *Titus*, de Mozart, hace un Sextus encantador; lo mismo en el *Caballero Teutónico*. Va a debutar pronto en la *Gazza Ladra*; tengo mucha curiosidad por verla. La Wolkow comprendía mejor el *Barbero*, pero le hubiera hecho falta la voz de la señorita Heinefetter. Esta es, indudablemente, una de las primeras actrices, pero no la primera. Tengo que ir a oír a Pasta. Ya sabes que poseo cartas de la corte de Sajonia para la virreina de Milán. Mas, ¿cómo hacer para ir? Mis padres me dicen que haga lo que quiera, pero no me gusta eso. ¿Ir a París? Aquí me aconsejan que espere aún. ¿Volver? ¿Quedarme? ¿Matarme? ¿No escribirte? Dame un consejo sobre lo que debo hacer. Pregunta a los que me gobiernan, escríbeme su opinión; haré lo que ellos quieran. Me quedaré aún todo el mes que viene. Escríbeme, por consiguiente, antes de que salgas hacia oriente por el norte (espero, sin embargo, que no tendrás necesidad de salir). Escríbeme antes de tu marcha (*Lista de Correos*, Viena), ve a casa de mis padres, a casa de Cons... Sustitúyeme todo

el tiempo que estés ahí. Ve a visitarlos a menudo, que mis hermanas, al aparecer tú, se figuren que vienes a verme—y que estoy en la habitación contigua. Siéntate a su lado, que crean que yo estoy sentado detrás de ellas. Ve al teatro; allí estaré yo también. Leo atentamente los periódicos; me han prometido periódicos polacos. Ya no pienso en mi concierto. He trabado conocimiento con Alois Smidt, pianista de Francfort, conocido por sus excelentes Estudios; tiene más de cuarenta años—me ha prometido venir a visitarme. Piensa dar un concierto—hay que darle preferencia—me parece un hombre muy metido en sus asuntos y que nos comprenderemos desde el punto de vista musical. Se puede conceder que Thalberg toca notablemente, pero no es mi hombre—más joven que yo, gusta a las mujeres, compone poutpourris de *La Muda de Portici*, toca los «piano» con el pedal y no con la mano, toma las décimas como yo las octavas, lleva botonadura de brillantes en la camisa, no admira a Moscheles y, en fin, no hay que decir que sólo los tutti de mi concerto le gustan. También escribe conciertos.

Termino esta carta después de haberla de-

jado durante tres días. He releído las tonterías que he escrito; perdóname, Juanito, que te las imponga. Hoy, comiendo en una *Trattoria* italiana, he oído: «*Der liebe Gott hat einen Fehler gemacht, dass er die Polen geschaffen hat*», no te extrañe, pues, que no sepa ya bien ni lo que siento. No cuentes ya con nada nuevo por parte de un polaco, pues el otro respondió: «*In Polen ist nichts zu holen*» ¡Ah, granujas! Entre tanto se alegran, aunque no quieran demostrarlo. Acaba de llegar aquí un salchichero francés que tiene siempre lleno de gente su elegante almacén; y siempre encuentran algo que decir; unos piensan que es una de las consecuencias de la revolución francesa, y miran con lástima los salchichones del escaparate; otros se enfurecen de que se permita a un francés rebelde establecerse con un almacén de jamones, cuando en su propio país poseen bastantes cerdos para eso. A cualquier sitio que se vaya se habla del francés—y es de temer que si ocurriera algo, comiencen por tomarla con el francés... Termino, Juanito, pues tengo que acabar. Abracémonos; no dejaré de quererte mientras no deje de querer a mis padres y a ella. Mi querido amigo, es-

críbeme. E incluso enseña esta carta si lo crees oportuno, porque no tengo tiempo de releerla. Hoy también voy a pasar la velada en casa de Malfatti, pero antes tengo que ir por Correos.—En cuanto tenga un momento te escribiré de nuevo. Mis padres saben tal vez que te escribo, puedes decírselo, pero no enseñes mi carta.

¡Me es imposible dejar a este buen Juanito! Anda, tunante, que si la Watson te quiere tanto como yo, es que se alegra de la Revolución. ¿No le han ahorcado a su madre? En cuanto al bigotudo (ya sabes) ese bigotudo, ese jeremías, es lástima que ese horrible papá musical no haya sido colgado como una campana. Qué bien sonaría, por ejemplo, al final de *La Muda* esta campana tutelar... Const... (ni siquiera puedo escribir su nombre, mi mano es indigna de ello). ¡Ah! me tiro de los pelos, sólo de pensar que pudieran olvidarme. Los Gresser, Bezobrazow, Pisarzewski. ¡Basta! ¡Buen Otelo hago yo hoy!

Quería doblar esta carta y cerrarla sin meterla en un sobre; he olvidado que en vuestra casa saben leer el polaco. Pero puesto que queda papel, permíteme que te describa la vida que llevo aquí. Me alojo en un cuarto piso, en la

calle más hermosa, ciertamente, pero tendría que asomarme muy fuera de la ventana si quisiera ver lo que pasa por abajo. Mi habitación, de la que me está haciendo un dibujo el joven Hummel, es grande, bien proporcionada, con tres ventanas—la cama se encuentra enfrente de las ventanas, un (admirable) pantaleón a la derecha, un canapé a la izquierda; entre las ventanas, espejos y, en el centro, una grande y bella mesa redonda de caoba; el suelo está encerado. Silencio, el señor no recibe después de comer, así puedo transportarme por entero con el pensamiento a vuestro lado. Por la mañana, un criado, increiblemente estúpido, me despierta; me levanto, me traen el café, toco y bebo a menudo mi desayuno completamente frío, después, casi siempre toco; luego Hummel, al menos hasta ahora, viene a dibujar mi retrato mientras Nidecki estudia mi concerto. Todo eso hasta medio día, vestido sólo con una bata; a esa hora viene un muy digno alemancito, Leidenfrost, que trabaja en la cárcel; si hace bueno, nos paseamos por *los glacis* alrededor de la ciudad; después de esto voy a comer, bien por estar invitado, bien porque vayamos juntos a un

local donde se reúne toda la juventud universitaria, *zur Boemischen Koechin*. Después de comer vamos a tomar café al más bello *Kaffehaus* de Viena (es la moda, e incluso Szanasio va allí); luego las visitas y vuelvo a casa a oscurecido; me acicalo, me calzo y en la velada—hasta las diez o las once, a veces a media noche (nunca vengo más tarde)—leo, miro, río, me acuesto, y sueño con vosotros.

Tu carta debía haber salido el miércoles, pero se hizo muy tarde, y sale el sábado. Abraza a Elsner.

He comenzado a escribir mi carta con letra clara y la termino de tal manera, que tal vez no puedas leerla. Abraza a Magnus, a Alfonso y a Reinschmidt. Si es posible, diles que añadan algunas líneas a tu carta cuando me escribas.

Mi retrato, del que sólo tú y yo debemos conocer la existencia, es muy pequeño; si crees que puede causarte la menor satisfacción te lo enviaré por Schuch, que marchará quizás con *Frejer* hacia mediados del mes próximo, si las circunstancias lo exigen.

Se habla mucho en Viena de Klopiki, se compadece a Potoki, y ciertos Waliki hablaban de

ello con el príncipe. No me queda otra cosa que hacer que reirme; lo que hacen con los nombres polacos, es inimaginable.

No comuniques este billete, si no es absolutamente necesario. No sé lo que he escrito. Lo puedes leer el primero y también el último.

* * *

15.

A Juan Matuszynski, *Varsovia.*

(Viena, 1.° de enero de 1831.)

He recibido tu carta del 22 de diciembre. Mi mejor amigo del mundo, has obtenido lo que deseabas. No sé lo que me ocurre. Os amo más que a mi vida. Escríbeme. ¡Estás movilizado! ¿Estáis en Radom? ¿Habéis hecho parapetos y cavado trincheras? ¡Pobres de nuestros padres! ¿Qué hacen mis amigos? Estoy siempre entre vosotros. Moriría por tí, por vosotros todos. ¿Por qué me encuentro hoy tan abandonado? Sólo a vosotros os es dado el estar reunidos en

un momento tan espantoso. Tu flauta tendrá por qué gemir, pero que antes gima mi piano. Me escribes que hacéis salidas. ¿Cómo enviarás tu carta? No la envíes. Sé prudente. ¡Padres míos! Quizás pudiera pensarse mal. Y, por Dios, a pesar de todo esto, es sinceridad. Abracémonos. Quizás dentro de un mes tenga que salir para París; allí hay tranquilidad. Quiéreme siempre como hoy. Freyer te ama; deplora también no estar con vosotros. Hoy iré a comer con Malfatti. Mañana voy a casa de Steinkeller. Las ganas de divertirme me faltan menos que las diversiones, y hasta el presente no me he divertido en Viena. Hoy es primero de año. ¡Qué tristemente lo empiezo! Acaso no he de verlo terminar. Abrázame. Vas a la guerra. Que vuelvas coronel. Que todo os salga bien. ¿Por qué no puedo yo ir, aunque sólo fuera de tambor?

Ch.

* * *

16.

A José Elsner.

Viena, 26 de enero de 1831.

Me avergüenzo, Señor, pensando que su bondad, de la que tantas pruebas me ha dado usted a mi salida, se haya además adelantado a las obligaciones que tengo hacia usted. Desde el momento de mi llegada a Viena, mi deber era escribirle. Pero lo he ido aplazando, en parte porque estaba convencido de que mis padres no dejarían de participarle a usted las noticias, a decir verdad sin interés, que me conciernen, y en parte porque esperaba poder decirle algo decisivo sobre mí. Desde el día en que he sabido los acontecimientos del 29 de noviembre hasta hoy, no he experimentado, sin embargo, más que una inquietud y una nostalgia crecientes. En vano, Malfatti se esfuerza en convencerme de que todo artista es cosmopolita. Pero, aunque así fuese, como artista estoy todavía en mantillas y como polaco tengo más de veinte años. Por eso tengo la esperanza de

que, conociéndome, no me tomará usted a mal, Señor, que sentimientos más antiguos me hayan absorbido casi por entero y no haya pensado aún en ocuparme de mi concierto. Dificultades incomparablemente más grandes lo obstaculizan hoy. No solamente aleja al público la serie ininterrumpida de recitales de piano, que no hacen más que corromper el género, sino que, sobre todo, los acontecimientos de Varsovia han transformado mi situación en Viena, tan desfavorablemente, como podrían haber podido serme favorables en París. Tengo, sin embargo, la esperanza de que todo se arreglará de alguna manera y que, para la época de los carnavales, haré escuchar mi primer Concerto, que es el favorito de Wurfel. El buen Wurfel continúa enfermo; lo veo a menudo. Habla de usted siempre muy cordialmente. Si no fuese por los conocimientos interesantes que he hecho con los más grandes talentos de Viena: Slawik, Merk, Bokler, etc., no habría sacado gran provecho de mi estancia aquí; Wild y Heinefetter atraen especialmente la atención del público; es lástima que Duport dé tan pocas obras nuevas y se preocupe más de su bolsillo que de la ópera.

El *abate* Stadler lo deplora, y me dice que no es ya la misma Viena de antes. Está imprimiendo sus *Salmos* en casa de Mechetti, he visto y admirado esta obra en manuscrito. En lo que concierne al Quatuor de usted, José Czerny me ha prometido solemnemente que estará terminado para San José. Me ha dicho que no había podido ocuparse hasta ahora de él, porque ha estado editando las obras de Schubert, de las que una gran cantidad no ha sido aún publicada; esto retrasará seguramente la impresión del segundo manuscrito de usted. Por lo que puedo deducir, Czerny no pertenece a la categoría de editores ricos de Viena, y no puede, por consiguiente, comprometer capitales en obras que no se pueden tocar ni con Sperl ni *zum Romischen Kaiser*. ¡Aquí los valses se llaman obras! ¡Y Strauss o Lachner que tocan para hacer bailar, directores de orquesta! Todo el mundo no juzga así, sin embargo; por el contrario, todo el mundo se ríe de eso, pero ésta es también la razón por la que no se imprimen más que valses. Mechetti me parece más *emprendedor*, y será fácil tratar con él para las misas compuestas por usted; en efecto, tiene intención de publicar partituras de obras de iglesia importantes. Su contable es un sajón amable y culto; le he hablado de las admirables misas de usted, y parecía muy interesado; ahora bien, él es quien dirige desde el punto comercial. Hoy voy a comer con Mechetti; le hablaré seriamente de este asunto y le escribiré a usted enseguida. *Hasslinger* publica actualmente la última misa de Hummel. Está viviendo sólo de Hummel y, sin embargo, sus últimas obras, que ha debido pagarle muy bien, no han sido vendidas todavía. Por esta razón, retrasa la impresión de todos los manuscritos y no imprime más que los de Strauss. Lo mismo que hoy todos los organillos callejeros tocan cosas de Strauss, dentro de algunos meses tocarán tal vez las de Nidecki; pero por otras causas. Ayer he ido con él a casa de Steinkeller, que le ha encargado una ópera. Eso le ha hecho concebir grandes esperanzas. Schuster, el célebre cómico, trabajará en ella, y Nidecki puede hacerse un nombre. Creo que esta noticia le agradará a usted. Ha recibido el encargo de la comisión, pero no dinero. Lo que usted me escribe, Señor, con motivo de mi segundo Concerto, que aprendería Nidecki, era

ya de la propia iniciativa de éste. Sabiendo que le sería preciso antes de su salida de Viena hacerse oír públicamente, tenía que dar un concierto, y como no tenía otra cosa suya más que unas bellas Variaciones, me pidió mi manuscrito; pero se le ha disuadido de eso, y no aparecerá ya como virtuoso, sino como compositor. El mismo, sin duda, le escribirá a usted sobre ésto. Voy a hacer que toquen su obertura en mi concierto. Espero que nos haremos dignos de usted (a menos que no le avergoncemos).—Aloys Smidt, pianista de Francfort, ha sido bien maltratado, a pesar de tener más de cuarenta años y su música datar de lo menos ochenta.

Ruégole, Señor, que con mis sentimientos respetuosos para toda su familia, reciba la seguridad de mis sentimientos de admiración hacia usted, que siempre conservaré.

El más agradecido y fiel de sus discípulos,

F. F. CHOPIN.

Saludos a mis compañeros.

17.

A SU FAMILIA.

Viena, 25 de junio de 1831.

Estoy completamente bien de salud y éste es mi único consuelo, pues mi marcha no acaba de arreglarse y pasan cosas extrañas. Ya sabéis lo indeciso que soy; pues bien, a cada paso, encuentro nuevos obstáculos. Todos los días me prometen el pasaporte para el día siguiente y me mandan de la Ceca a la Meca, para volver a anotar lo que he declarado en la policía. Hoy, incluso, he sabido una cosa nueva:—mi pasaporte se ha perdido probablemente, y no sólo no piensan intentar las pesquisas necesarias, sino que tengo, otra vez, que hacer la solicitud para obtener uno nuevo. Todos sufrimos vicisitudes bien extrañas; y aunque estoy preparado, no puedo salir. He seguido el consejo de Bayer; haré que me expidan un pasaporte para Inglaterra e iré a París. Malfatti me da una carta para Paer, un excelente amigo que tiene en París.

Kandler ha escrito un artículo sobre mí en un periódico de Leipzig.

Ayer he vuelto a casa a media noche; era el día de San Juan y, por consiguiente, el Santo de Malfatti. Mechetti le había preparado una sorpresa: Wild, Cicimara, las señoritas Emmering, Lutzer y yo mismo en persona, le hemos dado una sesión de música famosamente espléndida. Nunca he oído el *Moisés*, en cuarteto. tan bien ejecutado; pero la señorita Gladkowska ha cantado el *Oh quante lacrime* de Moisés, incomparablemente mejor que en mi concierto de despedida en Varsovia. Wild estaba bien en voz, y yo llenaba, en cierto modo, las funciones de director de orquesta (1).

Una gran cantidad de gente extraña a la reunión nos escuchaba desde la terraza.

Había un admirable claro de luna; las fuentes murmuraban; el admirable perfume que venía de los jardines llenaba el aire; en una palabra: una noche admirable. un lugar delicioso. No sabríais imaginaros las bellas proporciones

(1) Cicimara cuenta que no hay en Viena nadie que acompañe como yo. Bien lo sé yo: he pensado para mí (¡chitón!). *(Nota de Chopin.)*

del salón donde se cantaba: inmensos vanos, abiertos de arriba a abajo, daban a una terraza, desde donde se veía todo Viena; muchos espejos y pocas luces. Un gabinete situado a la izquierda de la entrada aumentaba increíblemente la amplitud de la pieza, que parecía inmensa. La cordialidad y la solicitud del dueño de la casa, la elegancia, la soltura y la alegría de toda la reunión, el ingenio que allí reinaba y una exquisita cena, nos retuvieron mucho tiempo, y sólo a media noche subimos al coche para volver cada uno a nuestra casa. Administro mis gastos todo lo estrictamente posible y rodeo cada kreutzer de los mismos cuidados que si se tratase de mi sortija de Varsovia. Podéis venderla si queréis; por desdicha mía, ya os cuesto bastante. Hemos subido anteayer al Leopoldsberg y al Kahlenberg, con Kumelski y Czapski, que es mi huésped cuotidiano y me manifiesta tales sentimientos de amistad, que ha llegado a ofrecerme, en caso de necesidad, el dinero preciso para el viaje. La jornada fué espléndida. Nunca he dado paseo tan hermoso. Desde el Leopoldsberg se ve Viena toda entera, Wagram, Aspern, Presburgo, el monasterio de Neuburgo, el cas-

tillo en que Ricardo Corazón de León estuvo encerrado—y todo el valle alto del Danubio. Subimos, después de almorzar, al Kahlenberg, donde el rey Sobieski había establecido su campamento (allí he cogido una hojita para Isabel). Hay allí una iglesia, antiguamente de los Camaldulenses , donde el rey armó caballero a su hijo, ayudando él mismo la misa, antes de atacar a los turcos. Al atardecer fuímos al Krapfenwald, vallecito encantador, donde hemos observado una extraña costumbre de los chiquillos. Algunos muchachos se visten de hojas de pies a cabeza y con este traje, como si fueran matorrales que bailan, abordan a los caminantes. Un chico así vestido de hojas recibe el nombre de *Pfingstkönig*. Es una manera de celebrar la Páscua de Pentecostés. ¡Estúpida originalidad! Hace algunos días he pasado la velada en casa de Fuchs; me ha enseñado su colección de cuatrocientos manuscritos autógrafos, entre los cuales se encuentra ya encuadernado mi Rondó para dos pianos. Fuchs me ha regalado una hoja manuscrita de Beethoven. Me ha causado mucha alegría vuestra última carta, donde todos

los seres que me son queridos figuraban reunidos en una hoja de papel. Así, pues, beso esas manitas y esos piececitos como no los hay en Viena.

* * *

18.

DEL CARNET DE NOTAS DE CHOPIN.

Escrito en Stuttgart después del 8 de septiembre de 1831, fecha de la destrucción de Varsovia por los rusos.

Los arrabales han sido destruídos, incendiados. ¡Juanito! Guillermo ha muerto seguramente defendiendo las murallas. ¡A Marcelo lo veo prisionero! ¡Sowinski, este buen muchacho, en manos de esos granujas! ¡Paszkiewicz! ¡Que un perro llegado de Mohilew se apodere de la capital de los primeros monarcas de Europa!... ¡Que Moscú reine sobre el mundo!... Pero, Dios mío, ¿dónde estás? Dónde estás, que dejas todo esto sin castigo... ¿No son ya bastan-

tes los crímenes moscovitas... o es que te has puesto Tú de parte de ellos? ¡Pobre padre mío! ¿Acaso está pasando hambre mi querido padre? ¿Mi madre no tiene tal vez con qué comprar un pedazo de pan? ¡Mis hermanas han sido acaso víctimas de la furia de la soldadesca moscovita desencadenada! ¡Oh, padre mío, tal es el consuelo de tu vejez! ¡Madre mía. pobre madre dolorosa, sólo has sobrevivido a tu hija para ver sus huesos hollados por la planta rusa!... ¡Cementerio de Powazki! ¿Han respetado, al menos, su tumba? No, ha sido pisoteada y otros mil cadáveres la cubren. Han quemado la ciudad. ¡Ah! Por qué no me ha sido concedido el matar, aunque sólo fuese a uno de esos moscovitas...

La pobre pequeña... ¿Qué ha sido de ella?... ¿Dónde está?... Quizás en manos de los rusos; acaso un soldadote, a estas horas, la estrangula, la tortura, la mata. ¡Oh! Amada mía, estoy solo; ven, que pueda yo enjugar tus lágrimas; curaré tus heridas presentes con el recuerdo del pasado... cuando estos rusos no habían venido aún; cuando sólo había algunas personas que querían agradarte por encima de todo, y tú te

burlabas de ellos, porque yo estaba allí... ¿Tienes una madre?... tan mala... en cambio, yo tengo una tan buena... o acaso ya no tengo madre. Un ruso la habrá matado, torturado... mientras mis hermanas, enloquecidas, se resistían, y mi padre, lleno de desesperación, no sabía a donde acudir... ¡Y yo aquí, condenado a la inacción! ¡Con las manos vacías! Me sucede a veces que no puedo menos de suspirar y, penetrado de dolor, vierto en el piano mi desesperación. Dios mío, haz que la tierra se abra y devore a los hombres de este siglo; que las más crueles torturas atormenten a los franceses, por no habernos socorrido... Considero el lecho donde voy a acostarme... este lecho donde más de un cadáver ha estado extendido por mucho tiempo; y, sin embargo, no siento ninguna aprensión... ¿Qué podría diferenciarme de un cadáver? Un cadáver tampoco sabe nada de su padre, ni de su madre, ni de sus hermanas, ni de Titus; un cadáver no puede amar a una mujer, no puede hablar su lenguaje a los que le rodean... un cadáver, pálido como yo, tan frío como yo mismo me siento por todo...

... En las torres de Stuttgart los relojes dan

una hora de la noche. ¿Cuántos morirán en este instante en todo el mundo? Cuántos hijos habrán perdido a su madre y cuántas madres a sus hijos... ¡Qué de tristezas vienen de estos muertos, y qué de consuelos! ¡Oh muertos buenos y malvados, la virtud y el crimen terminan lo mismo, muertos fraternos! La muerte es, pues, el acto más meritorio del hombre... ¿Qué les ocurrirá a los malvados? Renacer como lo que hay de contrario a una buena acción. Tengo, pues, razón al deplorar el haber venido al mundo... ¿Para qué sirve mi existencia? ¿No soy útil a los hombres, puesto que no tengo ni boca ni pantorrillas?... Pero, ¿un cadáver tiene pantorrillas? No, tampoco las tiene; nada me falta, pues, para fraternizar matemáticamente con la muerte. ¿Me amaba ella, o sólo lo aparentaba? Tal es el enigma que tengo que adivinar... sí, no sí, sí, no sí, sí... un dedo tras otro. «¿Me quiere?» Me quiere quizás, que haga lo que le plazca...

¡Padre! ¡Madre! ¿Dónde estáis? ¿Muertos, tal vez?... Los rusos me han hecho probablemente esta mala pasada... espera... espera... ¿Son lágrimas? ¿Hace tanto tiempo que no han

brotado?... ¡Qué consuelo me producen!... ¡qué melancolía!... Esto es al mismo tiempo bueno y lleno de melancolía. Estar melancólico, ¿no es bueno?, y, sin embargo, es agradable. Es un estado singular... como para un muerto que se encuentra al mismo tiempo bien y mal. Pasa a una vida mejor, y se encuentra bien en ella, pero siente abandonar el pasado y se pone melancólico. Un muerto debe sentirse como yo cuando he terminado de llorar. Ha sido, sin duda, una especie de muerte momentánea de mis sentimientos; morí para mi corazón un instante, o más bien, mi corazón murió para mí un momento. ¡Ah! ¿por qué no para siempre?... acaso fuera más soportable... ¡solo! ¡solo!... no puede describirse mi miseria; apenas si mis facultades de sentir pueden soportarla...

* * *

19.

A TITUS WOYCIECHOWSKI, *Poturzyn*.

París, 12 de diciembre de 1831.

Mi muy querido amigo: Tu carta me ha devuelto la vida. ¡Tu contusión! Con este motivo han llegado hasta mí las noticias más diversas. Yo me explicaba de diversos modos las expresiones empleadas en las cartas recibidas de casa; Kot me escribió de manera tan extraña, que los pensamientos que se me ocurrían llegaron a asustarme. ¡En fin; aún nos volveremos a ver en esta vida! ¡Cuántos cambios! ¡Cuántas miserias! ¡Quién lo habría dicho!—¿Te acuerdas de aquel consejo nocturno en Viena, la víspera de tu marcha? He llegado aquí, empujado por el viento; aquí se respira suavemente—y se suspira más también, acaso porque es más fácil. París es todo lo que se quiere: puedes divertirte, aburrirte, reir, llorar, hacer todo lo que te guste, sin que nadie se preocupe lo más mínimo, pues hay millares de personas que hacen lo que tú, y cada uno va a lo suyo. No

sé si en algún sitio hay más pianistas que en París—no sé tampoco si existe otro lugar donde haya más imbéciles y más virtuosos. Tienes que saber que he llegado provisto de recomendaciones bien modestas. *Malfati* me ha dado una carta para Paer; yo poseía algunas cartas de Viena para los editores, y eso es todo. En Stuttgart he sabido la noticia de la toma de Varsovia, y sólo entonces he resuelto venir a este otro mundo. Por Paer, que es director de orquesta en la corte, he conocido a Rossini, Cherubini, Baillot, etcétera. También por él he conocido a Kalkbrenner. No puedes figurarte qué curiosidad tenía yo por oír a Herz, a Liszt, Hiller, etc.; todos ellos, al lado de Kalkbrenner, no son más que ceros; he llegado a tocar como Herz, pero te confieso que me gustaría tocar como Kalkbrenner. Si Paganini es la perfección misma, Kalkbrenner es su equivalente, pero en un género muy distinto. Es muy difícil describirte su *calma*, su ejecución cautivante, la regularidad sin igual de su pulsación y esa maestría que se dibuja en cada una de sus notas; es un gigante que deja por los suelos a los Herz, los Czerny, etcétera y, por lo tanto, a mí también—¿Qué

sucede?—Presentado a Kalkbrenner, me ruega que toque alguna cosa. Quieras o no quieras, no habiéndole oído antes, pero sabiendo cómo toca Herz, después de desechar todo orgullo de mi corazón, me siento al piano. Toco el *mi menor* mío, que los renanos Lindpainter, Berg, Stuntz, Schunk y todo Baviera no encontraron palabras suficientes para cubrir de elogios. Dejé admirado al señor Kalkbrenner, que me preguntó enseguida si no era discípulo de Field (lo que llenó mi alma de alegría), y más aún, cuando, habiéndose sentado al piano, Kalkbrenner, que se disponía a lucirse, se equivocó y tuvo que parar. Pero también hubiera habido que oír cómo repitió: nunca he podido imaginar nada parecido. Desde entonces nos vemos todos los días en su casa o en la mía. Después de haberme estudiado bien, me propone que dé lección con él durante tres años, y que va a hacer de mí algo de lo mejor. Le dije que sé cuánto me falta, pero que no quiero imitarle, y que tres años es demasiado. Entre tanto, me ha convencido de que puedo tocar de un modo delicioso cuando estoy inspirado, pero bastante mal cuando no lo estoy—cosa que nunca le sucede a él.

Examinándome más despacio, me dice que carezco de escuela—que estoy en un excelente camino, pero que puedo extraviarme.—Que no habrá representantes de la gran escuela de piano cuando él muera o cuando deje definitivamente de tocar. Que yo no podría crear, aun queriéndolo, una nueva escuela, sin conocer la antigua—en una palabra, que no soy una máquina perfecta y que, por eso mismo, me estorba el desarrollo de mis propios pensamientos. Que mis composiciones tienen carácter, y que sería una lástima que no estuviese a la altura de lo que prometo, etc., etc. Total, que si te encontrases en mi lugar, tú mismo dirías: aprende, chico, que todavía estás a tiempo. Muchos me lo han desaconsejado—estimando que yo soy capaz de tocar tan bien como él—diciéndome que está movido por el orgullo, que tiene empeño en poder decir que yo soy su discípulo, etcétera, etc. Esto no son más que bromas. Es preciso saber que si todo el mundo tiene aquí la mayor estimación por el talento de Kalkbrenner, nadie puede verlo—pues no suele familiarizarse con el primer imbécil que llega, y tan cierto como mi amistad por tí, es que está por encima de

todo lo que hasta ahora he oído. He escrito a mis padres sobre esto. Parece que en cierto modo aprueban la cosa, pero Elsner siente envidia. Sea como quiera (debes saber que gozo ya entre los artistas de un gran renombre) doy un concierto el 25 de diciembre; Baillot, el célebre rival de Paganini, y Brodt, el famoso oboísta, tocarán en él, yo daré mi fa menor y las Variaciones en si bemol mayor, a propósito de las cuales, he recibido de Cassel, de cierto alemán a quien entusiasmaron, una crítica en diez páginas, donde, después de vastos preliminares, llega al análisis de ellas, medida por medida, explicando que no son variaciones como las demás, sino una especie de *cuadro* fantástico. A propósito de la segunda *Variación*, dice que en ella Don Juan corre con Leporello, en la tercera le ve coger en sus brazos a Zerlina mientras que la mano izquierda dibuja a Mazetto lleno de cólera, finalmente, en el Adagio, quinta medida, cuenta cómo Don Juan besa a Zerlina en re bemol mayor. Plater me preguntaba ayer dónde tendría Zerlina este re bemol mayor, etc. Es para morirse la imaginación de este alemán, que se emperra en pe-

dir a su cuñado que presente su estudio a Fetis para la Revista Musical, de lo que el buen Hiller (antiguo discípulo de Hummel, cuyo concierto y sinfonía han causado el mayor efecto; es un hombre del estilo de Beethoven, pero lleno de poesía, de ardor y de alma) apenas pudo defenderme, diciendo a ese señor Cuñado que, lejos de ser aceptable, su proyecto es completamente absurdo. Pero volvamos a mi concierto. Además de eso tocaré con Kalkbrenner, a dos pianos, con acompañamiento de otros cuatro pianos, su *Marcha seguida de una polonesa*. Es algo de locura. Uno de los instrumentos es un inmenso pantaleón que le corresponde por derecho propio a Kalkbrenner, el otro, un pequeño piano monocorde, pero cuyas notas se oyen mucho, como campanillas en el cuello de una girafa; éste me corresponde a mí; en cuanto a los otros cuatro, que son grandes y forman orquesta, serán los que toquen Hiller, Osborn, Stamati y Sowinski. Este último no se parece nada al difunto Alejandro [Rembielinski] —del que he conocido aquí a un discípulo. No tiene una cabeza muy sólida, pero posee buena presencia y buen corazón. Norblin, Vidal y el cé-

lebre Urhan—altista como no he oído otro jamás—me ayudan. Las entradas se van colocando. Lo más difícil era lograr cantantes femeninos. Rossini me habría permitido ir a solicitarlas a la Opera si hubiera podido tomar tal decisión sin consultar al señor Robert, segundo director, que no quiere exponerse luego a 200 ó 300 peticiones semejantes. Pero nada te he dicho aún de la Opera. Nunca he oído el *Barbero* como la semana pasada con Lablache, Rubini, La Malibrán (García). Nunca he oído *Otelo* como con Rubini, Pasta y Lablache; la *Italiana* como con Rubini, Lablache y la señora Raimbeaux. Tengo ahora en París todo como nunca. No puedes darte idea de lo que es Lablache. Dicen que Pasta ha perdido, pero yo no he visto todavía nada que la supere. La Malibrán cautiva por su voz maravillosa, ¡canta como nadie! ¡Maravilla de las maravillas! Rubini, excelente tenor, canta a toda voz, nunca de falsete; a veces está haciendo floriturás durante dos horas (pero también le ocurre que borda demasiado tiempo y hace de intento vibrar la voz, en fin, no para de hacer trinos, lo que le vale, por lo demás, los mayores aplausos). Su *mezza voce*

es incomparable. Está también la Schröder Devrient, pero no hace furor como en Alemania. La señora Malibrán hacía el papel de Otelo, y ella el de Desdémona. La Malibrán, muy pequeñita, la alemana, enorme; me daba la sensación de que la alemana iba a ahogar a Otelo. Costaba caro asistir a esta representación; nada menos que veinticuatro francos todas las localidades para ver a la Malibrán, muy negra y nada notable en este papel. Van a poner *El Pirata, La Sonámbula,* etc. Pasta ha marchado ya—dicen que esta actriz no va a cantar más. La orquesta, admirable; pero no para compararla con la verdadera ópera francesa (la *Académie Royale*). Si alguna vez ha habido magnificencia en el teatro, no sé si ha alcanzado el grado a que ha llegado *Roberto el Diablo,* la más reciente ópera, en cinco actos, de Meyerbeer, autor del *Crociato.* Es la obra maestra de la nueva escuela—donde los diablos (coros inmensos) cantan en tubos, las almas salen de las sepulturas, no como en el *Charlatan,* sino por grupos de cincuenta y de sesenta, donde el teatro es un diorama, al extremo del cual se ve el *interior* de la iglesia y toda la iglesia, en Navidad o

en Pascua, iluminada, con monjes y los fieles en los bancos, con incensarios, y, lo que es más, con el órgano, cuyo sonido en escena encanta, admira y cubre casi el de la orquesta—nunca, en ninguna parte, se producirá nada semejante. Meyerbeer se ha inmortalizado, pero también ha pasado tres años en París antes de poder estrenar su ópera. Se dice que ha gastado 20.000 francos para la compañía. La señora Cinti Damoreau canta como no puede igualarse, y prefiero su canto al de la Malibrán. La Malibrán asombra, la Cinti cautiva—y ejecuta las gamas cromáticas mejor que el célebre flautista *Tulon*. Nada puede oírse más perfecto, y esto le cuesta tan poco trabajo, que da la sensación de no hacer ningún caso del público. Nourrit, el tenor francés, es asombroso por el sentimiento. Cholet, en la *Opera Cómica*, donde ponen *Fra Diavolo*, *La Fiancée* y *Zampa* (una encantadora nueva ópera de Herold) hace el primer papel, del *seductor*—irritante, admirable, con una voz particularmente dotada para la romanza, un genio. Se ha creado un género. En la *Opera Cómica* ponen ahora la *Marquesa de Brinville* (sic) una buena mujer que envenenaba a las gentes

del tiempo de Luis *14* ó *15*. Se han reunido ocho para escribir la música de esta pieza: Cherubini. Paer, Berton, Herold, Auber, Bâton, Blanquini y Caraffa. ¡Me parece que sería difícil reunir mejor compañía para un concierto! Escríbeme lo que piensas de ello. Tienes que confesar, por otra parte, que no me embrutezco, que no me vuelvo vulgar.—Pixis me tiene en la mayor estimación, unas veces porque toco, otras, porque está celoso de su chica, que se ocupa más de mí que de él.—Escríbeme, por el amor de Dios, o, en todo caso, ven; tuyo hasta la muerte, y quizás hasta pronto.

F. CHOPIN.

¡El viejo Potier es admirable! El joven Potier está aquí con Hervet, Evra, Tierry y Files también, pero no los he visto. Vivo en el *Boulevard Poissonière N-r 27*, en cuanto a tí, ni siquiera me has dado tus señas, que he tenido que pedir a Wodzinski. Los pianos Pleyel son *non plus ultra*. Entre los polacos veo a Kunasik, a Morawski, Niemoj, Lelewel y a la señora Plicht; en cuanto a los otros, son una formidable cantidad de embrutecidos. Frecuentamos

también la casa de la señorita Jawurek, pero nada más. Bonita. Oleszczynski tiene la intención de hacer mi retrato en grabado. He ido a visitar, con Brykczynski, a la señora Tyszkiewicz, pero Poniatowski no estaba allí todavía; hoy voy a casa de Montebello. ¡Si no fuese por este Wodzinski, no tendría yo tu dirección, aturdido! Los Wodzinski cuentan contigo aquí; yo querría tenerte sólo de vez en cuando, pues no sé cómo no me vuelvo loco de nostalgia, sobre todo cuando llueve. La señorita Gladkowska acaba de casarse con Grabowski, pero esto no impide en nada los afectos platónicos. Baillot acaba de llegar. Cierro la carta. No me olvides.

No puedo pasar sin contarte mi aventura con Pixis. Figúrate que tiene en su casa una preciosa chiquilla de quince años, con quien—según dice—proyecta casarse, y a quien he conocido en su casa de Stuttgart. Pixis, tan pronto llegado París, me invita a ir a verlo a casa, sin decirme (pues acaso hubiera ido más pronto) que su chica, que yo había olvidado ya, había venido con él. Me dice que vaya a verlo; y allá voy dentro de la misma semana. Ahora bien, he aquí que me encuentro en la escalera con su

pupila, que me manifiesta la mayor alegría; me invita a subir, me dice que no hay mal en ello—me ruega que pase a descansar, que el señor Pixis no está allá, pero que no tardará en venir, etc. (Una especie de temblor nos asalta a ambos). Entonces, sabiendo que el viejo es celoso, le digo que ya volveré otro día, etc.; y mientras que así hablábamos inocentemente en la escalera, he aquí que llega el Pixis en cuestión, que clava en nosotros su mirada (a la manera de Soliwa) a través de los gruesos cristales de sus gafas, para ver quién es el que está allá arriba hablando a su bella; aprieta el paso el pobre viejo, se detiene ante mí y me da *bruscamente* los buenos días, y le dice después a ella: «*¿Qué haces aquí?*»—abrumándola con una interminable jeremiada de juramentos alemanes por haberse atrevido a recibir en su ausencia a muchachos. Yo mismo, con la sonrisa (y el aspecto) de quien no hace nada, como para aprobar a Pixis, le hago notar que la chica sale tan ligeramente vestida de su habitación, sólo en bata de seda, etc. El viejo se tranquiliza al fin, cambia de parecer y, cogiéndome por el brazo, me lleva al salón sin saber dónde instalarme,

por temor de que, enfadado, me dé la idea, en ausencia suya, de jugarle una mala pasada, o más bien a su pupila. Me vuelve a acompañar hasta la escalera, pero se da cuenta de que estoy divirtiéndome (no podía disimular mi satisfacción por haber comprobado, por primera vez, que había ojos *capaces* de sospechar de mí algo semejante) y lo vi entrar en la portería para preguntar si hacía mucho que yo estaba en la escalera, etc. Desde entonces Pixis no encuentra palabras bastantes para alabar mi talento a los editores y, sobre todo, a Schlesinger, que me anima a escribir algo inspirándome en los temas de *Roberto el Diablo*, que ha comprado a Meyerbeer por 24.000 francos. ¿Qué dices tú de eso? ¡Yo, un *seductor*!

* * *

20.

A José Elsner.

París, 14 de diciembre de 1831.

Querido señor Elsner: Su carta me ha traído una nueva prueba del interés paternal y de los

sinceros sentimientos de los que ha querido usted rodear al más fiel de sus discípulos. En el año 1830, aunque ya me hubiese dado cuenta de lo mucho que me faltaba y del camino que me quedaba por recorrer si me dejaba tentar por cualquiera de los ejemplos que usted me presentó, me atrevía, sin embargo, a pensar: «Me acercaré a él, aunque sólo sea de lejos, y acaso salga de mi cerebro alguna «*Laskonogi*» (1). Pero hoy, habiendo perdido toda esperanza de ello, me encuentro obligado a abrirme camino en el mundo como pianista, y aplazar para más adelante perspectivas artísticas más elevadas que usted me presenta a justo título en su carta. Para ser un gran compositor se necesita una enorme experiencia que sólo se adquiere, como usted me ha enseñado, no por oír a los demás exclusivamente, sino mejor aún oyendo las propias obras. Algunos jóvenes de talento, alumnos del Conservatorio de París, esperan con los brazos cruzados que se estrene la ópera del uno, la sinfonía del otro, la cantata de aquél, que Cherubini y Lesueur vieron

(1) Alusión a la ópera de Elsner.

sólo sobre el papel (y no hablo de los teatros pequeños de un acceso igualmente difícil y que, aun cuando se llegue a ellos, como le sucede a Thomas en *Léopoldstadt*, no reportan ninguna gloria artística, incluso teniendo talento). Meyerbeer, ventajosamente conocido desde hace diez años como compositor de óperas, ha tenido que trabajar tres años y pagarse su estancia en París antes de llegar (cuando la gente se cansó de Aubert) a estrenar *Roberto el Diablo*, obra que hace furor actualmente. En mi opinión, para introducirse en el mundo musical, dichoso aquél que puede ser actor y compositor a la vez. Como pianista me conocen ya un poco por toda Alemania; ciertas gacetas musicales han mencionado mis conciertos, expresando la esperanza de verme pronto ocupar uno de los primeros puestos entre los virtuosos que tocan este instrumento (lo que significa, *disce puer faciam te*, gran señor). Encuentro hoy una ocasión única de sostener una promesa que me es innata, ¿por qué no aprovecharla? No veo nadie en Alemania que tenga nada que enseñarme en el piano, pues si más de uno notó que me faltaba aún algo, no supo justamente qué; no percibo

hoy en mis ojos la viga que me impida ver más allá. Tres años es mucho, es demasiado (Kalkbrenner mismo, después de haberme estudiado de más cerca, lo reconoce, y este debe probarle a usted, que un verdadero virtuoso que merece su gloria, no conoce la envidia). Habría, incluso aceptado estos tres años de trabajo, si por este medio hubiera podido adelantar un paso en mi empresa. Estoy de tal modo convencido de no ser nunca una copia de Kalkbrenner que nada podría quitarme la idea ni el deseo, acaso audaz, pero noble, de crearme un mundo nuevo, y si quiero trabajar es para sostenerme más sólidamente sobre mis piernas. A Ries, conocido como pianista, le era más fácil recoger laureles por su «*Braut*», en Berlín y en Francfort. Cuánto tiempo Spohr sólo ha sido tenido por violinista, antes de haber escrito *Jessonde*, *Fausto*, etc. Espero, señor, que no me negará usted su bendición, cuando sepa qué principios me inspiran y cuáles son mis proyectos. Mis padres le habrán dicho ya seguramente que he aplazado mi concierto hasta el 25. Me cuesta mucho trabajo organizarlo; si no fuese por Paer, Kalkbrenner y, sobre todo, Norblin (que me encarga

le salude a usted) no habría podido darlo en un espacio tan corto de tiempo (opinan que dos meses es poco para París). Baillot, muy agradable y cortés, toca en él un quinteto de Beethoven; Kalkbrenner y yo, un duo con acompañamiento de cuatro pianos; sólo conozco a Reich, de vista; ya sabe usted lo deseoso que estaba yo de conocerlo; ahora conozco a algunos de sus alumnos, que me han dado de él una idea completamente distinta. No ama la música; no frecuenta siquiera los conciertos del Conservatorio; no quiere hablar de música con nadie; durante sus lecciones no hace más que consultar el reloj, etc.; lo mismo que Cherubini, que no hace más que disparatar sobre la revolución y el cólera. Estos señores son como marionetas disecadas a quienes hay que guardar respeto, y cuyas obras deben servir de materia de enseñanza. En cuanto a Fetis, a quien conozco y puede informar sobre muchas cosas, habita en el extrarradio; no viene a París más que a dar sus lecciones, pues de otro modo hace tiempo que estaría internado en Santa Pelagia por sus deudas, que sus rentas de la Revista Musical no pueden cubrir. Hay que saber que en París

se detiene *a domicilio* a los delincuentes por deudas, y por eso no habita en su *domicilio* de París, sino en el extrarradio, donde la ley no puede nada contra él, por cierto tiempo. La cantidad de gentes que entre la masa se interesan por todos los géneros del arte musical es sorprendente. Hay tres orquestas excelentes: la *Academia*, los Italianos y *Fédau*. Rossini es *régisseur* de su Opera, que es la mejor afamada de Europa. Lablanche, Rubini, Pasta (que está actualmente fuera), la Malibrán, Devrient, Schröder, Santini, etc., provocan la admiración y dan el tono tres veces por semana. Nourrit, Levasseur, Derivis, la señora Cinti, Damoreu, la señorita Dourus realzan el nivel de la gran Opera. Cholet, la señorita Casimir, Prévost, deslumbran en la Opera Cómica; en una palabra: aqui es donde se puede saber lo que es el canto. Hoy, indiscutiblemente, no es Pasta, sino la Malibrán (García) la primera de Europa—¡Una maravilla! Valentín Radziwill la idolatra, y más de una vez comentamos con este motivo cuánto la admiraría usted. Lessueur le agradece mucho sus recuerdos y me encarga que le envíe un millón de saludos; habla de usted siempre

con elogios y en todas sus visitas me pregunta: «*¿qué es de nuestro buen señor Elsner?*», «*cuénteme noticias suyas*», después pasa enseguida al Requiem que le ha enviado usted. Todos le queremos a usted y le admiramos, comenzando por mí y terminando por su ahijado, Antonio Orlowski, que, según parece, no vendrá aún para representar su opereta, pues el *argumento* no es de los mejores y, además de eso, el teatro está cerrado hasta Año Nuevo. El rey no tira el dinero por la ventana y, en general, estamos más bien en un período de vacas flacas para los artistas; sólo los ingleses pagan. Podría seguir escribiéndole hasta mañana, pero ya es bastante para aburrirle. Dígnese recibir, señor, la seguridad de mi reconocimiento y del respeto con el cual soy siempre su más fiel alumno.

F. F. CHOPIN.

Beso la mano a la señora y a la señorita Elsner, con mis mejores votos de Año Nuevo.

* * *

21.

A DOMINGO DZIEWANOWSKI.

Sin fecha [París, 1832].

Mi querido Domingo: Si yo tuviese un amigo (con una enorme nariz atravesada, pues no es cuestión de ningún otro amigo), con quien yo me hubiese paseado y divertido hace algunos años en Szafarnia, que me hubiese convencido de su amistad, y que, después de haber abandonado el país, no me hubiera escrito ni una palabra—lo juzgaría mal e incluso si me imploraba, vertiendo lágrimas, que lo perdonase, no lo perdonaría. Ahora bien; yo, Federico, tengo el descaro de defender mi negligencia y de dar signos de vida, después de haber permanecido largo tiempo en silencio, como un pececillo que saca la cabeza del agua cuando nadie se lo manda.

Pero no quiero intentar dar explicaciones—y prefiero confesar mi falta, que puede parecer, sin embargo, más grave de lejos que de cerca, porque estoy solicitado y mareado por todas partes.

Introducido en el gran mundo, me encuentro entre embajadores, príncipes, ministros, no sé por qué milagro, pues yo nada he hecho por llegar hasta ellos. Hoy esto es para mí indispensable, pues es de ahí, según parece, de donde viene el buen gusto; enseguida que te oyen en la embajada inglesa o austriaca, estás dotado de un gran talento, y tocas mejor si la princesa *Vaudemont* (última descendiente de la vieja familia de los Montmorency) te ha protegido (no puedo decir *protege*, porque la vieja chocha ha muerto hace una semana). Ahora bien; al modo de nuestra difunta Zielonkowa o de la castellana Polaniecka, fué una señora, a quien frecuentaban los miembros de la Corte, que hacía mucho bien y que dió refugio a muchos aristócratas durante la Revolución. Fué la primera, después de las jornadas de julio, en presentarse en la Corte de Luis-Felipe. Tenía siempre a su alrededor una multitud de perritos blancos y negros, de canarios, de loros y poseía el más divertido de los monos del mundo, que durante las recepciones mordía... a las otras... condesas.

Gozo en París de la amistad de los artistas, aunque sólo haga un año que me encuentre en-

tre ellos. La prueba de su afecto es que hasta gentes de gran reputación me dedican sus composiciones, incluso antes de que yo les dedique las mías: Pixis, por ejemplo, me ha dedicado sus últimas variaciones con orquesta militar. Otros componen variaciones sobre temas míos. Kalkbrenner hace variaciones sobre mi mazurka; los alumnos del Conservatorio, los de Moscheles, de Herz, de Kalkbrenner, perfectos virtuosos, en una palabra, toman lecciones conmigo y ponen mi nombre al lado del de Field; en resumen: si yo fuese aún más tonto de lo que soy, podría creer que he alcanzado el punto culminante de mi carrera; sé, sin embargo, cuánto me falta para ser perfecto, tanto más cuanto que vivo íntimamente con los primeros artistas y conozco sus lagunas.

Me da vergüenza haber escrito tantas tonterías; me he alabado como un niño, o bien como el que se defiende antes de ser atacado. Suprimiría de buena gana todo eso, pero no tengo tiempo de volver a comenzar mi carta; además, tú no has olvidado quizás mi carácter; te acordarás de aquél que es el mismo hoy que ayer, con la diferencia de que no le crece más que

una patilla en la cara, la otra se niega a crecer.

Tengo que dar hoy cinco lecciones; te parecerá seguramente que voy a hacer una fortuna. Un cabriolet y un par de guantes blancos cuestan más de lo que gano; pero sin eso no sería de buen tono.

Amo a los carlistas, detesto a los felipistas, soy yo mismo un revolucionario; no me interesa el dinero, sólo me importa la amistad, que te imploro y te ruego que me conserves.

FEDERICO.

* * *

22.

A LA SOCIEDAD LITERARIA POLACA DE PARÍS.

La carta en la que me anuncia usted mi elección como miembro asociado de la Sociedad Literaria, ha llegado a mis manos el 15 del corriente.

Le agradecería mucho, señor Vicepresidente, que se tomase la molestia de expresar mi reconocimiento a mis compatriotas por este alto testimonio de aliento y de indulgencia. El honor de formar parte de su asociación me servirá de estímulo para nuevos trabajos, respondiendo así a los fines de la sociedad, que puede contar conmigo para servirla con todas mis fuerzas.

A 16 de enero de 1833.

Con un profundo respeto, quedo su más fiel servidor,

F. F. CHOPIN.

Nacido el 1.° de marzo de 1810 (1), en el dominio de Zelazowa Wola, Woïwodia de Mazowia.

* * *

(1) El acta de nacimiento de Chopin tiene la fecha del 22 de febrero de 1810.

23.

A SU FAMILIA.

Carlsbad, 16 de agosto (de 1835).

Postdata de Federico a la carta de su padre.

Mis queridas hermanitas: Ahí os va un poco de escritura mía en la carta de papá. Nuestra alegría es indescriptible. ¡Nos abrazamos y nos besamos! ¡Qué podríamos hacer mejor! ¡Lástima que no estemos todos juntos! ¡Qué maravilla! ¡Qué bueno es Dios con nosotros! Escribo de una manera desordenada; hoy más vale no pensar y gozar de la felicidad que nos es dado vivir. Lo que el momento presente me trae es único. Nuestros padres no han cambiado, son los mismos de siempre, un poco más viejos. Nos paseamos, llevamos a mi señora mamá del brazo, hablamos de vosotras, imitamos a esos pícaros sobrinos y nos contamos las veces que hemos pensado unos en otros. Bebemos, comemos juntos, nos llenamos de mimos, de invectivas. Estoy *en el colmo de la dicha*.

Las mismas costumbres, los mismos movimientos que acompañaron toda mi niñez, la misma mano que no había besado desde hacía tanto tiempo. Y bien, chicas, os abrazo y perdonadme si me es imposible reunir mis pensamientos para escribiros otra cosa distinta a esto: somos dichosos en este momento. Siempre había tenido la esperanza, pero hoy gozo de la realización de esta dicha: ¡felicidad y felicidad!

Para vosotras y para mis cuñados os envío un abrazo de alegría capaz de ahogaros, como para los seres que más amo en el mundo.

CH.

Mil besos a Zywny, por su música, y al señor Wiesiolowski, que me ha acercado la felicidad algunas decenas de leguas; un millón de saludos al señor Fred. Skarbek *ditto*.

* * *

24.

A Antonio Wodzinski.

[Sin fecha.—París, mayo o junio de 1837.]

Mi muy querido amigo: Estás herido—lejos de nosotros—y no puedo enviarte nada en este momento... Los tuyos no hacen más que pensar en tí... Por Dios, cúrate enseguida y vuelve. Los periódicos dicen que vuestra legión ha sido completamente [aniquilada]. No te alistes en el ejército español... [Acuérdate] de que tu sangre puede servir para algo mejor...

Titus me ha escrito para que nos encontremos en algún punto de Alemania. He vuelto a estar enfermo de gripe este invierno y me mandan a Ems. No pienso en eso todavía, porque no puedo moverme de aquí. Escribo y preparo un manuscrito. Pienso en tí más de lo que tú te figuras y te quiero como siempre.

F. Ch.

Créeme que pienso en tí igual que en Titus... Voy a ir probablemente unos días a casa de

George Sand; pero esto no retrasará el envío de tu dinero, pues dejaré instrucciones a Juanito para esos tres días...

* * *

25.

A Julián Fontana, *París*.

Palma, 15 de noviembre de 1838.

Mi querido amigo: Estoy en Palma, entre palmeras, cedros, cactus, olivos, naranjos, limoneros, aloes, higueras, granados, etc. Todo lo que el *Jardín de Plantas* posee en sus invernaderos. El cielo es de turquesa, el mar azul, las montañas de esmeralda y el aire paradisíaco. Hay sol todo el día. Todo el mundo viste como en verano y hace calor; por la noche se oyen, durante horas enteras, las guitarras y las canciones. Los balcones son enormes y las uvas cuelgan por encima de la cabeza; la arquitectura es árabe. Lo mismo que la ciudad, todo es un reflejo de Africa. En una palabra, ¡una vida admirable! No me olvides. Haz una visita a

Pleyel, pues el piano no ha llegado todavía. ¿Por dónde lo han enviado? Pronto recibirás los Preludios. Voy a alojarme seguramente en un claustro admirable, en el más bello paraje del mundo: el mar, las montañas, las palmeras, el cementerio, una iglesia teutónica, las ruinas de una mezquita, viejos olivos milenarios. En cuanto a mi vida, vivo un poco más... Estoy cerca de lo que es más bello. Me siento mejor... Da a Grzymala las cartas de mis padres y todo lo que tengas que enviarme; él conoce la dirección más segura. Abraza a Juanito. ¡Qué bien se curaría aquí! Dile a Pleyel que pronto recibirá los manuscritos. No hables demasiado de mí a los amigos. Te escribiré más extensamente después... Dí que regresaré en el invierno. Aquí sólo hay un correo por semana. Envío mis cartas por el Consulado. Manda mi carta a mis padres tal como está. Echala tú mismo al correo. Tu

CH.

Escribiré más tarde a Juanito.

* * *

26.

A CAMILO PLEYEL, *París.*

Palma, 21 de noviembre de 1838.

Querido amigo: He llegado a Palma. País delicioso—primavera perpetua—: olivos, naranjos, palmeras, limoneros, etc., etc. Me encuentro mejor de salud—¿y usted? He tenido el sentimiento de marcharme sin saber fijamente cómo le dejaba a usted. No me tenga mucho tiempo tan lejos sin saber si está usted totalmente restablecido. Dígame también algo de los suyos.

Adiós, carísimo—mis respetos a su mamá y mil cosas bellas a la señora y al señor Denoyers.

CH.

V. S.

Dirija usted sus cartas: *Al Sr. Encargado de Asuntos Exteriores* en Marsella, para entregar al Sr. Cónsul de Francia en Barcelona (y bajo sobre) para el Sr. Chopin en *Palma de Mallorca.*

Mi piano no ha llegado aún.—¿Cómo lo ha

enviado usted? ¿por *Marsella* o por *Perpignan*?

Pienso música, pero no la hago—porque aquí no hay pianos... éste es un país salvaje, bajo este aspecto.

* * *

27.

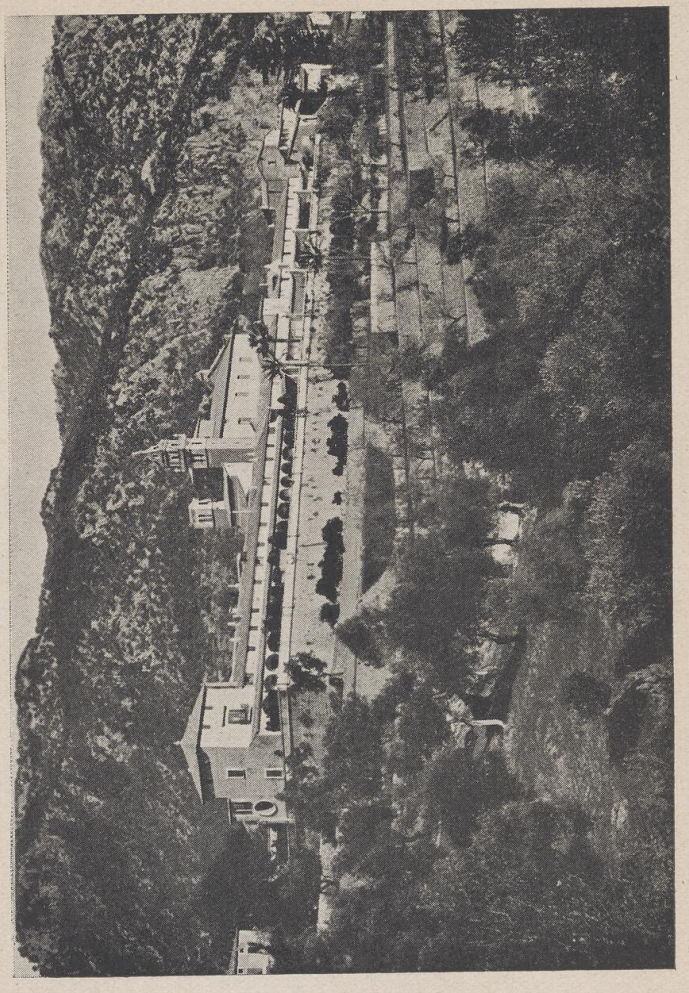
WOJCIECH GRZYMALA, *París*.

[Palma], 3 de diciembre [de 1838].

Amigo mío: Entrega a Fontana mi carta para mis padres. Toso, gruño y te quiero. Hablamos a menudo de tí. Hasta ahora ni una carta tuya. Este es un país diabólico en lo que concierne al correo, a los hombres y al confort. El cielo es tan bello como tu alma; la tierra es tan negra como mi corazón. Te quiere siempre,

CH.

* * *



28.

A JULIÁN FONTANA, *París*.

Palma, 14 de diciembre de 1838.

Querido Julián: Ni una palabra tuya, y es ya la tercera carta que te escribo, si no es la cuarta. ¿Has franqueado tus cartas? ¿Acaso no ha escrito mi gente? ¿Les ha sucedido tal vez una desgracia? ¿Te has vuelto un perezoso? No, tú no eres perezoso; tú eres activo. Indudablemente has enviado a mi familia mis dos cartas (las dos de Palma), y me has escrito; pero el correo local, el más irregular del mundo, no me ha entregado nada aún... Hasta hoy no he recibido la noticia de que el piano ha sido cargado en Marsella en un barco mercante. Supongo que invernará en el puerto, donde quedará anclado (pues aquí nadie se mueve cuando llueve), y que lo recibiré el día de mi marcha, lo que me producirá el mayor placer, porque así, además de pagar los 500 francos de aduanas, tendré la alegría de volverlo a embalar para mandarlo de nuevo. Entre tanto, mis

manuscritos duermen y yo no puedo dormir; no hago más que toser y cubierto de cataplasmas, espero la primavera u otra cosa cualquiera... Mañana marcho a ese admirable claustro de Valdemosa para escribir en la celda de aquel viejo monje que tenía quizás en el alma más fuego que yo, pero que lo ahogó, lo ahogó, y lo extinguió, porque lo tenía en vano. Ve a ver a León. No le digas que estoy enfermo, porque tendría miedo por sus 1.000. Y a casa de Pleyel. Tu,

CH.

* * *

29.

A JULIÁN FONTANA.

En Palma, a 28 de diciembre [de 1838].

O más bien en Valdemosa, a algunas millas de Palma. Entre las rocas y el mar una inmensa cartuja, donde podrías verme en una celda, con una puerta, como no se vió nunca puerta cochera en París, sin rizarme el pelo, sin guantes

blancos y pálido como siempre. La celda tiene la forma de un vasto ataúd, una enorme bóveda polvorienta, una ventana pequeña; delante de la ventana, naranjos, palmeras y cipreses; frente a la ventana mi cama suspendida por correas, bajo un rosetón árabe afiligranado. Al lado del lecho un viejo *intouchable*, especie de pupitre, de forma cuadrada que puede apenas servirme para escribir y sobre el cual se halla colocada una palmatoria de plomo con una vela (lo que es un gran *lujo* aquí), Bach, mis manuscritos y papelotes que no son míos... Silencio; ya puede uno gritar... silencio. En una palabra, te estoy escribiendo en un sitio bien singular.

He recibido hace tres días tu carta del 9 de este mes, y como es fiesta y el correo no sale hasta la otra semana, te escribo sin prisa; la letra que te envío tardará sin duda un buen mes ruso en llegar hasta tí. La Naturaleza es una cosa muy bella, pero cuando nada tiene uno que hacer ya con los hombres. Ni caminos, ni correos. Siempre que he venido aquí a Palma ha sido con el mismo cochero, nunca por el mismo camino. Los arroyos abren los caminos,

las riadas los reparan; hoy no se puede pasar por allí, porque lo han labrado; mañana sólo pasarán las mulas, ¿y qué coches tenemos? Con decirte, querido Julio, que no encontrarás aquí ni un solo inglés, ni siquiera a su cónsul. Qué importa lo que se diga de mí. ¡León, el judío! No puedo enviarte los preludios porque no están terminados; estoy mejor, me daré prisa; en cuanto al judío, voy a escribirle una carta abierta con un gracias que se tragará hasta los talones (o bien hasta donde él quiera). ¡El granuja!... y decir que he ido a verlo la víspera de mi salida para escribirle que no envíe nada a mi casa. Schlesing. es todavía más perro por haber puesto mis valses en álbum ¡y vendérselos a Probst!, cuando de acuerdo con él se los he dado para Gytz de Berlín. Todos estos insectos me molestan menos ahora. Que León se retuerza de furia, pero de tí me compadezco y dentro de un mes, a más tardar, estarás en paz con León y con mi casero. Emplea, si es necesario, el dinero de Wessel. ¿Qué hace el criado? Da al portero veinte francos de mi parte como aguinaldo cuando recibas el dinero, y paga al *fumista* si viene. No creo haber dejado grandes

deudas. En todo caso, te prometo que dentro de un mes, lo más tarde, estaremos en paz. La luna está hoy admirable. Nunca ha estado así. Pero, ¡pero! me escribes que me has enviado una carta de mi casa; no he visto nada ni he recibido nada. ¡Sin embargo, me era tan necesaria esta carta! ¿La has franqueado? ¿Qué dirección has puesto? La única carta que he recibido tuya estaba muy mal dirigida. Así, pues, no escribas más olvidando siempre alguna cosa; este señor (*entre paréntesis* un gran imbécil) se llama Riotord. Te envío la mejor dirección. El piano está en el puerto desde hace ocho días esperando; ¿qué dirá la aduana que quiere montañas de oro por esta porquería? Aquí la Naturaleza es bienhechora, pero los hombres son unos ladrones; como nunca ven extranjeros, no saben cómo hacerles pagar lo que venden. Las naranjas están tiradas; pero un botón de los pantalones cuesta sumas fantásticas. Pero todo eso no es más que un grano de arena al lado de este cielo y de la poesía que respira aquí todo, y del colorido del sitio más bello del mundo, que aún no han mancillado los hombres. No son muchos los que han venido a es-

pantar a las águilas que vuelan todos los días por encima de nuestras cabezas! Escribe, por el amor de Dios, pon el franqueo a tus cartas y añade: *Palma de Mallorca.*

Te envío una letra y una carta para mi familia. Quiero a Juanito, y deploro que no esté preparado para asumir la dirección de una sociedad de beneficencia para niños en algún Bamberg o Nuremberg. Que escriba, en fin, pues el hombre...

Creo que es la tercera o cuarta carta que te envío para mis padres. Abraza a Albrecht, pero habla poco.

* * *

30.

A JULIÁN FONTANA, *París.*

Valdemosa, 12 de enero de 1839.

Querido amigo: Te mando los Preludios. Copiadlos Wolf y tú; no creo que haya faltas. Da lo que copies a Probst y el manuscrito a Pleyel.

Recoge el dinero de Probst, para quien te adjunto una carta y un recibo; a León, que no tengo tiempo de dar gracias, y, de lo que te dé Pleyel, es decir, de mil quinientos francos, paga 425 fr. de alquiler y despide el piso amablemente. Si se puede alquilar en marzo, está muy bien; sino habrá que conservarlo aún por un trimestre. Los mil francos que quedan se los darás a Nougués, de mi parte. Trata de saber, por Juanito, su dirección; pero no le digas nada a éste del dinero, porque es capaz de tomarla con Noug., y no quiero que nadie, fuera de nosotros dos, sepa nada de esto. Si el piso se alquila, mete parte de los muebles en casa de Grzym, y el resto en casa de Juanito. Dí a Pleyel que envíe sus cartas por mediación tuya. Antes de Año Nuevo te he enviado una letra para Wessel. Dí a Pleyel que estoy en paz con él. Dentro de algunas semanas recibirás una Balada, unas Polonesas y un Scherzo; dí a Pleyel que se entienda con Probst cuando éste publique los Preludios. ¡Hasta ahora no he recibido ni una carta de mis padres! Tienes que franquear las cartas. ¿No sabes qué ha sido de la primera que escribiste? Vivo en mi celda; ten-

go a veces bailes árabes, un sol de Africa y un mar mediterráneo. Abraza a los Albrecht. Voy a escribirles pronto. No digas, excepto a Grzymala, que dejo mi piso. No sé aún cuándo volveré; acaso sea para mayo, o más tarde aún. *Entrega tú mismo* mi carta a Pleyel, así como el *preludio*. Escribe. Tu,

F.

* * *

31.

A Camilo Pleyel.

París.

Querido amigo: Por fin le envío mis preludios—que he terminado en el *pianino* de usted, llegado a Palma en el mejor estado posible, a pesar del mar, del mal tiempo y de la Aduana. Le he encargado a Fontana que le entregue a usted mi manuscrito—deseo por él mil quinientos francos para Francia e Inglaterra. Como usted sabe, Probst tiene la propiedad por *mil*

francos para *Haertel* en Alemania.—Estoy libre de compromiso con Wessel, en Londres; éste puede pagar más caro. Cuando pueda usted, entregue el dinero a Fontana. No quiero girar contra usted desde aquí, porque no conozco a ningún banquero en Palma.

Puesto que ha querido usted, mi buen amigo, tomarse el trabajo de ser mi editor, preciso advertirle que tengo aún varios manuscritos a su disposición. 1.° *La Balada* (que entra también en los contratos de Probst para Alemania). Por esta *Balada* quiero mil para Francia e Inglaterra. 2.° *Dos polonesas* (de las que conoce usted una en *la*)—quiero por ellas dos mil quinientos francos para todos los países de la tierra. 3.° Un tercer *Scherzo* al mismo precio que las Polonesas para *toda Europa*. Esto irá llegando a sus manos, si usted lo desea, de mes en mes, hasta que llegue el propio autor, quien le dirá a usted que ya no sabe escribir. He tenido noticias de usted indirectamente por Fontana, que me ha escrito que estaba usted mejor. El correo aquí es de una organización maravillosa. ¡Desde hace tres meses estoy esperando una carta de mi casa de Varsovia!—¿Y su familia? ¿Y la

señora Pleyel? ¿Y los señores Denoyers? Expréseles a todos mis mejores deseos para el año 39. Espera carta de usted—aunque sea muy pequeña, muy pequeña—y le quiere siempre su afectísimo,

F. F. CHOPIN.

Perdóneme la ortografía.

Valdemosa, cerca de Palma, 22 de enero de 1839.

Me doy cuenta ahora de que no le he dado las gracias por el piano—y de que no le hablo más que de dinero—. ¡Decididamente, soy un hombre de negocios!

* * *

32.

A JULIÁN FONTANA, *París*.

Marsella, 2 de marzo de 1839.

Querido Julián: Grzymala te habrá dado sin duda noticias sobre mi estado de salud y mis

manuscritos. Te he enviado hace *dos meses*, desde Palma, mis Preludios. Después de haberlos copiado para Probst, tenías que haber dado mil [francos] a *León*—y de los *mil quinientos* que tenía que entregarte Pleyel por los Preludios, pagar a *Nougués* y *un* vencimiento a mi casero. En esta misma carta, si no me equivoco, te encargaba que anunciases que dejaría mi piso, el cual, sin embargo, si no está *alquilado* en *abril*, tendré que conservar hasta el *trimestre siguiente* (creo que hasta *julio*).—El dinero de Wessel te ha servido seguramente para pagar el vencimiento del alquiler en *Año Nuevo*, de lo contrario empléalo para pagar el último trimestre de mi piso. El *segundo* manuscrito seguramente acaba de llegar todavía a tus manos; pues ha debido de perder bastante tiempo en la Aduana, después en el mar y luego de nuevo en la Aduana. He escrito a Pleyel anunciándole los Preludios y que le doy la *Balada* (que posee Probst para Alemania) por *mil*;—por las dos Polonesas (para Francia, Inglaterra y Alemania, pues el *compromiso* con Probst se limita a la Balada) he pedido *mil quinientos*.—Creo que no es muy caro. Así, pues, cuando

hayas recibido el segundo manuscrito, reunirás *dos mil quinientos* de Pleyel y quinientos de Probst por la Balada (o seiscientos, no me acuerdo bien), en total *tres mil*. Le he encargado a Grzymala que me envíe enseguida *quinientos*, lo que no debe de impedirte de enviarme el resto lo más pronto posible.—*Tal* es el estado de mis *asuntos*. Por otra parte, si el piso se alquila el mes próximo, que lo pongo en duda, repartiros mis muebles entre los tres: Grz., Juanito y tú. Juanito es el que tiene más sitio en su casa, pero no demasiado buen sentido, a juzgar por la carta pueril que me ha escrito, pensando que yo quería hacerme camaldulense. Dale a Juanito lo que le sea más útil para su *casa* de mis enseres. No recargues demasiado a Grzymala [en este sitio la carta está estropeada], coge tú lo que te sea útil—pues no sé aún si volveré a París este verano (y resérvate para tí esta noticia). En... [la carta está estropeada] escribiré a mi casa y si, como preveo, tengo que seguir con mi piso hasta junio, te agradeceré mucho que, aunque tengas tu propio domicilio, vivas con un pie en mi casa, pues te encargaré de que pagues el *último* trimestre. A tu carta, tan

verdadera y tan sincera, le encontrarás una contestación en mi segunda Polonesa—yo no tengo la culpa, si soy como esas setas venenosas que se cogen y se prueban después de haberlas tomado por otra cosa—sé que nunca he servido de nada a nadie—ni aun a mí mismo, al menos de gran cosa. Te he dicho que había en mi mesa, en el primer cajón conforme se entra, una carta que podías abrir tú, Grz., o Juanito—pero ahora te ruego que la cojas y *la quemes sin leerla*—te suplico que lo hagas así por nuestra amistad—ahora es ya una carta inútil.—Si Antonio se va sin enviarme el dinero, será una cosa de un sabor muy polaco—pero de un polaco de *dudoso gusto*, n. b.—Sin embargo, no le hables de ello. Trata de ver a Pleyel—díle que no he recibido ni una sola línea suya—que su *piano* está en sitio seguro. ¿Está de acuerdo para el arreglo que le propongo? He recibido a la vez tres cartas de casa en el momento en que iba a embarcarme. Te envío aún una de ellas. Te doy las gracias por la ayuda cordial que me dispensas, a mí que estoy sin fuerzas. Abraza a Juanito; díle que no me he dejado—o más bien, que no me han dejado hacerme

sangrías, que llevo vejigatorios, pero pocos; que toso poco y sólo por las mañanas—y que de ningún modo estoy considerado aún como tuberculoso.—No tomo café ni bebo vino—sólamente leche; me visto con trajes de abrigo y parezco una *señorita*. Envía el dinero lo antes posible—y poneos al habla con Grzymala. Tu

F.

Te adjunto dos palabras para Antek. Mañana escribiré a Grzymala.

* * *

33.

A Julián Fontana.

(Sin fecha, Marsella, marzo o abril de 1839.)

Querido amigo: Me siento mucho mejor. Comienzo a jugar, a comer, a andar y a hablar con todo el mundo; ya ves que incluso escribo con facilidad, puesto que empiezas a recibir de

nuevo algunas líneas mías. Pero son también para hablarte de negocios. Tengo mucho empeño en que mis Preludios sean dedicados a Pleyel (estamos todavía a tiempo, seguramente, puesto que no están impresos). La Balada *a Mr. Roberto Schumann*. Las Polonesas a tí, como habíamos convenido. A Kessler, nada. Si Pleyel prefiere la Balada, dedica entonces los Preludios a *Schumann*. Gaszynski ha venido ayer de Aix para verme; es la única persona a quien he recibido, pues mi puerta está cerrada para todos los aficionados a la música y a la literatura. Hablarás a Probst del cambio de dedicatoria, cuando te hayas puesto de acuerdo con Pleyel. Abraza a Juanito. De los nuevos fondos, devuelve quinientos a Grzymala, y dile que me envíe lo demás, es decir, *2.500*. No te duermas, recuérdame con cariño y escríbeme. Perdóname si te abrumo con todos estos encargos, pero tengo sinceramente la convicción de que los haces con benevolencia, como así te lo ruego. Tu,

Ch.

* * *

34.

A Wojciech Grzymala.

[Marsella, ¿25 de abril de 1839?]

Mar[liani] nos escribe que estás aún enfermo y que de nada ha servido el sangrarte. Creíamos aquí que estabas ya completamente bien, como has podido juzgar por mi carta de ayer; pero hoy ¡qué decepción! Marliani dice en la misma carta que ha oído decir que mi madre, muy preocupada por mí, vendrá dentro de poco a París. Aunque no llego a creerlo, escribe, sin embargo una carta a mi casa (carta que tendrás la amabilidad de echar al correo) para tranquilizarlos. Esta será la tercera desde Marsella. Si tú has oído hablar de eso, escríbeme algo. Para que mi madre se decidiera a dejar a mi padre, tendría que tratarse de algo extraordinario. Mi padre está enfermo y tiene más necesidad de ella que nadie; no concibo semejante separación. Mi ángel termina su nueva novela, *Gabriel*. Hoy ha estado en la cama escribiendo

todo el día. Si tú supieras... la querrías aún más si la conocieses como yo la conozco ahora.

Me doy cuenta de lo penoso que debe resultarte el no poder salir. ¿Por qué no puedo estar ahí, y sobre todo por causa tuya? ¡Cuánto te cuidaría! He sabido lo que es cuidar a una persona. Y también te agradaría que te cuidase yo, pues sabes cuánto cariño te tengo. Nunca te he servido de nada, pero quizás ahora te sabría cuidar. Nuestro proyecto de ir a Génova lo doy por abandonado. Nos veremos ciertamente y nos abrazaremos hacia mediados de mayo en el campo.

Que el Cielo te conceda una rápida curación. Beso las manos de ya sabes quien... Tu

Fryc.

Echa mi carta en el buzón de la Bolsa. Así es como llega mejor.

* * *

35.

A Wojciech Grzymala.

[Nohant], 2 de junio de 1839.

Mi querido amigo: Al fin, después de una semana de viaje, estoy tranquilo. Excelente llegada. Bella campiña: ruiseñores, alondras; únicamente faltabas tú entre los pájaros. Espero que no ocurrirá este año lo mismo que el año pasado. ¡Aunque sólo sea por unos minutos, ven! Escoge un momento en que todos estén bien, y se resignarán a estar sin tí unos días, por caridad con el prójimo. Déjame abrazarte y, a cambio de eso, recibirás leche y píldoras. Tendrás mi piano a tu disposición. Nada te faltará. Tu,

Fryc.

Te ruego que mandes echar mi carta en la estafeta de la Bolsa. Escríbeme unas líneas, y si tienes alguna carta de los míos, envíamela por Juanito.

* * *

36.

A Julián Fontana.

[Nohant], jueves, [agosto de 1839].

Mi querido amigo: Te doy las gracias por la carta dirigida al señor Chopine. Comienza con «Wiatrowo bajo Wegrowiec» para acabar de la manera siguiente: «de usted, Señor, como gran maestro músico y compositor, Alexander Moszczenski, prefecto de Brzesc». En medio: «como aficionado a la música, de ochenta años de edad, le envío dos mazurcas seculares, de las que me he acordado que podrían servirle como temas para viariaciones». Estas dignas mazurcas, como puedes fácilmente figurarte: «*ram didiridi, ram didiridi, ram didiridi, rajda*»; y finalmente, como posdata: «Mi nieta Alajandrina (Sí, Alajandrina, tan auténticamente cierto como nuestra amistad) ha tocado *la ci darem* en Gniezno, en beneficio de los emigrados y para mayor placer del público. Yo, mis hijos, mis nietos, mis nietas y, sobre todo, Alajandrina que sabe tocar con una gran velocidad, practicamos todos el pia-

no—«Wiatrowo bajo Wegrowiec». Algún buen viejo prefecto ,estilo antigua Polonia (de aquellos seguramente que... de lo alto del puente). Lo mejor de tu carta es tu dirección en el sobre, que ya he olvidado; pero que es la causa de mi prisa en contestarte, y lo más triste es la noticia de la muerte de Albrecht. ¿Quiéres saber cuándo volveré? En cuanto comience el mal tiempo, pues entre tanto necesito aire libre. Juanito se ha marchado; no sé si te ha dicho que me reexpidas todas las cartas de mis padres que lleguen a sus señas. Puede que haya pensado en ello, o puede que no; no querría, sin embargo, que si llega alguna carta, se pierda. Por otra parte, he recibido, no hace mucho, una carta de casa; no escribirán, pues, tan pronto otra vez, y de aquí a allá, mi buen Juanito volverá curado. Yo estoy escribiendo una Sonata *en Si bemol menor*, donde irá la marcha que tú conoces. Consta de un Allegro, después de un Scherzo en *Mi bemol menor*, una marcha y un pequeño final, no muy largo, tres páginas de mi letra; la mano izquierda toca al unísono con la mano derecha después de la marcha. Tengo un

nuevo nocturno en *Sol mayor*, que hará pareja con el nocturno en *Sol menor*, si recuerdas:



Sabe que tengo cuatro nuevas mazurcas: una de ellas en *Do menor*, escrita en Palma; tres que he escrito aquí en *Si mayor*, en *La bemol mayor* y en *Do sostenido menor*; me parece que son bonitas, como los hijos más pequeños parecen siempre a los padres que envejecen. En mis ocios corrijo para mí la edición parisina de Bach, y no solamente las faltas del grabador, sino las faltas acreditadas de los que pasan por comprender a Bach (y no tengo, sin embargo, la pretensión de comprenderlo mejor, pero sí la convicción de que llegaré a eso un día). Ya me he vanagloriado bastante ante tí. Y ahora si Grzym. viene (la suerte lo ha decidido así), envíame el Weber a cuatro manos, si está en tu casa, si no, mi última balada en manuscrito, pues necesito ver una cosa. También tu ejemplar de mis últimas mazurcas (si es que tienes uno, pues no recuerdo si he sido lo bastante

cortés para dedicarte uno). Díme también si has enviado de mi parte el vals a la señorita Eichtal (si no, es lo mismo). Pleyel me ha escrito que eres muy *servicial* y que has corregido los Preludios. Díme si sabes lo que le ha dado Wessel por ellos (díme lo que te ha escrito él con motivo de esto anteriormente; es conveniente saberlo para el futuro), y también si Probst se ha marchado (lo que es seguro) y, sobre todo, si sabes cuándo volverá. Mi padre me escribe que mi vieja sonata ha sido publicada por Hasslinger y que los alemanes la alaban mucho. Yo tengo ahora, comprendidos los tuyos, *seis manuscritos*; prefiero que se pudran en casa antes que darlos por una porquería. Pleyel me ha hecho un mal servicio con sus ofertas, pues me he echado a cuestas a ese judio de Schlesing. Pero creo que todo se arreglará de alguna manera.

Escribe. Te quiere siempre, tu

FR.

A *propósito* de lo que me ha escrito Kalkbrenner, le he dicho a Pleyel que me escriba si le han pagado el piano de Palma, y nada más,

como ya puedes suponerte; le he escrito porque el cónsul francés de Mallorca, a quien conozco muy bien, ha debido ser trasladado, y me habría sido así más difícil negociar la cosa a tanta distancia, si no hubiera sido pagado. Por fortuna, ha sido pagado íntegramente y bien, según me lo hizo saber una semana antes de su marcha a Bélgica. Todas las historias que se refieren no me sorprenden en absoluto; ya te das cuenta de que yo sabía muy bien a lo que me exponía. Sin embargo, ésto también pasará, nuestras lenguas se pudrirán, pero no tocarán al alma. Sobre todo, no olvides el calzado. Envíame por Grzymala tres o cuatro pares, incluso viejos; en el campo, por las mañanas, irán perfectamente. Escríbeme sobre tí, tanto como yo te escribo sobre mí. Díme dónde habitas. Si comes en el club, etc. Woyciechowski me escribe que componga un oratorio. Le he contestado en la carta de mis padres, preguntándole por qué construye una fábrica de azúcar y no un claustro para camaldulenses o dominicos. El buen Titus tiene aún una imaginación de colegial, lo que no impide que yo le

quiera como cuando íbamos al Instituto. Tiene otro hijo. Le ha puesto mi nombre. Lo compadezco.

* * *

37.

A Julio Fontana.

Miércoles, [Nohant, La Chatre, 26 de septiembre de 1839].

Te agradezco que tengas tan sólida y bondadosa alma de amigo; no inglesa, sino polaca. Escoge el papel color *tórtola*, como el que había en mi casa antes, pero satinado y brillante, para las dos habitaciones, con una cenefa verde oscuro, no muy ancha. Para la antesala, una cosa distinta, pero que esté bien. Sin embargo, si hay otros papeles más bonitos y de moda, que te gusten y que tú creas que han de gustarme a mí, cómpralos. Prefiero una cosa sencilla, muy modesta y muy limpia, mejor que algo ordinario, de tendero de ultramarinos. Me

gusta el color perla, porque no es ni chillón ni vulgar. Te agradezco la habitación para el criado, que resulta muy útil. En cuanto a los muebles, si tú te ocupas de ellos, todo irá perfectamente. Tan cierto como lo que te estimo, que no pensaba encargarte de este nuevo engorro, pero, puesto que eres tan atento, reúnelos y pónlos en su sitio. Le pediría a Grzym. que dé el dinero para la mudanza; yo le escribiré personalmente sobre este asunto. En cuanto a la cama y a la mesa de despacho, habrá que darlos a limpiar a algún ebanista. Puedes quitar los papeles de la mesa y guardarlos en otra parte. No tengo necesidad de decirte cómo has de hacerlo. Todo lo que tú hagas estará bien. Confío en tí enteramente. Y mucho. Y ahora el segundo punto: habría que escribir a Wessel (¿le has escrito con motivo de los Preludios?...), habría, pues, que escribir a Wessel que tengo seis nuevos manuscritos, por cada uno de los cuales quiero *300* francos. (¿Cuántas libras son?) Escríbeme y particípame la respuesta. (Si crees que no va a darlos, escríbeme primero). Díme, además, si está Probst en París. Piensa también en un criado: eventualmente algún buen y hon-

rado polaco. Háblale de eso a Grzymala. No le des más de *80*, y que él se arregle para comer. Estaré a fines de octubre en París, no antes. Ténlo a tu servicio. Haría falta arreglar la tela metálica de mi cama; pero si es demasiado caro. inútil. Manda sacudir bien las sillas y cuanto sea preciso. Es ocioso, sin embargo, decirte lo que hace falta. Abraza a Juanito. Amigo mío, cuántas veces siento el corazón oprimido... Que Dios le dé lo que le necesita. Pero que no se deje engañar; aunque, por otra parte... *tarará, tarará*. Esta es la mayor verdad del mundo. Y mientras el mundo sea como ahora, te querré siempre a tí como al mejor amigo y a Juanito como al segundo. Os abrazo a ambos. Vuestro viejo,

CH.

provisto de una nariz más larga que nunca.

* * *

38.

A MAURICIO SCHLESINGER, París.

El que suscribe, reconoce haber vendido a don Mauricio Schlesinger, en toda propiedad y para todos los países, un Estudio de su composición destinado al Método de los Métodos de los Pianistas para los señores Moscheles y Fetis, y haber recibido de él la Suma de *Doscientos* francos.

FEDERICO CHOPIN.

París, 9 de noviembre de 1839.

* * *

39.

A MAURICIO SCHLESINGER, *París*.

He recibido de Mauricio Schlesinger la suma de *Quinientos* francos por la propiedad general y exclusiva de un segundo estudio para el Método de los Métodos de los Pianistas.

CHOPIN.

París, 1 de diciembre de 1839.

* * *

40.

A Julián Fontana.

[Nohant, 23 de julio de 1841.]

Mi querido amigo: Te ruego que con esta carta vayas a ver a Pleyel y le hables personalmente. Le pido un piano mejor, pues el mío no es bueno. Lee esta carta y ciérrala. Al leerla, verás que te suplico que me des la respuesta. Escríbeme en cuanto Pleyel esté dispuesto a enviármelo, a fin de ponerme de acuerdo con el mandadero de Châteauroux. Dudo que me lo niegue o que lo aplace. Sin embargo, si fuera así, no le des de puñetazos, escríbeme. Aún una vez, perdóname que te dé este encargo, pero no será el último; no temas eso. Tu,

Ch.

Escribe.
Miércoles.

* * *

41.

A José Elsner, *Varsovia*.

París, 24 de julio de 1841.

Mi muy querido señor Elsner: Le envío esas pocas líneas de Schlesinger. No soy quién para juzgar a los judíos, pero a éste tengo que defenderle un poco, pues, de hecho, las grandes obras, como, por ejemplo, el Oratorio de usted, cuestan caro de editar y son invendibles; fuera del Conservatorio, ningún otro *establecimiento* ejecuta obras de este género. En cuanto al Conservatorio, sólo vive de antiguas sinfonías que se saben de memoria—y es una verdadera felicidad para el público que le sea dado escuchar allí alguna vez un trozo de Haendel o de Bach. Hasta hace unos dos años, la gente no ha comenzado a tomarle el gusto a Haendel, y para eso sólo se tocan algunos trozos de éste y no obras completas. Así es como se ejecutó varias veces, el pasado invierno, el coro de *Judas Macabeo* y también no sé qué otro coro de Bach; pero, desde que he llegado, fuera del

Jesús en el Monte de los Olivos, de Beethoven, que no he oído más que una vez, no se ha dado nada grande ni largo. Se ensayan, sin embargo, en las sesiones del Conservatorio muchas novedades, pero reina aquí un estado de espíritu hostil a las grandes obras que no sean las de los grandes muertos: por esta razón, no oiremos tan pronto ni a Mendelssonhm, ni a Schneider, ni a Spohr, ni a Neukomm, ni a usted mismo; y si Cherubini no estuviese en la dirección del Conservatorio, tampoco se oirían sus obras. El Conservatorio da el tono en lo que concierne a la gran música, de modo que el editor no puede contar más que con lo que le produzca el Conservatorio. Ahora bien, el Conservatorio posee sus propios copistas. Cuánto siento no haber oído en San Petersburgo la obra de usted, que tengo la convicción de que supera a todo lo que se ha escrito en este género. Sin duda alguna, usted la hará imprimir en Alemania, y estoy seguro de que escucharé aún esa obra maestra en algún sitio a orillas del Rin, en Colonia, en Maguncia, en Dusseldorf, o acaso en Leipzig, donde todos los años se celebran fiestas musicales, consagradas exclusivamente a obras de este género. Otro país donde se tocan con frecuencia oratorios, que aprecia con razón este género de composiciones, donde es fácil reunir mil cantores con este fin, donde Neukomm y Mendelssohn son más conocidos que Halévy o Adam—es Inglaterra. Allí será fácil que acojan con entusiasmo la obra de usted y quizás nos encontremos usted y yo en Birmingham, en esta sala hecha expresamente para tales fines, donde Neukomm hizo colocar hace algunos años inmensos órganos, y así podría yo, a su lado, admirar y apreciar lo que sólo con el pensamiento me transporta. Espero algunas líneas de usted y le abrazo cordialmente, muy cordialmente,

CHOPIN.

Mis respetos a la señora Elsner, así como a la señora Nidecka.

Orlowski está en Rouen; pero si estuviera aquí, añadiría seguramente algunas palabras. Cuántas veces hemos hablado de usted a propósito del Conservatorio. Cuántas veces hemos expresado el deseo de oír tocar con muchos y expertos violines su *Ofertorio de José* en donde

(si no me equivoco) esos instrumentos se mueven ligeramente a través de la más rica armonía. Si lo ha hecho usted imprimir, me permito pedirle que me lo envíe, se lo llevaré a Habenek y no dudo que lo mandará ensayar, pues es corto y atrayente. Escríbame unas cuantas palabras, se lo ruego, se lo ruego.

* * *

42.

A JULIÁN FONTANA.

[Sin fecha ni indicación de lugar.]

Mi querido amigo: Para *toda clase* de gastos te envío cien francos, de los que apartarás, en primer lugar, lo necesario para el Charivari, pagarás el alquiler (esta luz), pagarás al portero las cartas de la casa, y a la florista, que me reclama seis ramos. Cómprame en *Houbigand Chardin, faub. St. Honoré* jabón *bonsoin*, dos pares de guantes de piel de Suecia (en el armario encontrarás unos viejos, que te servirán para dar la medida), un frasco de *pachulí* y un frasco de *bouquet de Chantilly*. En las Galerías del



GEORGE SAND
Retrato de A. Charpentier.

Palacio Real, al lado de los teatros, casi en el centro, hay un almacén de *galanterías*, como se dice en nuestra tierra; allí verás dos escaparates con una infinidad de cajas, de engañabobos, y de naderías, brillantes, elegantes y caras. Pregunta si tienen una manecita de marfil para rascarse la cabeza. Has tenido que ver más de una vez un objeto de este género: una manecita, casi siempre doblada, blanca y fija a un mango negro. Me parece haber visto en esa casa una de este género; pregunta y allí te informarán. Y bien, búscame esta bagatela y envíamela, si n. b. no cuesta más de *10, 15* o *30*. Que Pleyel te dé un ejemplar de mis Preludios, y coge en casa de Schl[esinger] todos mis estudios. Si se encuentra mi busto de Dantan en casa Suss, compra dos y hazlos empaquetar bien para que puedan hacer el viaje; en otro caso, ve, te lo ruego, a casa de Dantan, que habita en San Lázaro, en el mismo sitio que Alkan (abrázale de mi parte cuando lo veas) y pregúntale si se pueden obtener los bustos y dónde (de paso recuérdale el que tenía que hacer fundir en bronce). En mi armario, en la parte de arriba, encontrarás una botella aplas-

tada, de metal, forrada de franela, que sirve para ponérsela en el vientre llena de agua caliente, y también una almohada de goma que me había comprado yo para el viaje. Añade a eso el Kastner y envíame todo bien embalado (o mejor que te lo haga el embalador de en frente): que embalen, pues, todo en una caja de dimensiones suficientes, pero bien embalado y haz el envío por *Lafitte et Gayard*, dándoles la misma dirección que pones en las cartas. Hazlo pronto, te lo suplico. Guarda el resto del dinero para los otros envíos. No pagues a Schlesinger y, si no tuviese el Kastner, no retrases el envío; en todo caso, envíame sin falta *el tratado de contrapunto* de Cherubini (no me acuerdo bien de su título). Si no quiere darte el Cherubini sin pagárselo, entonces abónalo, pues es posible que Cherubini haya editado él mismo su obra y que Schl. sea sencillamente su librero. Dentro de unos días escribiré a Troupenas por mediación tuya. Te abrazo, pues es la hora del correo. Perdóname, pero ya recibirás otra carta el domingo. Envía todo el lunes.

CH.

* * *

43.

A GEORGE SAND.

[25 de septiembre de 1841.]

Aquí me tienes, en la rue Tronchet, a donde he llegado sin cansancio. Me voy a la calle de Pigalle. Te escribiré mañana. No me olvides.

Besos a los niños.

CH.

Sábado.

* * *

44.

A JULIÁN FONTANA.

[Nohant, octubre de 1841.]

Gracias por el envío de la cartera. Te mando el Preludio, escrito en caracteres grandes para Schl[esinger], y en caracteres pequeños para Mechetti. Cortarás, de la misma manera, mi manuscrito de la Polonesa, lo plegarás (des-

pués de haber numerado las hojas) del mismo modo que el Preludio, y añadirás a eso mi carta para Mechetti, meterás todo en el sobre que te envío y, después de cerrarlo, se lo entregarás en propia mano a León, rogándole que lo mande por correo, porque Mechetti espera este envío. Echa tú mismo en correos la carta para Hasslinger; y si no encuentras a Schlesinger, déjale una carta, pero no le dejes el manuscrito sin que te diga si acepta el Preludio a título de compromiso definitivo. Si no quiere la *propiedad* para Londres a ningún precio, díle que me escriba. Y escríbeme tú también. Dile que no exijo esos *100* francos enseguida. No olvides tampoco de poner el Opus sobre la Polonesa, y el número siguiente sobre el Preludio que envíes a Viena. No sé cómo se escribe Czerniszewowa; tal vez encuentres en el mueble del jarrón, o en algún sitio por la mesita que está al lado de este adorno en bronce, unas letras de ella, de su ama de llaves o de su hija. Si no, te agradecería (si no te molesta), puesto que te conocen como amigo mío, que vayas a su casa *Hotel de Londres, Plaza de Vendôme*, si están aún en París, y pidas a la joven princesa que te

escriba su nombre en un trozo de papel... Tú le explicarás por qué: ¿es Tscher o Tcher? O mejor, pregunta por la señorita Krauze, el ama de llaves, y díle que quiero darle una sorpresa a la joven princesa; le ruegas (es muy guapa), que te escriba el nombre en cuestión, si es Isabel Tschenischef, o con ff, y cómo acostumbran ellos a escribirlo. Adviértela que puede decírselo a la princesa madre, pero no a su hija, hasta que reciba mi envío. Si todo esto te fastidia, no te molestes por mí; escríbeme diciendo que no quieres ir, y yo me arreglaré de otro modo para informarme. Pero que Schlesinger espere por esta causa antes de imprimir el título; díle que no sé todavía la ortografía del apellido. Tengo, sin embargo, la esperanza de que encuentres en casa una carta que lleva su nombre. En lo que hace a la mudanza, estoy contento de que hayas encontrado un piso. Puedes coger el sofá del salón y llevar el resto a casa de Pelletan, calle de Pigalle, 16. Me veré obligado a quedarme con la cama de la alcoba, pues, *decididamente*, habitaré en uno de los pavellones de la calle de Pigalle. En suma, no te quedará gran cosa. Hoy te escribiré aún otra

vez, con motivo de los detalles sobre esto. Termino, pues es la hora del correo y quiero que mi carta para Viena salga, sin falta, esta semana. Así, pues, dentro de una hora te volveré a escribir con toda clase de detalles. Tu,

CH.

* * *

45.

A BREITKOPF Y HAERTEL, *en Leipzig*.

Muy señores míos: Acabo de recibir su carta con el pagaré cobrable el 13 de diciembre, y les ruego acepten mi agradecimiento por tanta exactitud. En cuanto a los números de orden de los manuscritos, están bien puestos. En casa de Mechetti, en Viena, hay un Preludio para el *Album de Beethoven* y una Polonesa.

He encargado a Schlesinger que se entienda con ustedes acerca del día de la publicación; ha comenzado ya los trabajos de los grabados y creo que ustedes preferirán que se hagan pronto.

No les envío la dirección de Londres, porque me veo obligado a abandonar a Wessel y no he concluído aún ningún trato definitivo con nadie—que esto, sin embargo, no sea impedimento para ustedes. Les ruego también que sobre el título de mis nocturnos, en lugar de la señorita Emilia, pongan a la señorita Laura Duperré.

De ustedes, muy cordialmente,

F. CHOPIN.

París, 3 de diciembre de 1841, calle Pigalle, número 16.

* * *

46.

A JOSÉ ELSNER, *Varsovia*.

París, 8 de noviembre de 1842.

Mi muy querido, mi siempre muy querido señor Elsner: No podría usted creer la alegría

que me ha causado hasta el más pequeño signo de su carta. Le agradezco cordialmente la música enviada por los Turczynowicz. Estos han tenido aquí un gran éxito; han gustado a mucha gente—supongo que estarán contentos y lo mismo el señor Damse, al cual no contesto personalmente, pero le ruego a usted que tenga la amabilidad de decirle cuánto efecto han causado aquí sus niños (como él los llama).

Le abraza a usted cordialmente y le quiere siempre como un hijo, como un hijo mayor, como un viejo amigo,

CHOPIN.

Mis respetos a la señora Elsner.
Mis saludos a cuantos le rodean a usted.

* * *

47.

A GEORGE SAND.

[París, 26 de noviembre de 1843.]

De modo que has hecho tus tasaciones y el trajín de tus establos te ha rendido. Hay que cuidarse para la vuelta y a ver si nos traes ese hermoso tiempo que hace en Nohant, pues aquí no para de llover. A pesar de eso, ayer, después de haber esperado hasta las tres a que cesara el mal tiempo, he mandado a buscar un cupé y he ido a casa de Rotschild y Shockhausen, y no me encuentro mal. Hoy domingo descanso y no saldré de casa; pero no por necesidad, sino por gusto. Créeme que estamos bien los dos, que estoy lejos de la enfermedad y que sólo tengo ante mí la dicha. Que nunca he tenido tantas esperanzas como las que he puesto en la semana que viene y que todo marchará a tu gusto... Me dices que tienes aún el cielo de la boca estropeado; por favor, no continúes tomando esa droga. Ayer hemos cenado bien en casa de la señora Marliani. Después, unos se

han marchado a divertirse, otros, a trabajar, y otros, en fin, a la cama. Yo he dormido en la cama, como tú en el sillón, cansado, como si hubiera hecho algo para estarlo; creo que mi droga me aplana demasiado, y voy a pedir a Molin otra. Hasta mañana; te escribiremos todos los días hasta el miércoles. Piensa en tus viejos amigos, cada vez más viejos, que no hacen más que pensar en tí, como es de razón. Mauricio ha salido. Aún faltan cuatro días.

CHOPIN.

* * *

48.

A GEORGE SAND.

El lunes, a las tres. [2 de diciembre de 1844.]

¿Cómo están en casa? Acabo de recibir tu excelente carta. Nieva tanto aquí, que me alegro mucho de que no te hayas puesto en camino y tuviera que estar reprochándome yo mismo el haberte podido acaso suscitar la idea de

viajar en silla de postas con este tiempo. La Sologne debe estar ya desagradable, pues nieva desde ayer por la mañana. Tu decisión de esperar algunos días me parece la mejor, y así tendré más tiempo para mandar caldear tus habitaciones. Lo esencial es que no te pongas en viaje con este tiempo y con perspectivas de enfermedades. Juan ha puesto tus flores en la cocina. El jardincito está lleno de bolas de nieve, de adornos de azúcar, de cisnes, de armiño, de quesos de crema, todo en las manos de Solange y en los dientes de Mauricio. Acaban de estar los fumistas, pues no me atrevía a encender mucho fuego sin que antes viniesen.

Tu vestido es de levantina negra, lo mejor que hay. *Lo he escogido* según tus órdenes, y la modista se lo ha llevado con todas las instrucciones. Creo que te gustará. La modista me ha parecido muy inteligente. La tela ha sido elegida entre otras diez, es de nueve francos el metro y, por consiguiente, de la mejor calidad; será, a lo que parece, de un resultado excelente; la modista, que *quiere* trabajar bien, lo ha previsto todo.

Tienes aquí muchas cartas. Te envío una que

me parece que es de la madre de García. Hay una de las *Colonias*, otra de Prusia, con la dirección *señora Dudevant, nacida Francueil*; si fueran más pequeñas te las enviaría hoy; pero si las quieres, te las enviaré. Tienes la mar de periódicos (*L'Atelier, Le Bien public, Le Diable*), algunos libros y algunas tarjetas, entre otras, la del señor Martins.

Ayer he cenado en casa de Franchomme; no he salido hasta las cuatro, por causa del mal tiempo, y por la noche he ido a ver a la señora Marliani. Hoy, según me ha dicho, cenaré en su casa con Leroux, si la sesión del proceso de su hermano, cuya defensa tiene lugar hoy, termina temprano. He encontrado a los Marliani bastante bien de salud, salvo su catarro. No he visto ni a Grzymala, ni a Pleyel; era domingo. Cuento con ir hoy a verlos, si la nieve cesa un poco. Cuídate, no te fatigues demasiado con tus paquetes. Hasta mañana, si me permites una nueva carta. Tu siempre más viejo que nunca, y mucho, extremadamente, increíblemente viejo,

CH.

¡Eso es todo! A tus niños...

Franchomme me ha acompañado toda la mañana. Es bien bueno conmigo. Se pone a tus pies. En este instante recibo una carta que me parece de Delatouche; la envío adjunta.

* * *

49.

A AUGUSTO FRANCHOMME.

[París, hacia 1845.]

[Tarjeta de visita, satinada, estilo «porcelana», con borde negro y con la dirección impresa: F. CHOPIN, Plaza Orleans, 9.]

Querido amigo: Ven a verme a la una, al número 9. La señorita Stirling está en mi casa y querría hablarte de sus lecciones.

Mis respetos a la señora.

* * *

50.

A Wojcieh Grzymala.

[Sin fecha.]

Estoy enfermo como un perro, y por eso no he ido a tu casa. Sé que no abandonas ya la isla (1) ni los bailes que se dan en ella. Mañana te devolveré, antes de las diez, las entradas que no haya podido colocar.—Si puedo iré al baile. Ellos llegan de Nohant, el sábado por la tarde, probablemente para la hora de la comida.

Dile a tu buena ama de llaves que me devuelva mi batín, si ya lo ha cosido.

Te abraza cordialmente,

Ch.

Jueves, por la noche.

(1) Alusión al Hotel Lambert, en la Isla de San Luis.

51.

A George Sand.

Sábado, [15 de mayo de 1847].

No necesito decirte la alegría que me ha proporcionado tu buena carta que acabo de recibir, y cuánto me han interesado los excelentes detalles tocante a todo lo que te ocupa ahora. Nadie mejor que yo, entre tus amigos, bien lo sabes, hace votos más sinceros por la felicidad de tu hija. Díselo así, de mi parte, te lo ruego. Yo estoy bien ya. Dios te sostenga siempre con la misma fuerza y actividad. Que la tranquilidad y la dicha sean contigo.

Tu muy devoto,

Ch.

* * *

52.

A Solange Clésinger.

[París, mayo de 1847.]

Ya el otro día he rogado a su señora madre que le transmita a usted mis más sinceros de-

seos para el porvenir—y esta vez no puedo impedirme de decirla el placer que me ha causado su encantadora cartita, en la que me parece usted tan dichosa—la veo en el colmo de la dicha—, así es como deseo que sea siempre. Hago votos con toda mi alma por su inalterable prosperidad.

Espero que hasta muy pronto.

CH.

* * *

53.

A SOLANGE CLÉSINGER.

[Verano de 1847.]

Estoy muy triste al saber que está usted enferma. Me apresuro a poner mi coche a su disposición.

He escrito sobre esto a su señora madre.

Cuídese usted.

Su viejo amigo,

CH.

Miércoles.

* * *

54.

A SOLANGE CLÉSINGER.

[París, sábado, 18 de septiembre de 1847.]

Le agradezco sinceramente sus buenas noticias. El saquito está ya en mi casa y he anunciado a la señorita de R[ozières] que usted la escribirá.

El otro día entraba yo en el patio de Lafitte y Compañía por una puerta, cuando usted salía por la otra;—era muy explicable, mi coche tenía el número 7—. Por esta razón, no la he escrito enseguida ayer *17*, a fin de que mi carta la encuentre en Besançon todavía.—Así, pues, va usted a recorrer las bellas tierras del Franco-Condado y le ruego que no me olvide en sus viajes para que yo sepa a dónde tengo que escribirla. Mi sueco [su masajista] me ha abandonado y me es imposible seguirlo hasta Estocolmo. Siempre sin *noticias*. Y usted consérvese bien.

Permítame que la dé un buen apretón de ma-

nos acompañado de todos mis votos por su felicidad, así como a su marido.

CH.

* * *

55.

A SU HERMANA LUISA.

[París], jueves, 10 de febrero de 1848.

Alma mía: En lo que concierne a vuestros libros, *Gavard* ha dado *a Luisa* «La Galería de Versalles». El principio debía haber salido hace seis meses, aprovechando una ocasión; me lo han devuelto y lo tengo en casa; lo que se ha enviado ahora es la continuación; no sé cuánto hay. No te fijes en los dientes del caballo que te han regalado. Gavard me ha dado el paquete ya hecho; por consiguiente, no lo he visto, y te lo he enviado por mi librero de costumbre; si no te he enviado el comienzo, es por no estar empaquetado, y también porque estaba sucio, de tenerlo tanto tiempo en el armario. No os enviaré ya más libros por ese *imbécil*, puesto

que Spies ha muerto. En lo que hace al *resto*, está *exacto*. No he tenido tiempo de firmar por *ti* el Bósforo, Luisa. No tengo tiempo de pedir a Gavard lo que falta, y Frank no puede saberlo, puesto que le he dado el paquete ya hecho, tal como me lo había entregado Gavard. Habría que preguntar a Gavard que pediría explicaciones a su empleado, etc.—no vale la pena todo eso, y más tratándose de un regalo. No obstante, si es absolutamente necesario, en la próxima carta...

En lo que a mí hace, estoy tan bien de salud como me es posible. Pleyel, Perthuis, León, Albrecht me han convencido de que dé un concierto. Ya no quedan localidades desde hace una semana. Lo daré el 16 de éste, en la Sala Pleyel. No hay más que 300 entradas a 20 francos. Tendré lo mejor de la sociedad parisién. El rey ha mandado reservar diez localidades; la reina, 10; la princesa de Orléans, 10, y el duque de Montpensier, 10, a pesar de que están de luto y ninguno de ellos asistirá al concierto. Ya comienzan a apuntarse para el segundo, que, probablemente, no llegaré a dar, pues ya éste me aburre. La señora S[and] está

en el campo con Borie, su hijo, Lambert y Agustina, a quien van a casar seguramente, esta vez con un profesor de dibujo del pueblecito de Tulle, es un amigo dè Borie. Ella no me ha escrito una palabra: yo tampoco. Sé que ha escrito a su casero rogándole que disponga de su piso. Sol[ange] está en Gascuña, en casa de Dudevant, su padre, y me escribe. Su marido está aquí; está terminando sus mármoles para la Exposición que tendrá lugar en marzo. Sol[ange] ha estado enferma en casa de su padre. No tienen dinero, y más le vale a Sol[ange] pasar el invierno en un buen clima. Pero la pobre se aburre. ¡Bonita *luna de miel* tiene! Entre tanto, su madre publica un muy bello folletón en los «Debats». Da también representaciones de teatro en el campo, en la cámara nupcial de su hija, trata de olvidar, de engañarse como puede, y no se despertará hasta que le duela mucho el corazón; ahora se lo ciega la cabeza. Yo ya he tomado mi partido en este asunto. Que Dios la perdone si no sabe distinguir un afecto verdadero de la adulación. Y, por otro lado, tal vez me parece a mí que los demás sólo son aduladores, y acaso su felicidad está

realmente allí donde yo no sé verla. Sus amigos, sus vecinos, no han comprendido en mucho tiempo nada de lo que pasó últimamente, quizás ahora se han habituado ya. Por lo demás, nadie sabrá nunca seguir los caprichos de este alma. Fué demasiado, ocho años de vida un poco ordenada. Dios ha permitido que fuesen esos, precisamente, los años durante los cuales crecieron sus hijos; pero si yo no hubiera estado a su lado, no sé cuánto tiempo haría ya que los hijos estarían con su padre y no con ella. Mauricio también se marchará con su padre en la primer ocasión. ¿Pero tal vez, son esas las condiciones necesarias para su vida, para su talento de escritora, para su felicidad? No te preocupes por esto, pues ya hace algún tiempo que ha sucedido. El tiempo es un gran médico. Hasta ahora, aún no me he repuesto del golpe. Esta es la causa de que no os escriba, pues quemo todo lo que he comenzado a escribiros. ¿Para qué haber escrito tanto? ¡Más hubiera valido no escribir nada! Lo que ocurre, sencillamente, es que no nos hemos visto desde hace mucho tiempo, sin ninguna *batalla* ni escena, y que yo no he podido ir allá, porque

me ponía por condición no hablarle de su hija. De camino para casa de su padre, Solange ha pasado por casa de la madre, que la ha recibido fríamente; no quiere ver a su yerno, pero mantiene correspondencia con su hija, correspondencia seca, pero que me alegra, puesto que así queda al menos algo entre la madre y la hija.

Envío esta carta para que sepáis que estoy bien y la verdad sobre los libros.

Envío la carta a de Rozières.

* * *

56.

A SOLANGE CLÉSINGER.

París, 5 de marzo [de 1848].

He ido ayer a casa de la señora Marliani, y al salir me he encontrado en la puerta de la antesala con su madre de usted, que entraba con Lambert. He dado los buenos días a su señora madre, y mi segunda frase fué para preguntar-

le si hacía mucho que no había recibido noticias de usted. «Hace una semana»—me ha respondido—. «¿No las ha tenido usted ayer, anteayer?—No—. Entonces voy a comunicarle que es usted abuela; Solange ha tenido una niña, y celebro mucho ser el primero en darle esta noticia.» Después saludé y bajé la escalera. Me acompañaba Combes, el abisinio (que, desde Marruecos, ha venido a caer derecho en la Revolución) y, como me había olvidado de decirla que usted se hallaba bien, cosa importante, sobre todo para una madre, (ahora lo comprenderá usted fácilmente, madre Solange), he rogado a Combes que vuelva a subir, por no poder hacerlo yo mismo, y decir que se encontraba usted bien y la pequeñita también. Esperaba yo abajo al abisinio, cuando su señora madre ha bajado al mismo tiempo que él y me ha preguntado con mucho interés por su estado de salud. Le he respondido que me había escrito *usted misma, con lápiz,* dos palabras, al día siguiente del nacimiento de su niña; que había usted sufrido mucho, pero que la presencia de su hijita le ha hecho olvidarlo todo. Me ha preguntado si su marido de usted se hallaba

a su lado, y le he respondido que la dirección de la carta me parecía estar puesta de su mano. Me ha preguntado cómo me encontraba yo, y le he respondido que marchaba bien; he mandado al portero que me abriese, he saludado y me he encontrado en el Square de Orleáns, a pie, acompañado por el abisinio.

Su señora madre está aquí desde hace algunos días, según le ha dicho Boccage a Grzymala. Ella vive en casa de Mauricio, calle Condé, número 8, cerca del Luxemburgo.—Come en Pinson (restorán a donde hemos ido una vez con Delatouche); allí es donde recibe, y donde ha dicho ayer a Combes que vaya a verla, y le ha anunciado su próxima marcha para Nohant. Sospecho que hay una carta de usted en Nohant, que la espera. Su salud me parecía buena. Supongo que está contenta con el triunfo de las ideas republicanas, y que la noticia que le he dado ayer habrá aumentado aún su satisfacción.

Cuídense ustedes; cuídense los tres.

Su muy afectísimo,

CH.

La tranquilidad continúa. Malefille no está ya en Versalles; no ha tenido más que tres días de gobierno.

* * *

57.

A JULIÁN FONTANA.

París, 4 de abril de 1848.

Querido amigo: Recibe a este querido Herbaut como recibirías a mi padre, a un hermano mayor, en una palabra, mejor que a mí mismo. Herbaut fué la primera amistad que hice en París cuando llegué de casa. Te lo suplico, por nuestros recuerdos del Instituto, pórtate con él como merece, lo mejor posible. Es respetable, listo, bueno y todo, y te estimará, a pesar de tu calvicie. Eres un holgazán, no me has escrito ni la menor palabra; pero esto no quiere decir nada; tú me guardas cariño en algún rincón de tu alma, como yo también te lo tengo. Y quizás aún más ahora, pues ambos somos huérfanos

polacos; Wodzynski, Witwicki, los Plater y Sobanski nos han dejado. Tú eres mi buen viejo Julián; un punto final lo dice todo.

Te abraza cordialmente.

CH.

Si quieres hacerlo bien, quédate tranquilo y no vuelvas hasta que la cosa haya comenzado verdaderamente en nuestra tierra. Los nuestros se reúnen en Poznan. Czartoryski ha llegado allá el primero, pero Dios sabe lo que tendrá que ocurrir para que haya de nuevo una Polonia... Lo que dicen aquí los periódicos no son más que mentiras. No se ha proclamado la república en Cracovia, el emperador de Austria no se ha entronizado rey de Polonia, y los periódicos de Lwow, en su llamamiento a Stadion (1), no se lo piden de ningún modo, como dicen aquí. El rey de Prusia no piensa mucho en desprenderse de la Posnania; en su país lo ridiculizan; pero, a pesar de ello, los alemanes de Posnania le dirigen un llamamiento, donde le declaran que, «puesto que esta tierra ha sido

(1) Gobernador austriaco de Lwow.

conquistada al precio de la sangre de sus padres, y que ellos no saben siquiera hablar el polaco, no quieren depender de otro Gobierno que no sea el Gobierno prusiano». Ya ves cómo todo eso huele a guerra; dónde comenzará, nadie lo sabe. Pero cuando comience, toda Alemania se pondrá en marcha, e Italia ya ha comenzado. Milán ha arrojado ya a los austriacos, pero quedan todavía en las provincias dispuestos a combatir. Indudablemente, los ayudará Francia, pues necesita sacar de aquí cierto populacho para hacerlo bien... Los rusos tendrán bastantes preocupaciones dentro de su país cuando hayan comenzado la guerra contra los prusianos. Los campesinos de Galitzia han dado el ejemplo a los de Wolhynia y de Podolia, y no se conseguirá sin que sucedan cosas terribles, pero al final de todo veremos una Polonia prestigiosa, grande, en una palabra: Polonia. Así, pues, pese a nuestra impaciencia, esperemos a que las cartas estén bien barajadas para no perder en vano nuestras fuerzas, cuando pueden llegar a ser tan útiles en un momento dado. Este instante está próximo, pero no es todavía para hoy. Quizás dentro de un mes, qui-

zás dentro de un año. Todo el mundo está convencido aquí de que nuestro asunto comenzará a dibujarse antes del otoño.

TU VIEJO.

* * *

58.

A WOJCIECH GRZYMALA.

Londres, Viernes Santo, [21 de abril de 1848].

He atravesado el mar y no me he sentido muy mal. Pero no he tomado el correo y no he continuado camino con las amistades hechas en el tren porque había que ir en un bote hasta el barco adentrado en el mar. He preferido, pues, tomar la ruta ordinaria y he llegado ayer a las seis, pues he descansado algunas horas en Folkestone. He dormido y te escribo.

Las bondadosas Erskine han pensado en todo, no sólo en el chocolate, sino también en el alojamiento que, sin embargo, cambiaré, pues hay uno libre en la misma calle de ellas y es mejor,

por cuatro guineas por semana. Vivo en *10, Bentinck Street, Cavendisch Square*, pero como voy a mudarme dentro de algunos días, envía las cartas a su dirección *44, Welbeck Street*. Ellas me han hablado mucho de tí; no te figuras lo buenas que son. Me doy cuenta ahora de que el papel en que te estoy escribiendo tiene mis iniciales; ellas han tenido para mí toda especie de atenciones delicadas de este género. Salgo hoy, pues es Viernes Santo y no se puede hacer nada; voy a visitar a personas de la camarilla del ex rey [Luis-Felipe] que habitan en los alrededores. ¿Cómo has vuelto a tu casa? ¿No has sido testigo de alguna batalla? ¿Has tenido éxito ayer con el ejército?

Escríbeme, y que Dios te bendiga.

Tu viejo,

CH.

* * *

59.

A UN DESCONOCIDO.

48, Dover Street, Picadilly.

1, junio de 1848.

Le escribo dos palabras para saber cómo está usted y qué es lo que hace usted de bueno.

No estoy todavía habituado a este aire de Londres, y esta existencia de visitas, comidas y veladas me es bien difícil. He escupido sangre estos últimos días—y no he hecho más que tomar limón y helados—, lo que me ha sentado bien, así como el reposo que me he dado durante tres días.—Conozco ahora un poco la sociedad de Londres—una cantidad de *Ladies*, a las cuales he sido presentado y cuyos nombres se me van de la cabeza apenas han sido pronunciados.

Con ocasión de un bautizo, he tocado en casa de la Duquesa de Sutherland ante la Reina, el Príncipe Alberto, el Príncipe de Prusia, Wellington y todo lo más escogido de aquí (en reunión

íntima de ochenta personas)—allí se encontraban también esa noche Lablache, Mario y Tamburini. Su majestad me ha dirigido algunas palabras bien amables. Dudo, sin embargo, que llegue a tocar en la corte, pues ahora comienza un *luto* por una tía de su majestad, hasta el 22 o el 24. Doy algunas lecciones en mi casa. Me hacen que solicite tocar en algunos salones elegantes:—esto me produce algunas guineas que se van enseguida, a pesar de mi economía. Sólo el cuarto me cuesta ahora diez guineas por semana (después de que me he instalado y he enviado mis tarjetas me lo han subido). Verdad es que estoy en uno de los más bellos barrios de Londres. Tengo un gran salón con tres pianos: un Pleyel, un Broadwood, un Erard. Tengo una escalera monumental. La señorita Manozourow (que está aquí de paso) encuentra que esto no es caro, pero yo me doy tanto más cuenta de ello cuanto que mi *ayuda de cámara italiano* (si es que quedaba un italiano) me sisa en consecuencia. Se niega a ir conmigo por la tarde cuando voy en un *simón* y no en coche de *lujo*. Me veo obligado a aguantar todas estas cosas a falta de poder encontrar

algo mejor.—Creo, sin embargo, que pensaré en eso.—No tocaré en el Philharmonique, a pesar de las amables ofertas de esos señores. No quiero tomarme ese trabajo por nada; tocar con *un solo ensayo público* y, por consiguiente, mal conjunto—quitar el sitio a todos los que querrían llegar a eso. (Creo que Hallé es perfectamente el hombre que precisan, y le he prometido decírselo en cuanto me haya decidido, para que él haga sus gestiones.) También evito todos los grandes conciertos públicos; y creo que daré un concierto en algún salón de la buena sociedad (concierto limitado a 150 ó 200 personas). He conocido a la señorita Lind. Es encantadora y cantante de genio. He vuelto a ver también a la señora Viardot, que resulta muy encantadora aquí. Ha tenido la amabilidad de cantar mis mazurcas en el concierto de su teatro—sin habérselo pedido—. Hasta ahora no ha cantado más que *La Sonámbula*; ahora le están preparando el *Barbero* y *Capuletti*.

F. F.

Dí a Franchomme que le escribiré y que lo abrazo con toda mi alma.

60.

A Wojciech Grzymala.

1 de octubre, Keir [1848].

Perth Shire. Domingo. Sin correo, sin ferrocarril, sin el más pequeño coche (ni siquiera para pasearse), ni siquiera una barca, ni el más insignificante perro a quien llamar.

Mi queridísimo amigo: En este momento, cuando había ya comenzado a escribirte en otro papel, me traen tu carta con la de mi hermana. Al menos han podido evitar el cólera hasta ahora. Pero, ¿por qué no me escribes nada de tí? Tú escribes más fácilmente que yo; y bien, desde que estoy de regreso de Escocia septentrional te escribo todos los días. Sé, sin embargo, que tienes a alguien enfermo en Versalles, pues [la señorita] de Rozières me ha escrito que habías estado en su casa y que tenías prisa por ir a ver a alguien que estaba enfermo en Versalles. ¿No sería el abuelo? No quiero creer que sea acaso el nieto o algunos de tus buenos

vecinos, los Rohan. En todo caso, preferiría que fuese alguien que no sea de los tuyos. Aquí no se oye aún hablar del cólera, pero comienza a hablarse de eso en Londres. Con tu carta, que he recibido en Johnson Castel (donde me hablabas de Solange y donde me decías que habíais ido juntos al Gimnasio), recibí otra de Edimburgo informándome de que el príncipe y la princesa Alejandro [Czartoryski] habían llegado y que se alegrarían de verme. Aunque estaba cansado, monté en el tren y los encontré aún en Edimburgo. La pricesa Marcelina es siempre la bondad misma como el año anterior. Me he sentido revivir bajo la influencia de sus almas de polacos—eso me ha dado fuerzas para tocar en Glasgow, a donde algunas decenas de representantes de la nobleza habían venido a oírme. Hacía buen tiempo; el príncipe y la princesa habían llegado a Edimburgo por ferrocarril; el pequeño Marcelo, que crece lindamente (sabe cantar mis composiciones, y rectifica cuando las oye tocar mal). Fué el miércoles a las tres; el príncipe y la princesa han sido lo bastante amables para aceptar mi invitación a comer en Johnson Castel (a 12 millas inglesas de Glasgow).

Hemos pasado, pues, el día juntos. Lord y Lady Murray, el viejo Torpichen (han recorrido 100 millas para venir), todos se deshacían en elogios a la princesa Marcelina. Los príncipes han vuelto a Glasgow, desde donde irán a ver el lago Loch Lomone, después volverán a Londres y luego al continente.

La princesa me ha hablado muy cordialmente de tí—comprende lo que puede sufrir tu alma generosa. No podrías creer cuánto me ha revivificado todo eso aquel día. Hoy me siento otra vez abatido; esta bruma, aunque tenga bajo mis narices, y desde la ventana, al lado de la que te estoy escribiendo, la más bella vista sobre Sterling Castel (este castillo junto a la ciudad de Sterling, el mismo que en Roberto Bruce, por la noche, sobre una roca ¿te acuerdas?), montañas, lagos y un parque precioso, en una palabra, una de las vistas más bellas y más afamadas de Escocia; no veo, sin embargo, nada de todo eso, únicamente a veces, cuando le place a la niebla ceder unos minutos al sol, que no es muy combativo. El dueño de la casa se llama Stirling, es un primo de primo hermano de nuestras escocesas y el jefe de la familia.

Lo he conocido en Londres; es un solterón rico, que posee bellas colecciones, Murillo y muchos españoles. Acaba de publicar una obra muy costosa (ya sabes cómo se las gastan) sobre la pintura española. Ha viajado mucho por todas partes y por Oriente; es un sabio. Toda la alta sociedad inglesa que viaja por Escocia le visita. Su casa está abierta siempre; hay, por costumbre, 30 personas a comer. Se encuentran aquí en este momento toda clase de bellezas célebres (la señora Boston se ha marchado hace algunos días), de duques, de lores, más que de costumbre este año, porque la Reina ha venido a Escocia y pasó por muy cerca de aquí ayer, en ferrocarril, por casualidad; tenía que estar el día previsto en Londres; ahora bien, había tal niebla el día designado para embarcar, que no ha hecho la travesía por mar como a la ida, y, mientras los marineros y las procesiones la esperaban como de costumbre, ha tomado el tren prosáicamente, por la noche, en Aberdeen—parece que eso le gustó mucho al príncipe Alberto, que se marea fácilmente. mientras que la Reina, como una verdadera Señora del mar, no teme en absoluto (al mar). Pronto olvidaré el

polaco; voy a hablar el francés a la inglesa y el inglés a la escocesa; acabaré por parecerme al viejo Jaworski, que hablaba cinco lenguas a la vez. Si no te hago *jeremiadas* no es porque tú no me *consolarías*; tú eres el único que conoces todo lo que me afecta, pero si comienzo a contar, no terminaría nunca y sería siempre lo mismo. Digo mal; no sería siempre lo mismo, pues en cuanto a mi porvenir, la cosa va de mal en peor. Me siento más débil y no puedo componer nada, no porque me falten deseos, sino por impedimentos materiales; cada semana me arrastro por rama distinta. ¿Qué hacer? Por otro lado, economizo así algunos grosz para el invierno. He recibido una multitud de invitaciones, pero no puedo ir a donde yo quisiera; por ejemplo, a casa de la duquesa de Argyl, o a casa de Lady Belhacen, porque la estación está ya demasiado adelantada para mi salud. Toda la mañana, por ejemplo, hasta las dos, no sirvo para nada; más tarde, cuando estoy vestido, todo me estorba y estoy jadeando hasta la comida, después de lo cual tengo que quedarme en la mesa con los hombres, mirar lo que dicen y oír cómo beben. Presa de un

mortal aburrimiento (sentado a esta mesa, pienso en cosas distintas que ellos, a despecho de todas las gentilezas e *interlocuciones* en francés), voy al salón, donde preciso hacer un llamamiento a toda la fuerza de mí ánimo para reavivarme un poco, porque entonces tienen curiosidad por oírme—después mi buen Daniel me lleva por la escalera hasta mi dormitorio (que, generalmente, se encuentra en estas tierras, como sabes, en el primer piso), me desnudo, me acuesto, me dejo una vela y soy libre de jadear y soñar hasta que la misma cosa vuelve a comenzar. Apenas me he habituado un poco a un sitio, cuando me es preciso marchar a otra parte, pues mis escocesas no pueden dejarme en paz donde estoy, y, o bien ellas vienen a buscarme, o bien me zarandean por toda su familia (n. b. ellas se hacen invitar personalmente siempre). Acabarán por ahogarme con su amabilidad, y yo, por amabilidad, se lo permitiré.

* * *

61.

A SU HERMANA LUISA.

París, lunes, 25 de junio de 1849.

Alma mía: Si podéis, venid. Me siento débil y ningún médico me hará tanto bien como vosotros. Si os hace falta dinero, pedidlo prestado; si me pongo mejor lo ganaré fácilmente y se lo devolveré a quien os lo preste; pero ahora estoy demasiado exhausto para enviároslo. Mi piso en Chaillon es suficientemente grande para alojaros incluso con los niños. La pequeña Luisa saldría ganando con su estancia aquí en muchos aspectos. Kalasante, el padre, correría durante todo el día—hay una exposición agrícola al lado—; en una palabra, tendría más tiempo libre para él que la última vez, pues estoy más débil y me quedaré más tiempo con Luisa en la casa.

Mis amigos y todos los que me quieren bien estiman que el mejor remedio para mí sería la llegada de Luisa, como ella lo sabrá sin duda por la carta de la señora Ob[reskoff]. Así como

me han dicho hoy personas—una de ellas es del norte y otra del mediodía—esto sería excelente no sólo para mí, sino también para mi hermana. Así, pues, traeros, Luisa madre y Luisa hija, un dedal y agujas de hacer ganchillo; os daré pañuelos para marcar, medias para zurcir y pasaréis al aire libre algunos meses con vuestro viejo hermano y tío. E incluso, si resulta que es demasiado lejos para Kalasante, para venir hasta aquí desde los Campos Elíseos, él podrá habitar mi cuarto del Square de Orléans. Los ómnibus vienen del Square mismo y pasan por delante de mi casa. Yo mismo no sé por qué tengo tantas ganas de ver a Luisa a mi lado. como si estuviese en estado interesante. Me digo que eso será también beneficicioso para ella. Espero que el consejo de familia me la envíe; quién sabe si no la acompañaré yo mismo a su regreso, si me curo. Entonces nos abrazaremos todos, como ya os he dicho; pero aún sin pelucas y con todos nuestros dientes. La mujer debe siempre obediencia al marido; de modo que tengo que pedir al marido que traiga a su mujer. Yo se lo ruego encarecidamente, y si lo decide así, no podría darnos una alegría

mayor a mí y a ella, incluso a los niños, ni hacernos mayor servicio que traer a uno de ellos (en cuanto a mi sobrina no quiero ni dudarlo). Se habrá gastado bastante dinero, es cierto, pero no se sabría emplear mejor ni viajar más económicamente. Una vez aquí, encontraréis un techo donde abrigaros. Escribidme pronto una palabra.

La señora Ob[reskoff), que ha sido bastante amable para encargarse de escribiros (le he dado la dirección de Luisa) os convencerá tal vez mejor. La señorita de Rozières añadirá unas palabras, y Cochet lo haría también, pues sin duda no me ha encontrado bien a punto. Su esculapio no ha vuelto desde hace diez días; por fin se ha dado cuenta de que lo mío estaba por encima de su saber. A pesar de todo, haced muchos elogios de él a vuestro inquilino y a todos los que le conocen y decidles que me ha hecho mucho bien, pero que soy de esta manera que, en cuanto me encuentro mejor, ya estoy contento; que todo el mundo estima que ha curado a muchas personas del cólera.

El cólera ha disminuído mucho; ya casi no

existe. Hoy hace bueno; estoy en el salón y admiro la vista que tengo sobre todo París: la torre, *les Tuileries, la Chambre, Saint Germ[main] l'Aux[errois], St. Etiénne du Mont, Notre Dame, Panthéon, St. Sulpice, Val de Grâce, les Invalides,* a través de cinco ventanas; entre nosotros nada más que jardines. Ya vereis cuando vengais. Ahora daos prisa por el dinero y el pasaporte, y hacedlo con gana. Escribidme enseguida una palabra. También los cipreses tienen sus caprichos: el mío, hoy, es teneros aquí. Dios permitirá seguramente que todo marche bien, si no, haced como si Dios lo permitiese. Tengo muchas esperanzas, y me hubiera abstenido si no hubiera estado impelido por todos los que me quieren bien. Ponte en camino, señor Kalassante, y te daré en pago un excelente y gran cigarro; conozco a uno que los fuma formidables, n. b., en el jardín. Espero que mi carta habrá llegado por el Santo de mamá y que no he faltado yo. No quiero pensar en todo eso, pues es para que me dé fiebre; ahora bien, gracias a Dios, no tengo fiebre, lo que despista e irrita a todos los médicos.

Vuestro hermano muy devoto, pero muy débil.

CH.

26 de junio.

* * *

62.

A LA SEÑORITA DE ROZIÈRES.

[París, 14 de agosto de 1849.]

Mi hermana y Jedrz[ejewicz] y mi sobrina están conmigo desde hace cinco días. Me encuentro muy fatigado. Ellos también. Le deseo a usted tanta felicidad como tengo yo en este momento, con un poco más de salud, pues estoy más débil que nunca.

Su sincero amigo,

CH.

Mis respetos al señor Gr. de Baulin.

* * *

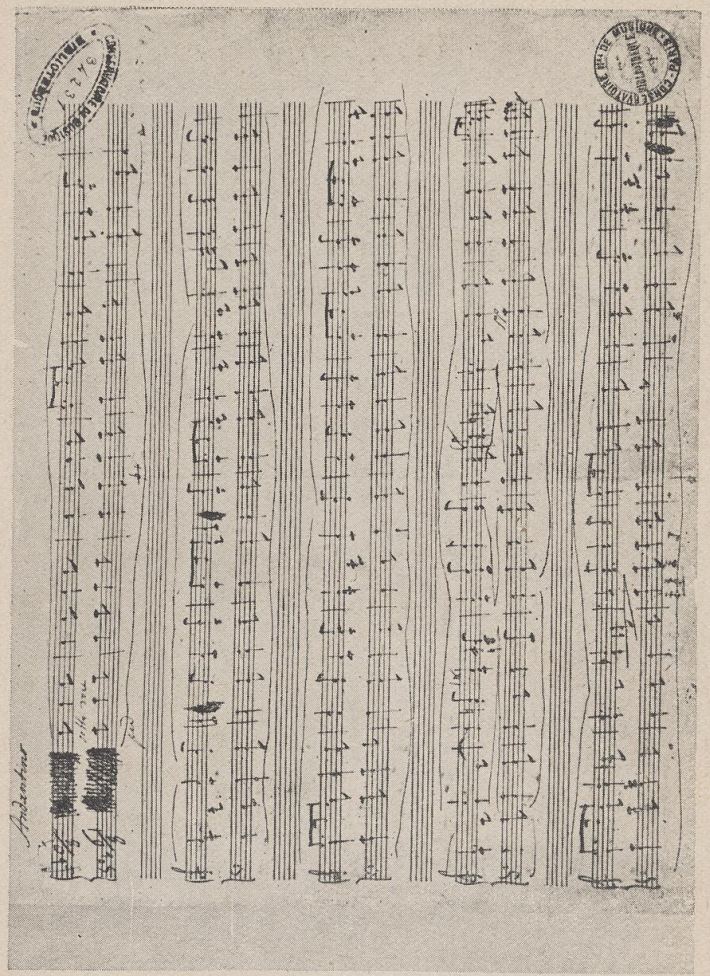
63.

A Titus Woyciechowski, *Ostende.*

París, 12 de septiembre de 1849.

No he tenido bastante tiempo, hasta ahora, para obtener que se autorizase tu llegada aquí; no podía hacer yo mismo las gestiones necesarias, por tener que permanecer acostado la mitad de la jornada; por esta causa, he rogado a un amigo, que dispone de ciertas influencias, que me sustituya. Hasta el sábado no sabré nada seguro. Hubiera querido lanzarme ya en ferrocarril hasta Valenciennes para abrazarte, pero ni siquiera he podido, hace unos días, llegar hasta Ville d'Avray, cerca de Versalles, a casa de mi ahijada; los médicos me prohiben abandonar París. Por eso no me dejan ir, ni aun durante el invierno, a un clima más cálido. Es por culpa mía, puesto que estoy enfermo, si no hubiera ido a tu encuentro hasta algún punto de Bélgica.

Quizás encuentres el medio de venir aquí. No soy tan egoísta que desee tenerte aquí, exclusi-



vamente para mí; enfermo como estoy, tendrías algunas horas de aburrimiento y decepción, mezcladas con algunas horas de alegría y de buenos recuerdos; preferiría, sin embargo, que el tiempo que pasemos juntos fuese de una felicidad completa.

Tuyo siempre,

FEDERICO.

* * *

64.

ULTIMAS PALABRAS DE CHOPIN, ESCRITAS EN UNA HOJA ARRANCADA DE SU CARNET DE NOTAS.

Cuando esta tierra me ahogue, os suplico que hagáis abrir mi cuerpo para que no me entierren vivo.

17 de octubre de 1849.

* * *

NARODOWY INSTYTUT FRYDERYKA CHOPINA * BIBLIOTEKA
WARSZAWA BIBLIOTEKA TIFC

Z biblioteki
Krystyny Słobylańskiej
2005 r.

BIBLIOTEKA TIFC
10.231
NARODOWY
INSTYTUT
FRYDERYKA
CHOPINA
B/50

10.231
NARODOWY
INSTYTUT
FRYDERYKA
CHOPINA
B/5a

Chopín

Selección

(Traducción de S. Z

Edición

Nueva Impr
Maga

